

DIANA G. ROMERO



El
JARDÍN

de las

SONRISAS

eternas

Copyright

EDICIONES KIWI, 2017

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, marzo 2017

© 2017 Diana G. Romero

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

Copyright

Nota del Editor

PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

A mi hadita de sonrisas mágicas.
Gracias por llevarme de vuelta a Nunca Jamás.

«La fantasía no es una forma de evadirse de la realidad, sino un modo más agradable de acercarse a ella».

Michael Ende

PRÓLOGO

Tal vez, si esto fuera una película, habríamos visto al inicio de la misma a Sofía, la joven protagonista de esta historia, mirando hacia aquella casa de cuento con aire pensativo; una canción melancólica con notas intensas, de esas que hacen vibrar los sentidos, sonaría de fondo. Mientras, observaríamos a nuestra protagonista; sus ojos castaños con un brillo premonitorio de todo lo que estaba por suceder, su melena larga y oscura bailando con la brisa de la tarde, sus vaqueros desgastados y su ligera sonrisa. Y un objeto en la mano. Fijémonos en él; es un libro, una historia, trascendental dentro de nuestra propia historia. ¿Tenéis ya la imagen? Pues ahora, solo os queda una cosa por hacer.

Preparaos para creer.

Porque todo es posible.

1

Sábado, 18 de abril de 2015

Cada tarde, tras terminar sus clases, Sofía recorría a pie la distancia que había desde la parada de autobús hasta su casa. Hacía aquel recorrido, que tenía cronometrado en ocho minutos, oyendo música en su móvil, completamente en las nubes.

Sin embargo, siempre tardaba un par de minutos de más. Los que pasaban mientras permanecía delante de aquella casa.

No podía evitar detenerse a contemplar aquel lugar unos instantes. Y no porque esa casa en concreto fuera la más grande, ni la más bonita. Al fin y al cabo, en aquel barrio residencial a las afueras de la ciudad de Las Palmas, había un sinfín de casas grandes y bonitas; pero aquella casa era distinta. Tenía el encanto propio de una casa colonial, con el aire romántico que a ojos de una soñadora conlleva un amplio jardín prácticamente abandonado. El edificio en sí era sencillo, sin aires de grandeza, a pesar de que ocupaba una manzana completa. La fachada, que fue blanca en tiempos mejores, ahora presentaba un estado desolador y estaba semioculta por una infinita enredadera que se había aprovechado de los desvaríos del tiempo en aquel lugar eternamente encapotado para ir ganando terreno. Los amplios ventanales, de madera oscura, necesitaban una mano de barniz urgente. El jardín rodeaba la casa por completo, con varios árboles que proyectaban largas sombras y facilitaban con su penumbra que crecieran por doquier las hierbas y flores silvestres. Y, allá en un pequeño rincón junto a un lateral de la casa, el lugar que más llamaba la atención de Sofía: un pequeño saliente en el suelo junto a la pared, con una compuerta de cristal llena de polvo; la ventana de un sótano. Le parecía aquel lugar tan de película, tan mágico, que casi le parecía ver duendes campando a sus anchas por entre las violetas silvestres que rodeaban aquella entrada tan llena de misterio.

Teniendo en cuenta cuánto deslumbraba a Sofía esta casa, podéis haceros una ligera idea de lo contenta que se puso cuando vio, entre los encargos de la librería de su madre, un pedido a aquella dirección. Los sábados solía echar una mano durante la mañana en el pequeño negocio familiar. Los pedidos a domicilio eran algo poco habitual, cada vez más en desuso. Ya de por sí, cada

vez eran menos frecuentes los pedidos de libros en general. Desde la llegada del libro electrónico, y sobre todo de la facilidad para descargar los libros de manera ilegal en internet, la librería sobrevivía, en gran parte, gracias a los libros de texto y el material escolar. A pesar de ello, jamás veía a su madre decaer al ver cómo las ventas descendían. Siempre estaba dispuesta a organizar cuentacuentos, presentaciones de libros, o cualquier otro evento que incitara a los amantes del libro tradicional a desconectar durante un rato del estrés de la ciudad.

—¡Mamá! —exclamó, con el corazón desbocado y la libreta de pedidos en la mano—. Este pedido, ¿vas a llevarlo tú, o Pablo?

Pablo era el joven estudiante de informática que trabajaba algunas horas a la semana en la librería ayudando a Elsa, la madre de Sofía, con los pedidos y con todo lo relacionado con la página web de la librería, redes sociales... todo ese mundo en el que Elsa decía sentirse diminuta, tan diminuta como Gulliver en Brobdingnag.

—No, ese lo llevaré yo en cuanto cerremos a mediodía. Nos pilla de camino a casa —respondió Elsa, tras ponerse las gafas progresivas y echar un vistazo al pedido al que se refería su hija.

—Genial. —Una enorme sonrisa asomó al rostro de Sofía. Su madre la miró sin entender, y arqueó una ceja, en señal de que esperaba una explicación a tan entusiasta respuesta.

—Quiero ver esa casa. Es mágica —susurró en voz muy baja, como si le estuviera contando algo realmente revelador.

Elsa sonrió.

—Sí que lo es. Y por dentro es casi igual de mágica —murmuró, imitando a su hija. Pablo las observó de reojo desde su lugar frente al ordenador. Sonrió y negó con la cabeza, como quien está observando a dos niños pequeños jugar con varitas mágicas invisibles.

—¿Por dentro? ¿Es que ya has estado allí? —Abrió los ojos como platos. Su madre se llenó de regocijo; le encantaban esos momentos en que su hija dejaba aparcados los estragos de la adolescencia y volvía a ser la niña ingenua y fantasiosa que solía ser.

—Sí. Muchas veces. Teresa, la dueña de esa casa, es una de nuestras clientas habituales. Siempre le llevo los libros a casa.

—Vaya... —Sofía se quedó pensando en lo fortuito, o no, del destino—. ¿Y cómo es la dueña?

—¿Vas a venir conmigo, no? Pues luego la conoces y lo descubres por ti misma.

—Vale —afirmó, forzándose a no seguir haciendo preguntas.

El tiempo pasó lentamente para Sofía esa mañana. No cesaba de mirar el reloj de pared, y un par de veces estuvo a punto de decir a su madre que aquel dichoso aparatejo se había detenido. Era imposible que el tiempo pasara tan despacio. Cuando al fin llegó la hora de cerrar, Sofía quiso salir tan atropelladamente que olvidó incluso apagar las luces de la librería, la función que solía tener asignada los días como aquel. Su madre no pudo más que reír, ante el nerviosismo de su hija.

—Ni que fuéramos a ir a conocer a uno de esos actores que te gustan tanto.

—Lo sé, lo sé. Ya está. —Se detuvo en seco y cogió los libros que llevaba su madre en las manos; el pedido de la tal Teresa, la misteriosa dueña de la casa mágica—. Ya estoy tranquila.

—Ya —farfulló su madre sin dejar de reír.

Durante el trayecto en coche, se distrajo hojeando los títulos que llevaba sobre el regazo. La mayoría eran novelas de autoras actuales: Matilde Asensi, Luz Gabás, Kate Morton. Todo normal, ningún libro fuera de lo común.

Elsa aparcó frente a la casa y ambas bajaron del coche. Se acercaron a la verja de hierro forjado y la madre miró un instante a su hija antes de tocar el timbre.

—¿Preparada? —preguntó, entusiasmada. Aquel momento le recordaba muchísimo a otro instante de su propia infancia. En otro lugar y otras circunstancias, pero con ese mismo espíritu de aventura.

—Sin ninguna duda —respondió Sofía.

Su madre asintió y tocó el timbre de la entrada. Tuvieron que esperar un rato antes de que la puerta, al fin, se abriera. Tras ella apareció una señora de cabellos canosos, que llevaba recogidos en un moño bajo. Era pequeña y delgada, de apariencia frágil. Sofía calculó que debía tener cerca de setenta años, basándose en que parecía solo algunos años más joven que su abuela.

La anciana les sonrió con ligereza y les indicó con la mano que entraran. Elsa abrió la cancela, y recorrieron juntas el camino de adoquines que les separaba de la puerta de la entrada. Sofía sintió como le palpitaba a toda prisa el corazón al adentrarse en aquella casa ante la que se detenía cada día sin excepción.

—Buenos días Teresa —saludó Elsa, cuando llegaron a la altura de la anciana.

—Buenos días, Elsa. Y esta joven compañía que traes hoy, ¿es Sofía? — Sus ojos azules se fijaron en la joven, a la que sorprendió como una mirada podía transmitir tanta sabiduría, tanto aprendizaje de una vida entera. A pesar de su cuerpo menudo, su mirada denotaba una personalidad luchadora y valiente.

—Sí, ella es mi hija Sofía . Sofía, ella es Teresa, la dueña de esta casa que tanto te gusta.

La joven sintió como se ruborizaba al oír a su madre revelar su secreto. La anciana rió con ganas.

—¿Mi casa? Hija, pero si mi casa es un viejo animal prehistórico, tanto como su dueña.

—Pues a mí me parece preciosa —farfulló, ruborizándose.

—Pues puedes venir cuando quieras si tanto te gusta. Aquí el tiempo pasa muy despacio, siempre se agradece alguna visita, y más si es de una jovencita tan llena de curiosidad.

Sofía le sonrió con entusiasmo. Su corazón ya se había calmado. Sus prejuicios le habían hecho fantasear cientos de veces con que una dama gris, con un pasado oscuro, gobernaba aquella casa. Nada más lejos de la realidad.

—¿Tienes tiempo para tomar el té, Elsa? —preguntó la anciana, mientras cogía los libros que le tendía la mujer.

—Sí claro. Como siempre, Teresa.

Sofía observó estupefacta como ambas mujeres se adentraban en la casa. Al parecer, su madre no solo llevaba libros a aquella casa sino que se sentaba tranquilamente a tomar té con la dueña de la misma. Y ella sin saberlo.

Elsa se detuvo a medio camino del amplio pasillo de entrada y miró a su hija.

—Teresa, ¿le importa que mi hija vaya a visitar su jardín? Creo que se muere de ganas de verlo —compartió una mirada con la anciana, que Sofía no comprendió. Pero le dio la sensación de que se estaba perdiendo algo.

—Claro querida, por supuesto. Estás en tu casa.

—Gracias —respondió a toda prisa, y no se lo pensó demasiado antes de desaparecer por la puerta de entrada.

Cuando dobló la esquina hacia un lateral de la casa, se encontró de frente con aquel lugar que siempre había admirado desde lejos y que a duras penas

podía vislumbrar en todo su esplendor desde la calle. Allí, frente a ella, estaba aquel jardín abandonado, que olía a humedad y naturaleza, y que desde cerca le pareció aún más mágico, porque pudo observar detalles invisibles desde la lejanía. Una casita de pájaros hecha de madera colgando de un árbol enorme, de tronco tan ancho que era imposible rodearlo con los brazos; una antigua regadera de hojalata, abandonada junto a otros utensilios de jardinería; las raíces del frondoso árbol que sobresalían de la tierra, como si de un momento a otro aquel gigante fuera a echar a andar; un columpio de madera roída colgando del árbol; varios farolillos de cristal y latón desperdigados por entre la hierba.

Observó cada detalle, hasta que recordó algo. La ventana junto a la fachada, la que debía ser la salida de un sótano. Miró a su derecha. Ahí estaba. Se acercó a ella despacio, como si algo oculto y misterioso fuera a asomar tras los cristales de un momento a otro. Al fin, se agachó junto a la ventana. El cristal se había vuelto completamente opaco, debido a la espesa película de polvo que se había formado sobre él. A punto estaba de manchar por completo sus finos dedos de polvo con tal de ver que se ocultaba al otro lado, cuando una voz cercana la hizo saltar hacia atrás, y dar un respingo.

—¡Oye tú! ¿Qué demonios haces? ¡Esto es una propiedad privada!

Sofía buscó al propietario de aquella voz que sonaba tan indignada. A pocos metros de donde estaba, asomado a una de las ventanas de la casa que daba hacia ese lado del jardín, vio a un chico de aproximadamente su misma edad. La miraba con cara de pocos amigos. A pesar de ello, Sofía se relajó, al ver que no era más que un crío que debía creer que ella se había colado en el jardín.

—Hola. Perdona, no quería asustarte —comenzó a decirle en tono amistoso mientras se acercaba lentamente a la ventana por la que se asomaba el chico. Al aproximarse, estudió sus rasgos con mayor detenimiento. A pesar de la mirada fulminadora que le estaba dedicando, pudo apreciar que tenía los ojos del mismo tono azul oscuro que Teresa, solo que los de él, al menos en aquel instante, parecían más fríos, menos amables. El cabello rubio, desaliñado, que le caía liso en una melena corta, de manera que los mechones más rebeldes se le deslizaban de detrás de las orejas. El rostro de matices delicados, aún más próximo al niño que estaba dejando de ser que al adulto que en poco tiempo sería. Ya estaba bajo la ventana, lo suficientemente alta como para que tuviera que alzar la cabeza para poder mirar al chico.

—Soy Sofia, he venido con mi madre a traer a Teresa los libros que ella le encargó de nuestra librería.

—No entiendo qué tiene eso que ver con que te permitas la osadía de andar pululando por aquí a tus anchas —respondió él con sequedad.

Sofia no pudo evitar fruncir la nariz. ¿Qué le pasaba a aquel chico?

—¿Siempre eres así? ¿O es que te he conocido en el peor día de tu vida? —Se envalentonó a responderle—. Si la correcta es la segunda opción, puedo pasarme mañana si quieres, y empezamos esta conversación de nuevo.

Trataba de ser simpática, a pesar de lo huraño de aquel chico. Sofia no lo sabía, pero tenía un sexto sentido inapreciable para ella misma, que consistía en reconocer a las personas que, de una u otra manera, necesitaban ser salvadas. Y cuando encontraba a una, no solía rendirse hasta lograr ayudarla. Claro que todo esto lo hacía aún de manera inconsciente. Y según fuera haciéndose adulta, este talento se fortalecería, sin que ella pudiera hacer nada sobre él.

—Deberías marcharte —Fue toda la respuesta del chico, antes de inclinar la cabeza. Por la postura de él, a ella le dio la sensación de que estaba sentado en un escritorio, justo bajo la ventana, y que en aquel momento escribía sobre él. Se puso de puntillas, en un vano intento de alcanzar a ver qué hacía.

—¿Escribes?

Él la ignoró y siguió mirando hacia abajo, hacia lo que quiera que estuviera haciendo.

—¿Eres el nieto de Teresa, no? —insistió—. Te pareces a ella. Con menos arrugas y amabilidad, pero te pareces.

Silencio absoluto. Pero ella no estaba dispuesta a rendirse aún.

—Teresa me permitió que diera una vuelta por aquí mientras toma un té con mi madre. ¿Sabes? Todos los días paso frente a esta casa cuando salgo del instituto, y me detengo a mirarla. Me parece tan mágica, que sentí que era cosa del destino cuando vi vuestra dirección en la agenda de mi madre y me confirmó que tenía que entregar aquí un pedido.

Él sonrió levemente, al tiempo que negaba con la cabeza.

—El Destino está demasiado ocupado con sus planes retorcidos como para entretenerse con las fantasías de una niña caprichosa.

Ella le observó en silencio, con el ceño fruncido. Él sintió la intensidad de su mirada sobre él, y levantó la vista ligeramente, mirándole de reojo.

—¿Qué? —preguntó con tono exasperado.

—¿Cuántos años tienes?

—Eso no es de tu incumbencia.

—Hablas como un viejo.

—Y tú como una cría terriblemente plasta.

—Has dicho «plasta». Guau. Acabas de usar una palabra vulgar.

—Usaré otra, a ver si así soy capaz de llegar a tu escasa conexión neuronal de cerebro preadolescente. «Pírate». ¿Te va bien así?

—Perdona, ¿me has llamado preadolescente? Tengo quince años. Según la Wikipedia ya soy adolescente.

—¿Tu vida es tan aburrida que te dedicas a leer las características de tu estadio evolutivo en Wikipedia? Que triste.

—Buf, mira que eres espeso. Yo leeré la Wikipedia, pero tú tienes que leer unos peñazos impresionantes. ¿Góngora, García Márquez, o directamente El Quijote? Seguro que te has leído el Ulises y El Conde de Montecristo de una sentada.

—Entre otros. Pero también leo lecturas más sencillas. ¿Y tú cómo sabes tanto?

—Ya te he dicho que mi madre tiene una librería.

—Cierto. La joven librera que leía la Wikipedia. Buen título para una novela absurda.

Durante toda la conversación, él había seguido con la cabeza baja, sin mirarle. Sofía le seguía observando con atención. Aquel chico parecía demasiado hostil, demasiado... raro. Y sin embargo algo la obligaba a seguir allí, con aquella conversación tan peculiar.

—Te has callado otra vez. ¿Te he dejado sin argumentos? —dijo él, triunfante.

—No. Solo que no tengo más ganas de batallar con alguien tan... irritante.

Se dio la vuelta, pero en lugar de marcharse, se sentó sobre un banco blanco de listones de madera, prácticamente bajo la ventana en la que se encontraba el chico. Subió las piernas, doblándolas en el pecho y dejó la mirada perdida en los rayos de sol que se colaban entre las ramas del viejo árbol que dominaba el lugar.

—¿Y ahora qué haces? —insistió él, claramente disgustado.

—Aquello a lo que he venido. Disfrutar de este jardín.

Ambos guardaron silencio entonces. Durante quince largos minutos, ella estuvo memorizando en su retina cada detalle de aquel hermoso lugar, y él siguió escribiendo, o lo que quiera que estuviera haciendo, con la cabeza gacha junto a la ventana. Ella se lamentó de no poder explorar aquel lugar como hubiera deseado; de cerca, viendo a través del cristal lo que había en aquel sótano, sentándose sobre las gruesas raíces del árbol, columpiándose en el viejo columpio. No se atrevía a hacer nada de aquello con aquel chico allí dispuesto a soltarle cualquier comentario dañino con su lenguaje exageradamente pedante para su edad.

Cuando sintió que ya había estado allí el tiempo suficiente, se levantó, dispuesta a marcharse sin ni siquiera decir adiós. Cuando estaba a punto de doblar la esquina, le sorprendió la voz de aquel chico.

—Cristian.

Ella se giró, sin comprender.

—Me llamo Cristian. Sí, soy el nieto de Teresa. Y tengo dieciséis años. Creo que por definición también entro en esa etapa que llaman adolescencia.

—Sofía —susurró ella, y asintió con la cabeza, antes de proseguir su camino. Una leve sonrisa apareció en los labios de ambos, aunque ninguno de los dos pudo ver que el otro también sonreía.

Cuando llegó a la entrada de la casa, su madre ya caminaba por el pasillo de vuelta a la salida.

—¿Ya? ¿Nos vamos? —le preguntó Elsa mientras se encaminaba hacia ella, al paso calmado de la anciana.

—Ya. Gracias Teresa, su jardín... de cerca es aún más especial.

—De nada, hija. Puedes venir cuando quieras. ¿Quieres ver la biblioteca? Seguro que también te gusta ese lugar lleno de libros viejos y polvo. —Sonrió, provocando que a la chica se le iluminaran los ojos.

—Ya tenemos que irnos, aún tenemos que preparar el almuerzo. Con el próximo pedido Sofía viene otra vez conmigo y le enseña el resto de la casa.

Sofía sintió una ligera decepción. Sin embargo, en un instante se le ocurrió una idea.

—Mamá, puedo venir caminando, vivimos al lado. ¿Podría venir mañana por la tarde, Teresa? Es domingo, y ya tengo los deberes hechos.

—¿Tú no habías quedado para ir mañana al cine con tus amigas? —intervino su madre.

—Sí. Pero eso puede esperar. —Le dedicó una gran sonrisa, buscando su

confirmación.

—Por supuesto que puedes venir mañana —confirmó Teresa, adelantándose a Elsa, que se encogió de hombros, al ver que ellas ya habían decidido.

Según se montaron en el coche, Sofía no tardó en abordar a su madre.

—He conocido al nieto de Teresa.

—Ajá —respondió sin inmutarse, como si no le sorprendiese en absoluto.

—¿Ajá?

—¿Y qué tal? —preguntó, sin dejar de mirar a la carretera mientras conducía.

—Es un bicho raro —resopló.

—Dijo la sartén al cazo —respondió con retintín.

—¡Yo no soy un bicho raro!

—Tampoco la más común de las chicas de tu edad. Lees muchísimo, ves películas en blanco y negro y tu afición favorita es pasar horas frente a tu telescopio. Sí, eres rarita.

—Pero bueno, ¡que eres mi madre! No deberías decir esas cosas de tu hija.

—Lo que quiero decir es que le des una oportunidad. No juzgues a las personas por lo que aparentan en diez minutos de charla.

—¿Y ese interés en que lo conozca?

—Lo conozco, y es un buen chico. Y vive en la casa que tanto te gusta. Tendrás que caerle bien si quieres seguir visitando ese jardín —insistió. Ella conocía el secreto de Cristian, el gran motivo de su carácter huraño y solitario. Pero creía que era cosa de él que decidiera contárselo a Sofía. Ella no era nadie para contar tragedias ajenas.

—Ya, tienes razón. Además, he de reconocer que a pesar de ser un antipático, parecía tener una conversación interesante.

—Y es muy guapo —recalcó Elsa con una sonrisa ingenua, como si la hubieran pillado haciendo una travesura.

—Sí, es muy guapo —reconoció en un murmullo, mientras sus mejillas se tornaban coloradas.

—¿Y cuándo has dicho que vuelves a verle? ¿Mañana?

—¡Mamá!

—Vale, vale. No bromearé más sobre el tema.

—Eso está mejor.

Siguieron en silencio unos instantes, ambas tratando de disimular las sonrisas que luchaban por aparecer en sus labios.

—Cambiando de tema, cielo, sabes que mañana a mediodía... — comenzó, pero el resto de la frase se le atragantó, y no fue capaz de proseguir.

—Ya lo sé mamá. No lo he olvidado.

Sofía desvió la vista hacia el exterior, en un amago de disolver sus emociones entre las calles de la ciudad. La realidad tocaba a su puerta de nuevo.

2

Domingo , 19 de Abril de 2015

Al día siguiente, por la tarde, Sofía acudió sin dudarle al domicilio de Teresa. La anciana la recibió con entusiasmo y la guió por aquella majestuosa casa. Como bien había dicho Elsa, el interior era tan mágico como el jardín que la rodeaba; las paredes de papel pintado, en tonos pasteles, el estilo de los muebles, delicados y en tonos claros, el suelo de parqué y la luz colándose por las ventanas... Aquel lugar incitaba a quedarse. Ahora entendía porqué su madre siempre que acudía a llevar el pedido de libros de Teresa, iba sin prisas, y se tomaba un té en aquella adorable cocina rústica de madera blanca desgastada por el paso del tiempo, con tan encantadora compañía.

Dos lugares de la casa hicieron volar su imaginación . Y no por lo que vio, sino precisamente por lo que no pudo ver. Teresa se detuvo ante las escaleras de madera que llevaban al ático, y dijo: «Ahí arriba no hay nada que merezca la pena ver, niña. Solo un montón de recuerdos y trastos viejos.» Y Sofía se quedó mirando aquella puerta oscura, preguntándose cuántos tesoros de otra época habría tras ella. Exactamente igual sucedió cuando le preguntó por el sótano, cuya ventana opaca daba al jardín. «Ah sí, ese lugar está completamente prohibido al paso, incluso para mí. Es el lugar preferido de mi nieto Cristian». Genial, pensó. Ahora con más razón me muero por saber qué hay allá abajo.

Teresa se reservó la biblioteca para el final, tras haberle mostrado cuatro habitaciones de las cinco que tenía aquella casa. De las cuatro, una era la habitación de Teresa, otra hacía de cuarto de planchado, y las dos restantes, medio vacías, eran habitaciones de invitados, que realmente apenas tenían ya ese uso. Al pasar frente a la única puerta cerrada, en el piso inferior, la señaló como la habitación de su nieto. Por su localización, Sofía supo que era la habitación que daba al jardín, en la que había visto ayer a Cristian.

—Mi nieto es un poco cascarrabias —susurró la anciana al alejarse de la habitación del chico—. Tengo entendido que ya os habéis conocido.

Sofía volvió a sentir sus mejillas ruborizarse, como el día anterior cuando había hablado de él con su madre.

Maldita sea. Pero si es... eso, un cascarrabias...

—Bueno, algo así. En realidad él me echó de su jardín.

—¿Qué te echó? Que pocos modales tiene este chico, tratar así a una joven tan bonita. No le hagas caso. Él... bueno desde lo que le sucedió... no ha vuelto a ser el mismo.

—¿Qué le sucedió?

—¿No te lo contó? —preguntó sorprendida.

—No.

—¿Tampoco tu madre?

—No. ¿Qué tenía que haberme contado?

Teresa dudó un instante. Entonces se fijó en el libro que Sofía sostenía entre las manos.

—¿Pensabas pasar un rato en el jardín hoy?.

Asintió, en silencio.

—Pues deja que sea Cristian quien te lo cuente. A esta hora suele estar en su escritorio bajo la ventana, dedicado a su actividad favorita.

A Sofía debió desencajársele la mandíbula. No entendía nada.

Sin hacer más preguntas, salió decidida al jardín. Buscaba la manera de hacerse la valiente, dominar sus emociones y ser capaz de enfrentarse al sarcasmo de aquel espectador inesperado del jardín, tal y como lo había hecho el día antes. Apenas había doblado la esquina de la casa y se encaminaba hacia el banco de madera, cuando oyó su voz.

—Vaya, vaya. La librera adolescente —exclamó al verla llegar. A ella le llamó la atención que esta vez había más curiosidad que enfado en su tono.

—Hola, Cristian —saludó con falso entusiasmo—. Así es como saludamos las personas normales.

—¿Me estás diciendo que yo no lo soy? —preguntó él, y el tono desconfiado volvió a su voz.

—Oye, vengo en son de paz. Hoy no ha sido un buen día, y solo quiero pasar un rato en el jardín de Teresa. Si te disgusta, puedes marcharte, tienes una casa enorme, y un montón de horas para estar pegado a esa ventana. Yo solo te pido media hora en este lugar, nada más.

Sonó tan convincente, a la vez que agotada, que Cristian no fue capaz de contradecirle. Agachó la cabeza y volvió a esa actividad suya favorita, la que quiera que fuese. Ella se sentó en el banco, puso las piernas en posición de indio, y apoyó el libro en ellas. Abrió la primera página, y comenzó a leer. En voz alta.

ANTES DE TODO

1990, Gran Canaria.

Los primeros sucesos extraños comenzaron en verano, cuando aún quedaba casi un mes por delante de vacaciones. Un mes para ir a la piscina, salir por la tarde con la bici, y, sobre todo, para lograr que, con la ayuda de Dani, Marina consiguiera al fin superar el mayor de sus miedos: el mar.

—Para, para —dijo Cristian, interrumpiéndola—. ¿Vas a leer en voz alta?

—Sí. Me gusta leer en voz alta —mintió ella.

—Vaya por dios... —farfulló.

Y es que Sofía tenía una teoría. Los libros, como la música, también amansan a las fieras.

—Venga, no seas gallina —le chinchó Dani. Tenía una paciencia inagotable con su amiga. Aunque había veces, como en ese momento, en que se desesperaba un poco al ver que no se producían avances en la superación de su miedo. Estaban en el embarcadero de la playa, una pasarela de madera sobre el mar. Durante el mes de julio ya habían conseguido algo muy importante para ella; ser capaz de caminar sobre esa pasarela de mar, sabiendo que el mar estaba bajo sus pies, y a ambos lados de su cuerpo. El siguiente paso era sentarse al final del embarcadero, y ser capaz de dejar sus pies colgando sobre el agua. Pero

le daban sudores fríos cada vez que, sentada en la madera, veía el mar tan cerca. Le daba la sensación de que de un momento a otro una ola enorme aparecería de la nada y le engulliría. Era una imagen espeluznante.

—No puedo Dani, ¡no puedo! —exclamó mientras reculaba, alejándose del borde.

—Vamos Marina, sabes que puedes conseguirlo. Y cuando lo hagas, podremos charlar en la orilla y te llevaré a un sitio secreto que te va a encantar, al que solo podemos llegar en barca... —No se rendía.

—Dani, no puedo. Entiéndeme. Sabes lo que pasó, tienes que entender que...

—Ya. Lo sé. Pero ya está bien de escudarte en lo que pasó. Vamos a hacer una cosa.

Se sentó tras ella y sin darle explicaciones, le tapó los ojos.

—Concéntrate en mi voz y trata de imaginar lo que te cuento. «Estamos jugando entre nubes de algodón. Saltamos de una a otra, son muy suaves y esponjosas, y cuando caes sobre ellas, rebotas. Es muy divertido. Si miras hacia abajo, vemos los campos verdes bajo nuestros pies, y la brisa nos hace cosquillas en los dedos».

Se concentró tanto en sus palabras, que mientras ella se veía claramente saltando entre nubes él aprovechó para, mientras seguía tapándole los ojos

con una mano, tirar con la otra lentamente de sus piernas.

—Tienes que confiar en mí. No va a pasarte nada. Es como estar sobre nubes de algodón —continuó, al tiempo que retiraba su mano de los ojos de Marina.

Cuando ella abrió los ojos, sus piernas colgaban sobre el mar. A punto estuvo de soltar un grito. Iba a retirarlas corriendo, pero vio que Dani le miraba fijamente y luchó con todas sus fuerzas para controlar las ganas de salir corriendo.

—¿Lo ves? Yo sabía que podías hacerlo —dijo él mostrando una enorme sonrisa de felicidad. Ella sonrió, contagiada de su alegría. Aquel era un paso importante. Sus piernas colgaban sobre el mar, a solo unos centímetros de este, y ella no había salido huyendo.

El prólogo había terminado, así que Sofia guardó silencio un instante.

—¿Qué libro es ese? —preguntó Cristian. Había estado en completo silencio durante la breve lectura.

—«El Guardián de los Sueños Perdidos».

—Pues no me suena de nada.

—Antes de que vayas a soltar algún comentario irritante, lo escribí mi padre. Así que, por favor, ahórratelo.

—¿Y cómo es que no lo habías leído hasta ahora?

—Lo he releído un sinfín de veces.

—Y una más no te hará daño —murmuró, entre dientes, como si no pudiera evitarlo.

—Exacto. En los días malos, su lectura me alivia.

—Pues sigue leyendo. No seré yo quién corrompa tu terapia.

Sofia le ignoró, y siguió leyendo.

Cuando Marina llegó a casa advirtió que sus padres no estaban. Una nota sobre la mesa de la cocina le informó de que su madre había ido a hacer la compra. Su padre debía estar trabajando.

Estaba subiendo las escaleras para dirigirse a su cuarto, mientras decidía qué podía hacer con el tiempo que le quedaba libre aquella tarde, cuando un ruido fuerte procedente del ático le sobresaltó. Se detuvo en mitad de la escalera, paralizada. Había sonado como si se hubiera caído algo, que hubiera estallado en mil pedazos. Después del gran estruendo, el silencio la abrumó. Lentamente, de puntillas, siguió avanzando por la escalera, dejó el rellano que daba a las habitaciones detrás, y subió un par de escalones más, de la escalera que ascendía hasta el ático. La puerta que permitía el acceso al sótano estaba cerrada, como siempre. No le hacía ni pizca de gracia subir allí arriba. Aquel sitio, con poca luz y repleto de cosas inservibles, le daba grima.

Volvió a oír otro ruido, más ligero esta vez. Tomó aire y siguió avanzando lentamente. Llegó a la puerta y pegó el oído a la misma. Ahora no se oía absolutamente nada. Muy despacio, giró el pomo y entreabrió la puerta, lo justo para ver qué sucedía al otro lado.

La única ventana de aquella estancia estaba ligeramente abierta y algo se movía bajo ella. La

cortina había caído, y se removía de un lado a otro, como si tuviera vida propia.

Estaba a punto de cerrar la puerta de golpe y salir corriendo escaleras abajo, cuando avistó algo que le detuvo. Un rabo blanco y largo sobresalía bajo la cortina.

—¡Nora! ¿Pero qué haces? —prorrumpió aliviada. Era Nora, su gata blanca, que debía haberse colado por la ventana, se había enredado con la cortina y en su lucha por escapar se había llevado por delante una lámpara de cristal y un montón de cajas de cartón que descansaban en una estantería.

—¿Te has hecho daño? —le preguntó, mientras se acercaba a ella y conseguía librarla de la cortina. Revisó sus patas por si se hubiera cortado con los cristales—. Vaya, la que has liado en un momento...

Nora huyó despavorida en cuanto se zafó de las manos de la chica. Debía haberse llevado un buen susto. Marina recogió con las manos los cristales más grandes, luego bajaría a por un cepillo para poder recoger el resto. Los dejó a un lado en el suelo y comenzó a recoger los objetos que se habían salido de las cajas de cartón al caer al suelo. Fue al devolver una de las cajas a su lugar en la estantería, cuando se fijó en que esta llevaba una pegatina blanca con su nombre escrito en ella. La tomó de nuevo en las

manos y la llevó hasta un viejo sofá que había en un rincón de la habitación.

Quizás no debería haber sido tan curiosa. Pero al fin y cabo, ponía su nombre en la caja.

Así que, decidida, abrió la caja, y sin saber muy bien por qué, el estómago se le encogió mientras lo hacía.

Lo primero que vio fue una enorme carpeta naranja. La sacó de la caja y la colocó sobre sus piernas. Al abrirla, se encontró con folios y más folios llenos de dibujos y fichas de colegio. Sonrió, mientras hojeaba los garabatos infantiles que ella misma había hecho, años atrás.

Dejó la carpeta a un lado y se asomó a ver qué más misterios le esperaban en aquella caja. Se decepcionó al observar que dentro solo quedaba una pequeña mantita blanca. La sacó, por si hubiera algo más oculto bajo ella. Pensó, con acierto, que aquella manta debió haber sido suya cuando no era más que un bebé. Pensar en eso, en sí misma como bebé, le llenó de tristeza.

Y es que Marina es adoptada. Su padre la encontró en una de sus salidas con su barco, en una barquita en medio del mar. Recién nacida y completamente sola. Nunca se supo nada de sus padres. Así que ellos, que en aquel momento no tenían hijos, decidieron quedarse con aquel bebé.

No solía pensar demasiado en sus supuestos padres, pues ni siquiera les recordaba, pero eso no significaba que no les echara de menos.

No había nada bajo la manta. Volvió a meterla en la caja, y al hacerlo, palpó algo rígido entre el tacto ligero de la manta. La extendió y un objeto de metal cayó sobre el regazo de Marina. Lo tomó entre los dedos y lo observó con atención. Se trataba de un colgante de plata envejecida. Un extraño colgante con forma de estrella de mar, atado a una delicada cadena de plata. En el centro de la estrella, una inscripción en letras mayúsculas: MARINA. Acarició las letras, como si así fuera a suceder algo más, como si frotara una lámpara mágica. Pero no, aquello era todo. Un colgante con su nombre.

3

Sofía volvió a guardar silencio tras la lectura del capítulo. Esta vez cerró el libro tras señalar el lugar por donde se había quedado con un marcapáginas y lo puso junto a ella. Abrazó sus piernas y perdió la vista en el jardín, luchando por contener las lágrimas. No había sido un buen día. Había pensado por un momento en no acudir al jardín, temiendo su estado de ánimo. Pero por otro lado, necesitaba hacer alguna actividad que la despistara. No podía quedarse en su habitación a lamentarse.

—¿Estás bien? —murmuró Cristian. Desde donde estaba no podía verle el rostro, pero algo en su postura, en su silencio, le hizo entender que estaba controlando sus emociones. Sofía se tragó la pena e hizo lo que se le daba mejor; fingir que todo iba bien.

—Claro, estoy bien. —Se giró y le dedicó una amplia y forzada sonrisa.

—Ya. Claro —asintió él—. A mí no me puedes engañar. Antes de ser Cris el hurraño, como me llama mi abuela, fui Cris el llorón. Huelo la tristeza a muchos metros de distancia.

La sonrisa de ella se borró de un plumazo.

—Tu abuela me dijo que te sucedió algo, pero no me quiso contar qué —afirmó, esperando su respuesta, y buscando alejar el foco de atención.

Él negó con la cabeza.

—«Hay sombras por todas partes. Y recuerdos que no puedo compartir» —citó él.

—Esa cita es de Los Miserables.

—Exacto.

—Si te lo cuento, no volveré a verte por aquí. —Sintió que el calor se propagaba por sus mejillas, y tuvo que bajar la mirada. Se le había escapado—. Y me está gustando esa historia tuya. No puedes irte aún.

Ella asintió en silencio. No sabía cuál sería el secreto de él, pero en aquel instante casi prefería no saberlo. No quería que nada estropeará aquella tarde de primavera, con los últimos rayos de sol colándose entre las hojas del frondoso laurel de Indias, y los ojos azules de aquel chico extraño y hermético que estaba solo comenzando a abrirse a ella.

—Hagamos un trato. —Se le ocurrió, y la tristeza se desvaneció—.

Dejaremos las penas fuera de este jardín. Aquí solo hay lugar para las sonrisas.

—El jardín de las sonrisas eternas. Me gusta.

Y él sonrió, y por primera vez ella le vio sonreír sinceramente, sin esfuerzo. El tiempo se detuvo en aquel instante.

—Al principio citaste Gran Canaria. ¿Está ambientado aquí, en la isla? —preguntó él, instantes más tarde. A ella le costó volver, se había quedado anclada en su sonrisa.

—Eh, sí —afirmó finalmente—. Está basado en una leyenda de las islas.

—¿Qué leyenda?

Ella sonrió, y volvió a mirar hacia el jardín, perdiéndose entre las flores silvestres, que parecían aún más hermosas con los tonos cálidos del atardecer. Ella sentada en el banco, y él desde la ventana, ambos con la mirada perdida en los tonos que daban color a sus sueños y esperanzas.

—Tendré que seguir leyendo para que sepas de qué leyenda se trata.

Cuando la madre de Marina llegó a casa, ella acababa de cerrar el libro que se estaba leyendo y se disponía a ver un rato la tv.

Se levantó de un salto del sofá y acudió a su encuentro.

—Mamá, he encontrado esto en... —comenzó a decir mientras se llevaba la mano al cuello y sacaba el colgante para mostrárselo. Al ver a su madre con la espalda doblada por el peso de un centenar de bolsas de la compra, dejó la frase a medias y acudió a rebajarle la carga.

—Si yo solo iba a comprar un par de cosas —farfulló su madre, con la respiración entrecortada del esfuerzo. Cuando al fin depositaron las bolsas sobre la mesa de la cocina, su madre se centró en ella.

—¿Qué ibas a decirme hija? —le recordó, mientras sacaba los artículos refrigerados y los colocaba en la nevera.

—Ah, sí. Esto —afirmó. Le mostró el colgante. Ella lo observó detenidamente, con el ceño fruncido. Parecía no recordarlo. Hasta que de pronto una ligera sonrisa surcó su rostro.

—Oh, cariño, ese collar estaba contigo cuando tu padre te encontró en aquella barca en medio del mar, cuando eras un bebé muy pequeñito. Vaya, me había olvidado por completo de él...¿Dónde lo encontraste?

Guau. No esperaba esa respuesta.

—En una caja en el ático. Ponía mi nombre en ella y la abrí...

—¿Y qué hacías en el ático? Ahí arriba debe haber ácaros del tamaño de elefantes.

—Nora se coló dentro, tiró varias cajas y una lámpara por el camino, y subí a ver qué sucedía. Entonces...¿lo llevaba puesto cuando me encontró papá? —insistió, llena de curiosidad.

—Sí cariño, estabas desnudita, tapada con una manta y con ese colgante junto a ti. Papá te cogió y te dio calorcito, mientras buscaban en la zona próxima a la que te encontraron, por si... ya sabes... por si tus padres habían caído al mar...

—Lo sé mamá, no encontraron absolutamente nada.

Afirmó, apesadumbrada. A pesar del tiempo que había pasado, ella seguía sintiendo lástima de su hija

cuando recordaba aquella historia. Marina no compartía ese sentimiento, ella era muy feliz. Pero sí sentía curiosidad por saber que había sido de sus padres. Y tristeza por ellos, si realmente habían desaparecido en el mar.

De ahí su miedo al mar. ¿Ahora le entendéis? Era muy posible que el mar se hubiera tragado a sus padres biológicos. Aquella noche, según cuenta su padre, hubo una tremenda y repentina tormenta, que no se esperaba en absoluto. Había muchas posibilidades de que sus padres estuvieran navegando cuando les pilló la tormenta, y solo Marina pudo sobrevivir a aquel naufragio.

Aquella noche, se quedó dormida con el colgante en el cuello, y tuvo un extraño sueño. Estaba sola, en una pequeña barca en medio del océano, a la deriva. El cielo estaba plagado de nubes oscuras que avanzaban veloces, empujadas por una brisa apurada y cargada de sal. Miró a su alrededor, asustada, en busca de tierra firme. Pero el océano era infinito a su alrededor. Solos, Marina y él.

De repente, sintió un brusco movimiento de la barca, y buscó preocupada qué lo provocaba. Y entonces la vio. Junto a la barca, su rostro asomando entre las aguas que repentinamente se habían calmado. Una chica joven, de ojos tan azules como aquel océano a la luz del sol, el cabello largo

empapado y una ligera sonrisa. Y un momento después, ya no estaba. Había vuelto a desaparecer bajo las aguas. Se asomó al agua agarrándose al borde de la barca, tratando de divisarla bajo el mar. Pero solo vio su propio reflejo. O casi. Era ella, pero tenía el pelo mojado cayendo por sus hombros, y su camiseta había desaparecido. En su lugar, apenas atisbó una especie de biquini de reflejos brillantes. Sintió que sus piernas le fallaban. Se resbalaba, perdía el equilibrio y caía al agua.

Y entonces, repentinamente, despertó. El miedo, al darse cuenta de que caía al mar, le hizo dar un respingo y abrir los ojos inmediatamente. Suspiró, aliviada. Solo había sido un sueño.

Sofía volvió a guardar silencio una vez más. Los capítulos de aquel libro eran cortos, se leían en un santiamén. Esperó alguna respuesta de Cristian antes de proseguir.

—Vale, no negaré que la cosa se pone interesante. Solo espero que no vayas a decirme que Marina es la hija de Poseidón o alguna chorrada semejante. Sobre cosas así ya hay mucho escrito.

—No. Nada que ver.

—Vale, pues lee un poco más.

Ella le miró de reojo, con una sonrisa sobrada.

—Por favor —rogó él entre dientes.

Cuando despertó al día siguiente no se acordó de aquel colgante hasta que fue Dani quien le preguntó por él. A media mañana vino a buscarla para dar una vuelta con las bicis. Después de un rato, pararon en el

muro del paseo marítimo a descansar. Y mientras charlaban, él vio la cadena desgastada alrededor de su cuello. Tiró suavemente de ella, extrañado.

—¿Y eso? —preguntó, sin ocultar su asombro. Ella no solía llevar nunca abalorios; ni pulseras, ni collares, incluso sus pendientes no eran más que dos pequeños brillantes. Así que debió sorprenderle que llevara aquel collar, que no era precisamente pequeño.

—Lo encontré en el ático, junto a varias cosas más de cuando era pequeña. Mi madre me contó que lo llevaba puesto cuando me encontraron —respondió. Se quitó el colgante y se lo mostró a Dani.

Todo el mundo sabía que ella era adoptada, no era ningún secreto. Pero la historia de dónde la encontraron, la sabían contadas personas. Dani era una de esas personas.

Él cogió el colgante y lo escrutó en silencio. No paraba de darle vueltas, como si buscara algo.

— ¿Qué buscas?

— Parece un guardapelo... —murmuró, concentrado en el colgante.

— ¿Un guardapelo?

— Sí, uno de esos colgantes que tiene un hueco dentro para guardar una foto o algún objeto. Pero no logro ver por dónde se abre...

Tras decir estas palabras, repentinamente hizo un movimiento con la mano, tirando de uno de los lados

de la estrella hacia arriba. La mitad de la estrella giró bajo sus dedos. Se miraron sorprendidos.

Entonces, con un movimiento brusco, se abrió. No podían quitar los ojos de aquel extraño objeto, en espera de ver que había en su interior.

Sin embargo, para su decepción, estaba vacía por dentro. Los dos se acercaron más a ella rápidamente, tanto que sin darse cuenta se dieron un golpe en la frente al chocar sus cabezas. Se alejaron inmediatamente, riendo y frotándose donde se habían dado.

—Está vacía Dani. Ahí no hay nada —murmuró decepcionada. En el fondo había tenido la esperanza, al ver a Dani tan concentrado en abrir el colgante, de que hubiera algo dentro. Alguna pista, algo relacionado con sus padres, o consigo misma.

—Espera Marina. Dame un segundo— le silenció Dani, que volvía a estar absorto en aquel hueco vacío. Ella volvió a mirar el colgante, pero no entendía que escrutaba él con tanto ahínco.

Guardó silencio y esperó, ansiosa. Un momento después, él alzó la cabeza y miró alrededor.

—¿Y ahora qué buscas? —preguntó impaciente.

— Ven, vamos a mi casa. Es el lugar más cercano que se me ocurre.

Cerró la tapa del colgante y se lo guardó en el bolsillo. Inmediatamente se montó en su bici y la miró

expectante. Ella seguía en el mismo lugar, sin moverse.

—Confía en mí. Creo que va a merecer la pena lo que voy a enseñarte.

Asintió, y montó en su bici también. Tardaron apenas cinco minutos en llegar a casa de Dani, que estaba completamente vacía. Dani le indicó con un gesto que le siguiera hasta su cuarto. Una vez dentro, cerró la puerta y avanzó hacia la ventana. Cerró las cortinas de un tirón, dejándoles en completa oscuridad.

—¿Qué haces? —preguntó extrañada. Ahora sí que no entendía nada de nada. Por un momento, creyó que le estaba tomando el pelo.

—Espera, no seas impaciente.

Le sintió acercarse despacio. Marina no se movía, no le hacía mucha gracia tanta oscuridad.

Un ligero clic, y entonces entendió qué hacían allí. Dani sostenía la estrella entre las manos, abierta de nuevo. Y ahora, en la oscuridad, ya no estaba vacía. Una especie de holograma emergía de aquel colgante, una imagen que parecía flotar sobre la estrella. Un dibujo tridimensional, provocado por un punto de luz que se proyectaba desde el mismo centro de la estrella. Observaron aquel efecto mágico, deslumbrados. Ante ellos, se alzaba un paisaje que no conocían. Un islote, verde y en apariencia virgen,

semioculto entre un mar de nubes. El mar se agitaba a su alrededor, bañando sus costas. Ante sus ojos, las nubes comenzaron a dispersarse, y vieron el islote con mayor claridad. Un grupo de gaviotas la sobrevolaba, y la vegetación en ella era muy espesa. Una pequeña playa de arena fina ocupaba uno de los lados del islote. El resto estaba formado por escarpados acantilados.

No salían de su asombro. ¿Qué era aquello?

Un instante después, la isla desapareció ante sus ojos, pero no la imagen; ahora solo quedaba el mar y las nubes, que habían vuelto a ocupar gran parte de la escena. Permanecieron en silencio, completamente quietos. Segundos después, la isla volvía a aparecer, haciendo que las nubes se dispersaran. Nuevamente, apreciaron aquel islote verde y deshabitado. Trataban de memorizar cada detalle de él, cuando volvió a desaparecer. De nuevo, solo mar y nubes.

Marina buscó la mirada de Dani, iluminada por las luces procedentes de la imagen. Él la miró, boquiabierto. Los dos estaban completamente perplejos. No se atrevían a hablar, como si con ello fueran a provocar que la imagen desapareciera del todo.

Tras un buen rato admirando perplejos aquella isla que aparecía y desaparecía, fue Marina quien se atrevió a hablar primero.

—Dani, ¿qué crees que significa..?

—No tengo ni idea —confesó, sin dejar de mirar la isla, que en ese momento volvía a ocultarse—. Pero tenemos que averiguar qué es. Me parece un tanto sospechoso que aparecieras de la nada en medio del mar, y que solo llevaras este colgante contigo, que tiene tu nombre inscrito y una isla que aparece y desaparece en medio del mar...

Ella oía los pensamientos de Dani en un segundo plano, mientras su mente no cesaba de trabajar inquieta. Había algo de todo aquello que le sonaba muchísimo, una alarma se había disparado en algún lugar de su memoria. Pero por más que pensaba no recordaba qué era.

—¿Qué se te pasa por la cabeza? —preguntó él, haciéndole salir de su ensimismamiento.

—No lo sé. Hay algo de lo que has dicho que...

—¿Qué?

—No sé. Ojalá pudiera decírtelo —negó con la cabeza—. Se me está escapando algo, pero aún no sé el qué.

—Tranquila, lo averiguaremos —susurró Dani, dedicando una sonrisa a su amiga. Buscó la mano de ella en la oscuridad y la acarició, tratando de indicarle con aquel gesto que podía contar con él. Sin embargo, a Marina ese sencillo gesto, en aquella intimidad que les otorgaba la oscuridad, le provocó una extraña

sensación en el estómago. Él debió sentir lo mismo, o percibió algo en el rostro de ella, algo que le llevó a seguir acariciando su mano, más de lo que resultaba apropiado si no había mayor intención que la de tranquilizarla.

Fue ella quien se atrevió a detener toda aquella vorágine de emociones desconocidas que estaba sintiendo. Se desprendió de su mano y evitó mirarle. Nunca había pensado en Dani de esa manera. Jamás. Eran amigos desde siempre. Y sin embargo, sin darse apenas cuenta, todo cambió entre ellos desde aquel día.

—Oh no, ya se estropeó la historia —comentó Cristian.

—¿Por qué?

—Amor, siempre amor. ¿No pueden escribir historias simplemente de misterio, y dejar el amor de lado?

—No estoy de acuerdo. El amor siempre da más intensidad a las historias, sean del género que sean.

—Intensidad, intensidad... —repitió, mientras negaba con la cabeza—. Una buena historia puede ser intensa solo con buenos toques de misterio y acción.

—¿Qué tienes en contra del amor?

—Nada. Solo que es un tema tan trillado.

—El amor mueve el mundo. Nunca será un tema trillado.

—Hablas como una adolescente enamorada. ¿Lo estás?

Ella inevitablemente se ruborizó hasta las orejas.

—No, no lo estoy —afirmó.

—¿Segura?

—Pues claro. Cómo no iba a estar segura de algo así.

—Bueno, a veces sucede.

—¿Qué sucede?

—Que uno está enamorado sin saberlo.

—¿Te ha pasado eso?

—No.

—¿Entonces cómo sabes qué pasa?

—Lo leí en alguna parte. —Él encogió los hombros, y volvió a mirar hacia su escritorio, como si el asunto no tuviera la menor importancia para él.

—Lo leíste. Ya. Leíste sobre ese tema tan trillado —farfulló Sofía, conteniendo una sonrisa.

—Sí, supongo que lo leí en alguna vida pasada. Antes de convertirme en ese ser huraño que todos dicen que soy.

—Me hubiera gustado conocer a ese Cristian no huraño lector de libros de amor.

—Oye, tampoco he dicho que leyera libros de amor.

—Ya.

—No lo he dicho. —Le miró de reojo, sin apenas alzar la cabeza.

Ella le observó en silencio, con una gran sonrisa que ya no podía contener.

—Bueno, de todas formas te alegrará saber que el amor en esta historia es un tema secundario. Yo tampoco estoy para historias de amor últimamente.

—Tragó saliva, y al sincerarse, la sonrisa volvió a borrarse de su rostro.

—Eh, recuerda. En este lugar las penas están prohibidas —indicó, alzando el lápiz que tenía en la mano en señal de advertencia.

Ella hizo un esfuerzo por ahogar la tristeza y mostrar de nuevo una sonrisa.

—Hoy ha sido un mal día. Mañana estaré mejor.

—Cambio de tema. Ya sé de qué leyenda habla este libro, y de qué isla están hablando.

—¿Ah sí?

—Sí.

Él le mostró la hoja que tenía frente a él, en la que había escrito algo. Dos palabras. Ella abrió los ojos de par en par, sorprendida. Había acertado.

4

Aquella noche, Marina volvió a soñar. Y fue gracias a su sueño que recordó lo que se le había pasado por alto el día anterior, cuando descubrieron lo que ocultaba su colgante.

Se levantó de un brinco de la cama, se puso rápidamente un vestido y bajó corriendo las escaleras. Cuando llegó abajo, vio a su madre observándole desde la cocina con cara de asombro.

—¿Dónde vas, madrugadora? —preguntó, alzando la vista de su periódico.

No tenía la más remota idea de la hora que era. Solo sabía que se había levantado con la certeza de saber qué era aquella isla del colgante, y que tenía que llamar a Dani urgentemente. Al ver a su madre allí, se dio cuenta de que su charla con él iba a tener que esperar un poco. No podía hablar con él delante de ella. No quería que su madre pensara que estaba indagando en su pasado. No quería que eso la preocupara.

—Esto... he quedado... con Dani... para dar un paseo con las bicis... —farfulló. Colaría, seguro. Era lo habitual en un día de verano.

—Qué bien que quedéis tan temprano, así no os dará el sol de mediodía. Pero desayuna primero, ni se te ocurra irte sin desayunar.

Cosas de madres.

—Claro, mamá. —Sonrió, obediente. Cogería la bicicleta e iría directa a casa de Dani. Sería más fácil así.

Tragó la leche con cereales lo más rápido que pudo, engullendo enormes cucharadas. A punto estuvo de atragantarse un par de veces, pero eso no impidió que siguiera comiendo a toda velocidad.

Cuando terminó vio que su madre, sentada al otro lado de la mesa, le miraba sorprendida. Rió al ver su expresión.

—¿Seguro que no tienes nada que contarme?

—Que no mamá, que no. Solo quiero irme ya y aprovechar la mañana.

—Está bien, hija. Qué prisas —murmuró, y volvió a centrarse en la lectura.

Bien, ahora sí, ya podía salir pitando.

Cuando llegó a casa de Dani, la madre de él le abrió la puerta con idéntica expresión a que le había dedicado su madre mientras devoraba el desayuno.

—Hola Marina... ¿Qué madrugadora, no? —Le sonrió, mientras le abría la puerta para que pasara—. Me pillas saliendo ya, tengo que ir a abrir la cafetería. Pasa, Dani aún está durmiendo. Seguro que se alegra de que hoy seas tú quien le despierte.

Volvió a sonreírle mientras entornaba la puerta tras ella. Los padres de Dani regentaban una cafetería del

paseo marítimo. Y ella siempre llevaba consigo ese olor mezcla de café y dulces recién horneados.

Se adentró en la casa, directa a la habitación de Dani. Su puerta estaba cerrada, así que tocó suavemente con los nudillos y murmuró su nombre. Esperó, tratando de conservar la calma. Nada. No se oía ni un sonido. Volvió a tocar otra vez. Dani no le abría y ella estaba desesperada por contarle lo que sabía, así que abrió la puerta, impaciente.

La persiana estaba bajada, por lo que volvió a encontrarse en aquella habitación casi a oscuras. Cerró la puerta y se dirigió a tientas hacia la ventana. Subió la persiana, y Dani se dio la vuelta en la cama.

—Mamá por favor, es muy temprano —farfulló, sin abrir los ojos. Acto seguido, mientras la luz entraba a raudales por la ventana, agarró la sábana y se tapó el rostro con ella.

—Dani soy yo, levanta. Tenemos que hablar —ordenó. Tiró de la sábana para descubrirle el rostro otra vez. Al reconocerla pareció espabilarse de golpe. Abrió los ojos y le miró, soñoliento.

—¿Marina? —preguntó, sorprendido al verla allí—. ¿Qué sucede?

Se sentó en la cama y le observó expectante.

—La isla. Ya sé lo que es —declaró, poniendo la voz que pondría el protagonista de una novela de misterio al descubrir el nombre del asesino. Se sentó a

su lado, al tiempo que cruzaba las piernas, generando expectación.

—Yo también —afirmó él, con su habitual calma. Le miró detenidamente, con sus ojos rasgados brillantes de entusiasmo.

—San Borondón —dijeron los dos a la vez.

—Acerté —afirmó orgulloso Cristian.

—Sí. San Borondón. La isla que aparece y desaparece —respondió Sofía, y un bostezo interrumpió el final de su frase—. Creo que ya es hora de irse, estoy agotada.

—¿Me dejas ver el libro?

—Sí, claro. —Marina alzó el brazo para entregárselo. Él lo hojeó unos instantes, antes de devolvérselo.

—¿Volverás para continuar la historia? —le preguntó en voz baja, distraído como siempre con la cabeza gacha, simulando que hacía la pregunta sin interés alguno.

—Vaya, vaya. Así que andas interesado en ver cómo continúa.

—No te regodees. Las tardes aquí se hacen muy largas.

—Pues sal. Ve a la playa o al cine. Este jardín es precioso, pero demasiadas horas en él también tienen que afectar a la cordura.

—¿Dudas de mi cordura?

—Solo digo que no es bueno estar demasiado tiempo sin salir al mundo exterior.

—No has contestado a mi pregunta.

Ella guardó silencio, en espera de que así provocara que él levantara la cabeza para mirarle. Y eso fue lo que consiguió. Y durante unos instantes, ambos se perdieron en la mirada del otro. Sofía en la de él, del color azul del océano, y él en la de ella, del color de las hojas en otoño.

—Estás más cuerdo que la mayoría de los chicos que conozco. Solo que tengo la sensación de que escondes demasiados fantasmas bajo tu cama. Cuando decidas alejarlos...

—¿Qué?

—Podrás ser feliz. Buenas noches Cristian. Que descanses.

Él observó cómo se alejaba. Parecía un hada, en aquel jardín de cuento.

Al llegar a casa, Marina dejó el libro sobre su mesilla de noche. Cuando volvió de cenar, se dio cuenta de que algo sobresalía de él. Una hoja, más gruesa y más blanca que el resto de páginas del libro. Se sentó sobre la cama y tiró de la hoja. La abrió despacio, y observó sin dar crédito, el dibujo que había en él. Un retrato a lápiz, de sí misma vista de perfil, sentada en el banco del jardín. Tenía el rostro mirando hacia abajo, hacia sus piernas cruzadas, donde reposaba el libro. De fondo, el jardín. Era impresionante como había dibujado aquella escena con tanto detalle. Era brillante.

Un pequeño secreto desvelado. Ya sabía a qué se dedicaba Cristian cuando lo veía concentrado y sin mirarla. No escribía. Dibujaba.

5

LUNES, 20 de Abril de 2015

Al día siguiente, tras las clases, Sofía hizo su habitual trayecto desde donde le dejaba el autobús escolar. Solo que esta vez no solo se detuvo frente a la casa que tanto le gustaba, sino que volvió a adentrarse en ella. Había pedido a su madre que, en lugar de hacer su habitual descanso en casa antes de comenzar los deberes, se detendría allí un rato, para luego ir directa a casa a hacerlos. El día anterior Teresa le había enseñado a abrir la puerta del jardín por dentro, de manera que no tuviera que tocar al timbre, para que ella pudiera ir al jardín siempre que quisiera.

Así que Sofía entró y caminó por el lateral de la casa hasta el jardín. A aquella hora, el lugar invitaba a descansar; una brisa suave se colaba entre los árboles, que procuraban una sensación de frescor alejada del calor que hacía en la calle. La ventana de Cristian estaba cerrada a cal y canto, y una cortina tupida evitaba que pudiera ver si él estaba allí. Así que decidió explorar un poco el jardín, algo que no había podido hacer todavía. Se acercó a la casita de pájaros, acarició las gruesas raíces del árbol que sobresalían de la tierra, y se meció en el columpio. Allí sentada, se dijo que aquel lugar era mágico, pero le faltaba vida. Todo en él permanecía como anclado en algún momento en el tiempo. Un crujido frente a ella la devolvió al presente.

—Bájate de ahí —ordenó Cristian, que había abierto la ventana en aquel momento, pillándola in fraganti. Sofía trató de interpretar su expresión. Por un lado, había enfado. Por otro, una mezcla de melancolía y admiración.

—Perdona —murmuró, incómoda. Se bajó inmediatamente y se dirigió a su lugar habitual en el banco, donde había dejado el libro. Se sentó y permaneció en silencio, mirando hacia el jardín. ¿Cuál era el secreto de aquel chico, que le provocaba tanta rabia contra el mundo? Estaba bastante convencida de que tenía que ver con sus padres. Era algo evidente. Estaban ausentes, vivían allí solo él y su abuela. Algo muy grave tenía que haber sucedido para que le causara tanto enfado, tanto malhumor. Y tanta soledad.

—¿A qué instituto vas? —preguntó en un murmullo.

—A ninguno. Me da clases un tutor aquí.

Vaya. Eso sí que hacía la situación aún más extraña.

No hizo falta que él dijera nada más, para ella adivinar que tocaba cambiar de tema. Ya habían decidido que los temas tristes quedaban fuera de aquel lugar.

—Gracias. —Le sonrió ella, tratando de cambiar la expresión.

—¿Por?

—Por el dibujo.

—¿Qué dibujo?

—No te hagas el loco.

—Me aburro con tu historia, por eso dibujo —fanfarroneó, con una sonrisa en los labios.

—Ya, claro. Dibujas de maravilla.

—Gracias.

—¿Tienes más?

—¿Más dibujos de ti? No tranquila, no soy un perturbado. Solo hice ese porque desde esta perspectiva se veía como una escena muy...

—¿Muy?

—Mágica.

—Me refería a más dibujos, en general.

—Sí, muchos. Es mi pasatiempo favorito.

—¿Puedo verlos?

Él la miró, sin estar convencido.

—Algún día. Aún no te has ganado un privilegio tan enorme. A lo mejor, si me cuentas ya qué tiene que ver San Borondón con Marina...

—¿Pero no decías que te aburría?

—Era un decir, mujer. Mientras te escucho, tengo que hacer algo con las manos. Es interesante que te lean. Cuando uno lee no puede hacer nada más a la vez. Sin embargo, si es otro quien te lee, dejas libre la vista y las manos para dedicarte a cualquier otra cosa.

—Pero tal vez así no te sumerges en la historia de la misma manera...

—Tú cuenta, que yo te narraré lo que cuentas en un dibujo. Ya verás si me sumerjo o no en ella.

La Palma y Lanzarote, unas horas más tarde.

En dos islas distintas del archipiélago canario, dos chicas se dedicaban a aprovechar aquel día de verano de igual manera; disfrutando de un día de playa.

Olivia era curiosamente idéntica a la protagonista que ya conocéis. Como dos gotas de agua; lucía una larga melena oscura, que secaba con calma en el cuarto de baño de su casa tras aquel largo día de playa.

En la misma situación, pero en Lanzarote, estaba Gara, que también acababa de secar sus largos cabellos rubios cuando una luz reflejada en su espejo llamó su atención. Alzó la vista y observó perpleja como el colgante en forma de estrella de mar que llevaba siempre al cuello se iluminaba con una luz azul parpadeante. Boquiabierta, tomó el colgante entre sus manos y estudió aquella luz. Giró la estrella, como solía hacer cuando necesitaba relajarse. Aquella isla que aparecía y desaparecía ante sus ojos la calmaba. Ella había sido adoptada, siendo tan solo un bebé. Y aquel era el único recuerdo que conservaba de su familia biológica, a la que el mar debía haberse tragado. Ella lo guardaba como si fuera un tesoro. Lo giraba al menos una vez al día, para contemplar la isla flotante. Estaba segura de que aquella isla mágica tenía algo que ver con su familia. Había investigado sobre ella, sabía lo que era, pero nunca halló la forma

de enlazar la información que tenía sobre la isla fantasma con el paradero de su familia biológica.

Olivia, la chica de quince años de cabellos oscuros, siempre había sentido que era solo la mitad de algo. No entendía la razón de aquella extraña sensación, pero la recordaba consigo desde su niñez. Como si se tratara de un miembro fantasma, como solían contar los soldados cuando les retiraban un miembro mutilado en la guerra y a pesar de ello seguían teniendo la sensación de que ese brazo o esa pierna que ya no estaba seguía ahí.

Precisamente en esto se encontraba pensando, al quedarse absorta frente al espejo observando la señal de nacimiento en forma de media luna que tenía junto al ombligo, cuando un destello procedente de su mesilla de noche llamó su atención. Una luz azul intermitente se reflejaba en el espejo. La chica se giró para mirar directamente al lugar del que procedía aquella luz. El tintineo venía de su joyero de cristal, como si una luciérnaga nocturna hubiera quedado atrapada dentro. Se acercó lentamente, sigilosa, temerosa de que si hacía ruido aquella luz saliera disparada de un momento a otro hacia el exterior de su joyero. Asomó la cabeza al interior y vio que era su colgante en forma de estrella el causante de aquella luz azul. Desconocía que aquel colgante brillara. Lo tenía desde siempre, era una reliquia de su madre.

Olivia sacó el colgante del joyero, y observó su hipnótica luz azul. Y supo enseguida lo que debía hacer. Se vistió en un instante y, colgante en mano, se deslizó por la ventana de su cuarto, aprovechando que vivía en una casita de una planta en el tranquilo y seguro Puerto de Tzacorte, en la isla de La Palma. A la luz de la luna llena que acababa de aparecer en el cielo hacía solo unos instantes, comenzó a correr en dirección a la playa.

Algo parecido sucedía en aquel instante en Famara, en Lanzarote. Gara, la joven de cabellos dorados, tras ver un destello sobre el mar idéntico al de su colgante en forma de estrella, había salido de casa. Pasó junto a la cocina antes de salir, donde su madre preparaba la cena, y sin embargo esta pareció no escuchar cómo su hija salía sola de casa justo cuando la luna llena asomaba en el cielo que acababa de oscurecerse. Al llegar a la playa, y ver aquel extraño objeto brillante en la orilla, abrió la boca, sin dar crédito a lo que veía.

AIRAM

Santa Cruz, Tenerife, esa misma noche.

Centro de Acogida de Menores.

Airam no podía dormir aquella noche. Era algo bastante frecuente en su monótona y desagradable vida. Con los ojos abiertos de par en par, trataba de desconectar de la realidad de aquellas cuatro paredes;

alejarse de los ronquidos de Raúl en la litera sobre la suya, del sonido torturador de una gotera en el techo, de las voces de los cuidadores que hablaban a todo volumen no muy lejos de allí.

A veces cogía una pequeña linterna que le había regalado a escondidas una cuidadora y releía los dos libros que escondía bajo su colchón. Ya casi se los sabía de memoria. Uno era un tomo de la colección de Los Cinco y el otro Las aventuras de Tom Sawyer. No se cansaba de leerlos. Las aventuras que sucedían en aquellos libros le hacían olvidarse de su realidad y soñar con que algún día él podría vivir una de esas aventuras, muy lejos de allí. Que algún día podría escapar de aquel lugar que absorbía toda la energía de los niños que pasaban por él.

Aquella noche fue diferente.

Una luz blanca titilante junto al alféizar de la ventana le hizo inclinarse en la cama. Tratando de no hacer ruido, se levantó despacio. Sus compañeros de cuarto dormían, al menos en apariencia. Caminó sigiloso, guiándose por aquella luz en la oscuridad. Al llegar junto a ella, en el alféizar, vio que la luz procedía de un colgante en forma de estrella. El colgante completo brillaba, y, atónito, el chico observó lo que había inscrito en él en letras mayúsculas: AIRAM. ¿Su nombre? ¿Qué hacía su nombre en aquel objeto tan extraño? Se frotó los ojos. Quizás se tratara de una

alucinación. Los volvió a abrir de par en par. El colgante seguía allí, y su nombre no había desaparecido.

De repente, algo que vio Airam por el rabillo del ojo le hizo levantar la vista hacia la ventana. A lo lejos, en la noche oscura, divisó una luz intensa, intermitente y del mismo tono azul que la luz de la estrella que sostenía entre sus manos. Apenas si podía ver nada a través de la ventana, pero estaba convencido de que aquella luz llegaba procedente de la zona de costa, no muy lejos de allí.

Y supo, en aquel instante, que tenía que averiguar qué era aquella extraña luz que sin duda estaba relacionada con el objeto luminoso que había aparecido de la nada en su habitación.

Y hasta aquí, lector, la presentación de nuestros personajes principales. Lo sé, apenas sabes nada de Airam, Gara y Olivia. Tranquilo, poco a poco les irás conociendo más. Ya habrás observado que, a pesar de no conocerse y vivir muy distantes unos de otros, parece que todos tienen algo en común; ese extraño colgante que, de una u otra forma, ha llegado a manos de los cuatro. Tal vez sea ya momento de que sus caminos se crucen, ¿no crees?. Hagamos un poco de magia para que eso suceda.

—Tengo la sensación de que Airam se convertirá en mi personaje favorito —comentó Cristian, cuando Sofía detuvo la lectura.

—Se parece un poco a ti.

Él alzó la vista y arqueó una ceja.

— Me ahorraré preguntarte en qué nos parecemos. Pero me temo que Airam no será el héroe, ni se quedará con la chica.

—Bueno, aún queda mucha historia por delante —respondió ella con una sonrisa atisbando en sus labios.

MARINA

Gran Canaria.

Unas horas antes.

—Según la información que encontré, esa isla es San Borondón, la isla fantasma que, según la leyenda, aparece y desaparece —contaba Dani, sentado en la silla del despacho de su padre mientras pasaba las páginas de un grueso tomo de enciclopedia. Cuando dio con lo que buscaba, aproximó el libro encuadernado en cuero a Marina. Ella hojeó las páginas que él le indicaba, en la que aparecían supuestas fotos tomadas de la isla en diversos momentos de la historia.

—Exacto. Anoche mientras dormía recordé que hace unos meses leímos una lectura en clase sobre esa isla. Me pareció muy emocionante, por eso no la había olvidado por completo.

—Sí que lo es. Apareció incluso en varios mapas hasta el siglo XVIII, como si fuera una isla más. Según esos mapas la isla estaba al oeste de las Canarias, entre La Palma, La Gomera y El Hierro.

Mira, incluso ya en pleno siglo XX, apareció una imagen en el diario ABC.

Marina observaba con asombro las imágenes que señalaba Dani; mapas en los que aparecían ocho en lugar de siete islas Canarias, fotos en color y en blanco y negro en las que se mostraba un islote, semioculto en la niebla, dibujos en los que esa isla aparecía transformada en una especie de ser mitológico similar a un dragón.

—¿Hay algo sobre el colgante?¿Has encontrado algo que pueda relacionarlo con toda esa información?

—No. Sin embargo, sí encontré algo que te va a dejar alucinada. Ayer hice una visita a la hemeroteca. Estaba convencido de que esa isla tenía que tener alguna relación con tus orígenes. Así que busqué noticias del día en que te encontraron. Mira esto.

Dani sacó una hoja del bolsillo de su pantalón. La desdobló con cuidado y la puso frente a ella. Era una fotocopia, de un artículo de periódico.

—«Los bebés que vinieron del mar» —leyó Marina, en el titular de la noticia.

12 de Octubre de 1975

Un extraño acontecimiento ha ocurrido esta mañana en tres islas del archipiélago, alarmando a los habitantes de diversos poblados costeros, que han tenido que avisar a las autoridades sin dar crédito a lo que sucedía. En las costas de

Tenerife, La Palma y Lanzarote, han aparecido a primera hora de la mañana tres barquitas idénticas, que han encallado en las arenas de distintas playas. Dentro de cada una de ellas había un bebé. Un niño, en el caso de Tenerife, niñas, en La Palma y Lanzarote. Todos han aparecido de idéntica manera; totalmente desnudos, cubiertos en una manta blanca y con un colgante en forma de estrella alrededor del cuello. Las autoridades mantienen el caso en absoluto secreto de sumario, por lo que se desconocen datos sobre el paradero de los padres o las causas de tan extraño fenómeno.

Marina leyó el artículo. Tuvo que leerlo una segunda vez, para asegurarse de que había entendido bien.

—¿Es el mismo día en que te encontraron a ti, no? Y de la misma forma... solo que tu caso no se nombra aquí... —farfulló Dani en voz baja en un intento de no molestar a Marina, que parecía estar digiriendo aquellas palabras. Ella retiró la vista de la noticia y le miró directamente, como si sus palabras le hubieran devuelto a la realidad.

—¿Qué demonios es esto, Dani? —atinó a decirle ella, sin salir de su asombro.

—No lo sé. Pero empieza a superar cualquier peli que hayamos visto.

—Tengo que ir a casa. Tengo que decirle a mi madre lo que sé, no entiendo por qué me ocultó esta información...

—Yo creo que sí lo sé. Fíjate en la que se lió con este asunto. —Dani sacó una nueva tanda de hojas de su bolsillo. Marina vio asombrada como el chico exponía toda aquella información frente a ella—. A los niños los mantuvieron en observación durante bastante tiempo, hasta que finalmente pasaron a asuntos sociales. Supongo que tus padres consiguieron arreglarlo para que no tuvieras que pasar por todo eso. Por eso no han querido hacer público dónde te encontraron. Todo esto lo supongo, nada más... Sea como fuere, yo creo que deberíamos llegar al fondo de todo este asunto antes de que hables con tus padres.

—Ya, tienes razón —reconoció ella—. ¿Y por dónde empezamos?

Ambos permanecieron en silencio, pensando dónde o cómo podrían conseguir más información.

Vaya, qué despiste, falta alguien esencial en esta historia: es el anfitrión, el que aguarda sereno a orillas de un acantilado, mientras contempla desde las alturas el bravío mar. Sus invitados llegarán en breve. Al fin. Lleva quince años esperando su regreso. Va llegando la hora de las presentaciones.

AIRAM

Allí estaba él, de pie en la arena de la playa, a solo unos metros de la orilla y de aquel extraño objeto ovalado, la cosa más rara que había visto en su vida. A la luz de la luna llena, aquella sorprendente cosa en forma de huevo alargado, dirigía destellos plateados en todos los sentidos. Airam estaba perplejo, no entendía ni qué hacía él allí, ni qué era aquel objeto futurista que, por alguna razón, le había hecho correr a toda prisa hasta la playa. Y ahora sabía que le esperaba a él. Estaba anclado en la orilla, pero el agua no llegaba a tocarle solo por unos centímetros. La marea se había detenido, no ascendía y descendía como era habitual. Era como si le estuviera permitiendo el acceso hasta el óvalo plateado. Suspiró, antes de aproximarse a él. En cuanto estuvo a menos de un metro, vio la pequeña forma que había en su centro, labrada en el metal, como un molde. Una estrella. Alzó el colgante con idéntica forma que llevaba en la mano, y que seguía parpadeando rompiendo la tenue oscuridad de la playa. Despacio, sintiendo que la mano le temblaba al hacerlo, puso su colgante sobre el molde en la superficie plateada. Encajaba a la perfección. Y según ambas formas entraron en completa fusión, algo inesperado sucedió.

MARINA

Unas horas antes.

—¿Almorzamos y bajamos a la playa a seguir con tu tratamiento diario? —le planteó Dani. Estaban perdidos, no sabían por dónde seguir indagando sobre aquel asunto vital para Marina. Dani pensó que quizás, desconectando un poco del tema se les ocurría una nueva manera de seguir tirando de los hilos.

—Hoy no tengo fuerzas para eso. Después de esto, no. —Tragó saliva y se dio la vuelta. No quería que su amigo viera que estaba tratando de contener las lágrimas.

—Está bien... ¿Qué te apetece hacer?

Ella logró relajarse un momento y volvió a darse la vuelta.

—Escuchar música. Ver una peli. En definitiva, tener la mente ocupada.

Dani permaneció callado. Quería buscar un buen plan, algo que realmente distrajera a su amiga de toda aquella extraña historia.

—Podemos pasar aquí la tarde escuchando música y luego ir a ver una peli al cine.

—Me parece una idea genial.

Marina sonrió, y Dani se sintió feliz de verla sonreír como siempre.

La tarde pasó volando. Sobre las siete Marina regresó a su casa a cambiarse de ropa y ponerse algo ligeramente más abrigado. Quedaron en que irían caminando hasta el cine, que estaba a unos veinte

minutos a pie de donde vivían. A la vuelta, el padre de Marina les iría a buscar, pues no querían que volvieran solos ya entrada la noche.

Ella consiguió realmente desconectar durante toda la película y olvidar durante un rato toda aquella fatídica realidad sobre sí misma que acababa de descubrir.

Cuando acabó, bajaron las escaleras y salieron a la vía general, dónde habían quedado con el padre de Marina. La película había terminado algo antes de lo que esperaban, así que se sentaron en las escaleras de la entrada a esperar.

Ambos permanecieron callados, hasta que Marina se fijó en que Dani sonreía levemente, con la vista perdida en el suelo.

—¿Qué piensas?

—En ti, en lo que hemos descubierto hoy. Suena todo tan misterioso... Piénsalo. Cuatro barcas a la deriva, encallando a la vez en las playas de cuatro islas distintas... y en su interior, cuatro bebés, todos tan semejantes, todos con ese extraño colgante al cuello... Parece el inicio de...

—Ya, de una película al estilo de la que acabamos de ver. Pero hablamos de mi vida, Dani, no de una peli. No suena tan fantástico cuando se trata de tu propia vida.

—Pues yo no estaría tan seguro. Correr una aventura en primera persona tiene que molar

muchísimo —respondió él, con una ligera sonrisa.

—¿Una aventura? No veo indicios de aventura por ninguna parte en esta historia —refunfuñó, sin entender el entusiasmo de su amigo.

—Eso es porque no estás viendo las cosas desde mi perspectiva. Todo depende del punto de vista con que las mires, ¿sabes Marina?

Dani se levantó y sin previo aviso se puso de nuevo junto a ella, pero en el lado contrario. Cogió ligeramente a su amiga por los hombros, para que se mantuviera casi de espaldas a él, en la misma postura en la que había estado durante todo aquel rato mientras hablaban. Ella no entendía que hacía, hasta que se vio reflejada en la superficie de una columna que era prácticamente un espejo. Entonces lo entendió. El colgante que llevaba al cuello parpadeaba con una luz brillante, azul. A eso se refería Dani; él lo había visto mientras hablaban. Lo cogió entre las manos y permaneció un rato hipnotizada por aquella luz. Una ligera sonrisa floreció en sus labios.

—Vamos. Hay que irse —se apresuró a decir. Apenas dejó que Dani reaccionara, antes de salir corriendo en dirección a la playa.

Él, más rápido, la alcanzó enseguida, y corrió junto a ella. No dijo nada. Aunque él no sabía adónde se dirigían, estaba bastante convencido de que debía seguir a Marina hacia donde quiera que la guiara

aquél colgante. Atravesaron todo el paseo que les llevaba hasta la entrada a la playa. Se adentraron en la playa oscura y silenciosa, y se detuvieron en seco al ver, frente a ellos, aquel enorme objeto en forma de óvalo plateado.

—Guau —atinó a murmurar él. Ella no dijo nada. Solo sonrió ligeramente, calmada al ver que el mar les abría paso para que pudieran aproximarse al singular objeto. Avanzó despacio hasta él, e hizo exactamente lo mismo que en aquel preciso instante hacían Olivia, Gara y Airam en diversos puntos del archipiélago.

La estrella, en contacto con su igual en la nave. En perfecta unión. Y entonces, una apertura les abre paso al interior de aquel siniestro óvalo gigante. Dentro, tenues luces de led iluminan un espacio reducido, justo, para que una persona permanezca de pie en él. Sus paredes de frío metal, vacías, sin ningún tipo de señal que les indique qué significa todo aquello. Que les muestre por qué todos impulsivamente ponen un pie sobre el suelo plateado, luego otro, y entran dentro, con la certeza de que aquello es lo que tienen que hacer. Solo en el caso de Marina la nave lleva dos tripulantes. Dani no siente esa certeza de lo que tiene que hacer, pero no le importa. Seguiría a su amiga al fin del mundo. Y si ello conllevaba vivir una aventura, con más razón aún.

Sofía se detuvo, y marcó la página en la que se había quedado.

—Ya es tarde. Tengo que irme, me quedan muchos deberes que hacer.

—¿Me dejas así? Ni siquiera te he interrumpido, ¿y me dejas sin saber qué sucederá cuando lleguen a la isla? ¿Por qué es allí adónde van, verdad?

—El miércoles seguimos. Pero si hoy llego tarde, mi madre no me dejará venir más.

Tenían una opción, que ninguno de los dos nombró, aunque ambos tenían en mente. Bastaba con que Marina le prestase el libro. Pero a ninguno de los dos les gustaba esa opción, aunque no lo reconocerían en voz alta.

—¿El miércoles? ¿Por qué no mañana?

—Mañana tengo ballet. No me da tiempo.

—Está bien, soportaré la agonía.

—¿Y el dibujo? —Ella se puso de puntillas, aunque sabía que aún así no podría ver el dibujo que Cristian había estado haciendo. Pero él se lo mostró, obediente.

Un chico, solo frente al mar, con un colgante en forma de estrella entre sus dedos. A lo lejos, la nave ovalada yacía anclada en la orilla.

—Es precioso. Tal como lo imaginaba en mi mente.

—Puedes quedártelo, si quieres.

—Gracias. Hasta el miércoles entonces.

—Hasta el miércoles.

6

Martes Miércoles Jueves 23 Abril 2015

El martes las horas se enlentecieron. El día se hizo eterno para los dos. Cristian, tras sus clases, se lo pasó dibujando, mirando como siempre por la ventana que daba al jardín. Sofía tuvo menos tiempo para aburrirse, entre las clases, el ballet y los deberes. Esos días terminaba agotada, y se iba temprano a la cama. Aquel día, se iría especialmente temprano. Así el miércoles llegaría más rápido. Le parecía curioso no haber hablado a sus amigas de Cristian. Tenía la sensación de que la magia de aquel lugar y aquellas conversaciones se esfumarían en contacto con la realidad. Solo su madre sabía de aquellas citas excéntricas.

—¿Qué tal la tarde de ayer en el jardín de Teresa? —le preguntó el martes, mientras cenaban.

—Bien —respondió, alzando los hombros.

—¿Has visto más a Cristian?

—Sí. Le estoy leyendo un libro de papá.

—Vaya. ¿Y ya no te cae tan mal?

—A ratos. Refunfuña de vez en cuando, pero en general lo llevo bastante bien.

—Y él... ¿Ya ha estado contigo en el jardín?

—Siempre está. Bueno, en su habitación, desde la ventana.

Ella se quedó pensando en la pregunta de su madre.

—Hija, cambiando de tema. Mañana es miércoles. No sé si recuerdas que...

—Oh, maldita sea. Lo olvidé por completo —maldijo dándose un toque en la frente—. Quedé con Cristian mañana para seguir leyendo...

—Vaya, pues no podrás ir.

—Ya.

Sí, tal como había decidido de antemano, aquella noche se acostaría temprano. Pero sobre todo, y para su propio asombro, se acostó para no pensar más en los motivos por los que se sentía tan triste al percatarse de que tendría que esperar un día más antes de ir de nuevo al jardín.

Y al fin, llegó el jueves por la tarde, y después de clase Sofía salió

prácticamente corriendo del autobús en dirección a casa de la señora Brooks. Abrió la puerta y se coló sin pensarlo dos veces en el jardín. Esta vez Cristian estaba en su posición habitual, con la cabeza baja, junto a la ventana.

—Hola —Le sonrió ella.

Él pasó del sobresalto inicial al oír a alguien aproximarse a mostrar una gran sonrisa, que fluyó instintivamente sin que pudiera hacer nada por evitarlo. En cuanto se dio cuenta de ello, volvió a su semblante serio. Pero ese breve instante bastó para que Sofía se percatara de que se alegraba de verla.

—Vaya. No te esperaba.

—Siento muchísimo lo de ayer. No me acordaba de que...

—Tranquila, no tienes que darme explicaciones. No estás obligada a venir.

—Ya. Pero te dije que vendría. No me gusta dejar a nadie plantado.

—Bueno, tampoco es que tuviera ningún plan alternativo. Estaba aquí, igualmente plantado. —Se encogió de hombros y la miró con una sonrisa sincera. Ella suspiró.

—Bueno. Para compensarte, he traído cupcakes para hacer más amena la lectura. —Abrió su mochila y sacó una pequeña cajita plateada—. Los he hecho yo misma.

Abrió la cajita y le mostró el contenido. Él cogió uno de masa color chocolate con frosting blanco decorándolo. Le dio un mordisco, en silencio.

—Delicioso. Esto compensa tu desplante de ayer con creces.

Ambos sonrieron.

—¿Nos vamos ya a la isla entonces? —preguntó él con entusiasmo.

—Nos vamos —afirmó ella. Se sentó con el libro en el regazo, como ya era habitual, y comenzó a leer.

El viaje no duró más de unos pocos minutos. Sin embargo, a todos les pareció que habían pasado una eternidad dentro de aquella especie de nave autodirigida. Según pusieron sus pies dentro de ella, la puerta se cerró automáticamente y sintieron como la nave ovalada comenzaba a deslizarse silenciosa, veloz

pero estable. Sus corazones comenzaron a latir con fuerza. Sabían que se dirigían hacia el ancho y profundo océano.

Olivia, la chica idéntica a Marina, miraba al frente tratando de conservar la calma, con los brazos cruzados sobre el pecho. Con la exasperación en el rostro de alguien a quien le están haciendo perder el tiempo.

Gara, la chica de cabellos rubios y rostro calmado, pasó todo el viaje con los ojos cerrados, buscando pensamientos agradables que la distrajeran. Estaba tremendamente nerviosa.

Airam, nuestro chico del centro de menores, también trataba de calmar su ansiedad como podía. Su semblante serio no parecía delatarle; su actitud era la de siempre, la de estar continuamente enfadado con el mundo. Sin embargo, si hiciéramos un zoom a sus manos veríamos como apretaba fuertemente los puños, hasta que sus nudillos quedan completamente blancos.

Marina y Dani también estaban angustiados. Por las mismas razones que los demás, y porque se sentían incómodos, apretados como estaban el uno contra el otro. Ya os dije que su relación iba a cambiar a partir de lo sucedido el día anterior. Aquel íntimo contacto, distinto al que habían tenido hasta entonces, les había

sembrado una profunda duda sobre su amistad y sus sentimientos.

—Creo que este aparatejo está pensado para una sola persona... —murmuró Marina, hablándole a la pared del compartimento. No podía mirar a Dani, estaban tan cerca que cada uno debía mirar hacia el lado contrario, mejilla contra mejilla.

—¿Tú crees? —respondió él, irónico—. Eso, o que el último atiborrón de helados no nos sentó demasiado bien.

Marina rió ante su ocurrencia y por un instante la incomodidad se disipó. Era Dani, su Dani, el de siempre, su amigo del alma.

—¿A dónde crees que vamos?

—Ni idea. ¿Te has parado a pensar que esto es un poco surrealista? —respondió él. Su pregunta desentonaba con su rostro apacible, divertido, como quien estaba dando un paseo en el autobús urbano.

—No me ha dado tiempo a pensar. Pero sí, ahora que lo pienso... ¿Qué hacemos aquí?

—Auuuu —se quejó Dani—. ¿Qué narices haces?

—Pellizcarte. Tenía que comprobar que no estuviéramos soñando.

—¿Y por qué no te pellizas a ti misma? Si es tu sueño y yo estoy contigo en él, solo despertarás si tú notas la molestia. Espera.

—¡No, no, no! —exclamó ella entre risas, tratando inútilmente de alejarse de él, a sabiendas de que iba a pellizcarlo.

Pero Dani, si es que pretendía pellizcarlo, no tuvo tiempo. De repente, sintieron un movimiento un poco brusco, antes de que la nave se detuviera por completo. Ambos se pusieron rectos rápidamente, y se miraron de reojo. El corazón de Marina comenzó a golpear con más fuerza si cabe. Pero se mantuvo en silencio, disimulando su nerviosismo. Dani, que la conocía lo suficiente, buscó su mano y la agarró con fuerza, en un gesto que logró el efecto deseado; que ella se sintiera más segura y dispuesta a enfrentarse a lo quiera que les esperara tras aquella puerta.

Ninguno de los cinco protagonistas de esta historia sabían aún dónde estaban, ni qué les deparaba el futuro cercano, ya hecho presente. Cuatro formas ovaladas de brillante metal yacían ya en las arenas de una playa en medio de ningún lugar.

BIENVENIDOS

Las puertas de las cuatro naves se abrieron exactamente a la vez, como si estuvieran sincronizadas en una coreografía perfecta. Sus tripulantes observaron el paisaje que les rodeaba desde la relativa seguridad que les ofrecía el interior de sus cápsulas. Desde su posición, ninguno veía las

otras naves, todas idénticas, formando un semicírculo a orillas del mar. Ellos solo veían lo que parecía, a primera vista, una isla desierta, iluminada tan solo por la luz de la luna llena. Una isla con dos montañas elevadas, repletas de naturaleza viva, y un profundo valle entre ellas. Pasados unos segundos, cuando lograron calmar ligeramente sus corazones, todos, casi a la vez, descendieron de los artilugios de metal. Dani y Marina no habían pronunciado palabra, fascinados como estaban por aquel paisaje, que habían reconocido inmediatamente; la isla del colgante de Marina, San Borondón. Bajaron de la nave sin ser capaces de soltarse de la mano. Y entonces vieron a los demás, y los demás les vieron a ellos. Y vieron a Olivia, y Marina creyó de nuevo estar soñando. Era un reflejo de sí misma, un espejismo con un poco más de altura, más pecho y más... más soberbia o más fuerza... no estaba segura... pero había algo más en su mirada que la diferenciaba de sí misma. Olivia también vio su reflejo, y abrió la boca sin disimular su asombro. Y supo al instante cuál era el motivo por el que llevaba toda una vida sintiéndose la mitad de algo incompleto.

Airam y Gara también observaban a los demás sin comprender qué hacían allí.

—¿Qué demonios es esto, Marina? —se atrevió a farfullar Dani entre dientes.

—Eso quisiera yo saber —afirmó, sin dejar de observar a los demás, sobre todo a Olivia.

Antes de que pudieran decir o hacer nada más, una presencia repentina apareció frente a ellos. Jurarían que había surgido de la nada; estaban seguros de que no lo habían visto venir caminando por la playa. Sencillamente, había aparecido allí, a solo unos metros de ellos.

—Bienvenidos, sed bienvenidos a nuestro humilde hogar, ahora y siempre también el vuestro —anunció con voz alta y teatral aquel señor, al tiempo que se inclinaba, haciendo una reverencia ante los perplejos recién llegados. Mientras se inclinaba Marina estudió su cuerpo rechoncho, de baja estatura y muy grueso. El pelo muy repeinado, con la raya a un lado, colmado de canas. Su indumentaria acompañaba la excentricidad de sus movimientos; vestía con un traje de chaqueta oscuro que parecía de otra época, con un cuello almidonado y un pañuelo de rayas al cuello, con un ancho lazo, como si se tratara de una gran pajarita. Se apoyaba en un bastón de madera, con empuñadura dorada. Cuando terminó su reverencia, Marina escrutó su rostro de mejillas redondeadas. No pudo evitar sentir que se le erizaba el vello al fijarse en la mirada perdida y la sonrisa etrusca de aquel personaje sacado de un cuento tradicional.

Nadie respondió a su bienvenida. Todos seguían completamente paralizados.

—Pero acercaos, por favor, no tengáis miedo. Llevamos mucho tiempo esperando ansiosos vuestra llegada. Vayamos a la mansión. ¿Tenéis hambre? Seguro que estáis cansados, aunque no puedo deciros eso de «habéis hecho un largo viaje».

Rió a carcajadas, irrumpiendo en el silencio del lugar. Se dio la vuelta y comenzó a caminar, sin esperar ninguna respuesta.

—¿Por qué tendríamos que ir con usted? —inquirió Dani. Por fin alguno se atrevía a reaccionar. Y su pregunta en tono defensivo pareció despertar a los demás.

—Eso, ¿por qué? —repitió Olivia, cruzándose de brazos—. Esto es de locos —añadió, mirando de reojo a Marina.

Fue entonces cuando aquel señor se fijó en Dani. Torció el rostro hacia un lado, mirándolo fijamente con el ceño fruncido.

—¿Y tú quién eres? No contabas en la lista de invitados... —murmuró más para sí mismo que para el chico— Bueno, alguien serás seguro. Ya lo sabremos a su debido tiempo.

Dejó a Dani con la boca abierta y sin dar tiempo a que las palabras salieran de ella. Antes de que pudiera

decirle su nombre, el hombre se dio la vuelta y siguió hablando.

—Vamos a mi hogar, al vuestro —dijo con solemnidad, y les señaló hacia el interior de la isla. Cuando nuestros protagonistas miraron hacia el lugar que les indicaba, volvió, una vez más, la estupefacción a sus rostros. En el valle entre las dos montañas había aparecido una enorme mansión que, estaban seguros, hacía unos instantes no estaba allí. Una enorme casa a base de madera y ladrillos de piedra, con dos enormes torres, una a cada lado en forma cónica. A Marina, la más soñadora de los cinco, le recordó al castillo de la Bella Durmiente, solo que en completo declive. Para Airam, era una versión a gran escala de una casa con el estilo misterioso de la típica ambientación de Los Cinco. Ambos llevaban razón. Bastaba un rápido vistazo para percatarse de que la majestuosidad y grandeza de castillo de cuento que aquella casa debió mostrar en el pasado se había tornado en gris y decadencia; el techo de la torre derecha estaba medio derrumbado, dejando a la vista su delicada estructura de madera. El marco de madera de las ventanas, carcomido por el tiempo, en perfecta sintonía con los cristales empañados y oscuros que ocultaban el interior a los curiosos ojos que en aquel instante trataban de averiguar qué misterios se escondían en aquel siniestro lugar.

Nuestras protagonistas tenían algo más en común además del colgante en forma de estrella y una llegada al mundo plagada de incógnitas. Y es que todos, incluyendo a Dani, se sentían tremendamente fascinados por todo lo que pudiera conllevar un misterio. Y todo lo que les había pasado desde que sus collares se habían iluminado aquella noche, era sin duda un enorme misterio. Así que no pudieron resistirse a ponerse en marcha tras aquel hombre que avanzaba sin mirar atrás, totalmente convencido de que ellos le seguirían.

Avanzaron en silencio, unos junto a otros, hasta llegar a la enorme puerta de doble hoja que daba entrada a aquel caserón.

—Pasad, por favor, no os quedéis en la puerta. Estáis en vuestra casa —insistió mientras volvía a hacer una reverencia ante la puerta, que estaba abierta de par en par.

Los cinco se habían apilado frente a la puerta, y ninguno se atrevía a dar el primer paso. Tras varios segundos en los que parecían cinco estatuas de cera completamente inmóviles, fue Dani quien se atrevió a adentrarse en la casa. Y al hacerlo, arrastró con él a Marina, que seguía aferrada a su mano como a una tabla de madera en medio de un naufragio. Al ver que ellos entraban, y que no sucedía nada, los demás fueron capaces de tomar la decisión de adentrarse

también en aquel siniestro lugar. Y cuando todos estuvieron dentro, un gran estrépito les hizo dar un brinco, a la vez. Miraron atrás y vieron que, tras ellos, la puerta se había cerrado, con un desagradable crujido, como si llevara un centenar de años sin ser usada. Quedaron en penumbra, en medio de lo que en apariencia daba la sensación de ser una enorme sala. Apenas dio tiempo a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad, cuando la estancia se iluminó con una luz tenue, cargada de sombras. Varias antorchas distribuidas por las paredes se habían encendido. Buscaron a su alrededor esperando encontrar a quien les había proporcionado el fuego a aquellas antorchas, pero no había nadie más en aquel lugar aparte de ellos y su anfitrión, que les miraba sonriente con las manos en la espalda. No lograban entender ni quién había cerrado la puerta, ni quién había encendido las luces.

—Vamos, os guiaré hasta vuestros aposentos —comenzó aquel hombre, pausadamente—, es tarde, será mejor que descanséis. Mañana os espera un largo día. Si tenéis hambre, acudid a la cocina, está al final de ese pasillo. Allí encontraréis succulentos manjares.

Comenzó a subir unas anchísimas escaleras con pasamanos de madera y forja, mientras sostenía en su mano un candil encendido, que ninguno sabía de dónde había salido.

Solo había subido un par de escalones, cuando se detuvo, y les miró desde las alturas.

—Por cierto, aún no me he presentado. Mi nombre es Edward. Y estaré a vuestra completa disposición durante vuestra estancia aquí.

Marina sintió como Dani se tensaba, y le agarraba la mano con fuerza. Le miró de reojo, pero el chico no la miró.

Esta vez fue Olivia quien habló.

—¿Estancia? Usted perdone, pero yo debo volver a mi casa. Mis padres ya estarán preocupados.

Marina había pensado lo mismo, recordando a su padre y pensando que debía estar esperándoles en la bajada del cine. Pero un dato, quizás sin sentido, la había detenido. Se había fijado en que había dos relojes en aquella estancia. Dos relojes antiguos, con barrocos diseños en madera maciza y un péndulo pendiente de ellos, que en otro tiempo debieron oscilar marcando los segundos con su vaivén. Pero ahora estaban parados. Y ambos, a la misma hora. Las doce en punto. Quizás era solo casualidad, tal vez aquello era un sinsentido, pero algo en aquel tiempo detenido le dijo que su padre no la estaría esperando.

—Tranquila... ¿Olivia? ¿o eres Marina? Me cuesta distinguiros —El hombre soltó una carcajada, que provocó que a Marina se le erizara de nuevo la piel— Nadie os espera. Mientras estéis en la isla, nadie se

dará cuenta de vuestra ausencia. El tiempo aquí se detiene. Cuando volváis, será como si no hubiera pasado ni un minuto de vuestra ausencia.

—Pero... —comenzó esta vez Marina. Todo aquel montaje teatral comenzaba a ponerla enferma. Aquello era de locos.

—Todas las preguntas mañana —le cortó el hombre en seco— Entiendo que queréis respuestas. Y os prometo que las tendréis. Pero será en cuanto amanezca. La noche es para soñar. Debéis reponer fuerzas. Confíad en mí.

Esto último no pudo sonar más irreal. ¿Confíar en él? ¿En aquel señor recién sacado de una película de Hitchcock?

Pues, aunque parezca mentira, a pesar de todo, los chicos le obedecieron. Tenían tantas ganas de saber, que fue eso precisamente lo que les obligó a no hacer más preguntas. No querían enfadar a aquel hombre y que se quedaran sin saber más.

Subieron las escaleras tras él, en silencio.

—En este pasillo están vuestras habitaciones. Encontraréis vuestros nombres en las puertas. Dentro encontraréis todo lo necesario para pasar estos días. Buenas noches.

Tras decir aquello, se alejó de ellos, en dirección contraria, perdiéndose finalmente en la oscuridad. Los jóvenes permanecieron en medio del pasillo. Seguían

sin salir de su asombro. Esta vez fue Marina quien salió antes del ensimismamiento y se dirigió hacia la puerta que estaba más próxima a ellos, tras separarse de Dani por primera vez desde que habían llegado. «Marina» leyó en voz alta. A estas alturas, ya no le impactaba el hecho de ver su nombre inscrito en una placa, con las letras mayúsculas prácticamente idénticas a las de su colgante.

—¿Quién es Marina? —preguntó Airam.

—Es ella —se adelantó Olivia, señalándola con la cabeza— Antes ese hombre dudó entre nosotras, porque somos iguales.

Aquella última frase la dijo en un murmullo, sin embargo, no dejó de mirar fijamente a la chica que era idéntica a sí misma.

—¿Sois gemelas? —preguntó Airam, que parecía inmerso en un partido de tenis, llevando su mirada de una a otra chica. Eran idénticas. Y sin embargo, algo en ellas, en su lenguaje corporal, en su mirada, las hacía muy diferentes.

«Marina», suspiró Airam, deteniendo su mirada finalmente en la chica que tenía el nombre de la protagonista de su libro favorito. Quiénes son estas personas, qué vidas tienen más allá de esta locura, se planteó.

—No. No somos familia —se apresuró a decir Olivia, cortante.

Marina se acordó del artículo que habían leído aquella misma mañana. No era momento para dar una noticia así. Por su respuesta, le daba la sensación de que aquella chica ni siquiera sabía que era adoptada. Porque, aunque no había podido hablarlo con Dani, sin ninguna duda aquellos eran los niños de los que hablaba el artículo, los niños que habían aparecido hacía quince años en las playas de distintas islas, cada uno en una barca. Decidió que era recomendable obedecer a el tal Edward, antes de que aquella conversación se complicara.

—Bueno, pues la mía está aquí. Buscad las vuestras y vamos a dormir, no sea que se enfade... —murmuró.

Los demás obedecieron finalmente. Cada uno encontró la puerta con su nombre, y fueron diciéndolos en voz alta, de manera que los demás pudieran conocer sus nombres. Dani fue hasta el final del pasillo, en busca de una puerta con su nombre, aunque la realidad es que ya se temía que no iba a encontrar ninguna. Por lo visto se había colado en aquella aventura, que no iba destinada a él. Pero eso no le preocupó, ni le entristeció. Estaba encantado de estar viviendo aquel sueño surrealista, fuera o no destinado a él.

—Yo no tengo habitación —confirmó en voz alta. El resto esperaban cada uno frente a su puerta, pero sin

atreverse a entrar—. Podría hacer guardia aquí en el pasillo...

—Anda ya, Dani, no seas idiota. Te quedas conmigo —sentenció Marina. Dicho esto, cogió aire, como si con ello se llenara de fuerza para ser capaz de abrir aquella puerta y ver que había tras ella.

La amplia estancia que apareció frente a ella se encontraba iluminada por la misma luz tenue de las antorchas que el resto de la casa. Marina permaneció paralizada frente a la puerta, con los ojos abiertos de par en par. Dani asomó la cabeza por encima de su hombro, para quedarse igualmente perplejo. Una enorme habitación de estilo victoriano apareció ante sus ojos; el suelo de parqué oscuro, amplios ventanales cubiertos con gruesas cortinas blancas, a juego con el dosel que cubría una gran cama recubierta de madera oscura, que reinaba en el centro de la estancia. Además de la cama, el resto de muebles que cubrían las paredes eran un par de armarios de caoba oscuro, un robusto escritorio junto a un ventanal, y una bañera de patas doradas. Aquel lugar les había trasladado directamente a una época lejana.

—¿Qué hay dentro? —preguntó Olivia, que no terminaba de fiarse.

—Abre tu puerta y sal de dudas. No hay tigres esperándote dentro —le respondió Marina, irritada

aún por la respuesta agria que había dado la chica antes respecto de su parecido.

Llenos de curiosidad, Airam, Olivia y Gara se apresuraron a abrir sus respectivas puertas. Airam solo mostró un atisbo de sonrisa, antes de cerrar la puerta tras de sí, sin despedirse siquiera. Olivia dedicó a los presentes una sonrisa de suficiencia tras ver la que era ahora su habitación, y también se adentró en su cuarto cerrando la puerta. Gara fue la más expresiva. Dio un gritito y luego se puso a dar saltitos de emoción.

—¡Es increíble! —afirmó, mostrando una gran sonrisa a Marina y Dani, los únicos que permanecían aún en el pasillo—. ¡Buenas noches chicos!

—¡Buenas noches! —le respondieron ellos al unísono. La puerta de Marina fue la última en cerrarse, dejando el pasillo en completo silencio.

Sofía se detuvo, y cogió un cupcake.

—Vaya. Me encantaría que me sucediera algo así —comentó Cristian.

—A mí también.

—Que aburrida es la vida real, y que interesante es la que sucede en los libros.

—La vida real también es interesante. Aunque no pasen cosas tan...

—¿Fantásticas?

—No. Iba a decir cosas irreales. La vida sí puede estar cargada de momentos fantásticos. Y mágicos. Solo hay que saber apreciarlos.

Él guardó silencio. No tenía respuesta para eso. Quedaría muy fúnebre decir que para él la vida solo tenía tonos grises y oscuros. Y demasiado entusiasta confesar que desde que aquella chica se había colado en su jardín,

el arcoíris se había abierto camino en la tormentosa oscuridad de su vida. Y sí, ahora sentía la magia cuando escuchaba su voz narrándole aquella historia, cuando sus cabellos sueltos danzaban con la brisa de la tarde y se volvían del color de la miel con aquella luz melancólica. El mismo tono de sus ojos cuando le sonreía. No, aquello la haría salir corriendo.

—¿Lo dejamos para mañana? Tengo la garganta seca de tanto leer — comentó ella, ante su mutismo.

—Deja que lea yo un rato. Podemos turnarnos.

—De acuerdo.

Marina entró corriendo según cerró la puerta, directa a lanzarse sobre la cama repleta de enormes almohadones. Se coló entre ellos, sintiéndose princesa de cuento en aquella habitación de fantasía. Dani, más cauto, fue sin prisa hasta donde estaba el escritorio, y echó a un lado la cortina para mirar por el ventanal. Fuera, la oscuridad de la noche inundaba la isla, aunque el reflejo de la luna llena era suficiente para atisbar el mar en calma y la playa en la que permanecían ancladas las extrañas naves que les habían transportado hasta allí.

Se dio la vuelta, para contemplar a su amiga acomodada entre almohadones.

—Veo que te tomas todo esto con bastante naturalidad. —Le sonrió. Se acercó a la cama, y se sentó en el borde.

—Déjame disfrutar de mi sueño. Por ahora está siendo la mar de entretenido —rió ella.

Él rió con ella antes de volver a ponerse serio.

—Ese hombre... dijo que se llamaba Edward —

susurró, muy bajito, temiendo que pudieran oírle.

—Cierto. Y tú te quedaste blanco al oírlo.

—Cuando estuve indagando sobre tu colgante y sobre San Borondón, encontré algo sobre un tal Edward Harvey. Se trataba de un naturalista británico, que vivió obsesionado con descubrir San Borondón. Él decía algo así como «las leyendas siempre se basan en algo real, esa isla debe existir». Según sus diarios, logró realizar una expedición a una isla desierta que, según sus escritos, era San Borondón.

—Y crees que el Edward que hemos conocido hoy es ese naturalista.

—Vi una foto de él, y sí, juraría que son la misma persona. Solo que el tal Harvey vivió en el siglo XIX.

Marina guardó silencio un instante, y contuvo un escalofrío.

—Tal vez sea un familiar suyo, que se llame igual...

—murmuró finalmente, tratando de encontrar una justificación lógica a aquella coincidencia.

—Sí. Seguramente se trate de un descendiente de él —afirmó, fingiendo quitar importancia al asunto— O tal vez... —murmuró, mientras una sonrisa socarrona cruzaba su rostro— sea un vampiro, un familiar de Drácula, que nos ha traído a su castillo para chuparnos la sangre mientras dormimos.

Marina sonrió levemente, aunque la broma le había dado repelús. Aquel escenario podía dar lugar a

muchas interpretaciones.

—Bueno. Pues te toca dormir cerca de la puerta, así si le da por entrar a chupar sangre primero irá a por ti, y a mí me dará tiempo de escapar —respondió disimulando su miedo. Gateó por la cama hasta situarse en el lado izquierdo, lejos de la puerta— Buenas noches, Dani.

—Buenas noches Marina.

Él aceptó colocarse al otro lado. Se echó boca arriba, con los brazos doblados bajo la nuca, mirando al techo. Una ligera sonrisa acudió de nuevo a sus labios, y se giró nuevamente hacia Marina, dispuesto a susurrarle al oído que también era posible, si se trataba de un familiar de Drácula, que entrara por la ventana. Pero Marina le sintió antes de que lo intentara. Agarró un almohadón que tenía junto a su pecho y se lo lanzó.

—Ya. No seas plasta. Por cierto, tengo hambre.

—El tal Edward dijo que si teníamos hambre podíamos ir a la cocina.

—Pues vamos —respondió rauda. Bajó de la cama y miró impaciente a Dani.

—¿De verdad quieres pasearte por este enorme caserón a estas horas de la noche?

—¿No eras tú el que quería vivir una aventura?

—Hay una diferencia importante entre vivir una aventura de libro, de esas en las que sabes que el

protista siempre se salva, y correr el riesgo de tener un final... trágico.

Ella le estudió con los ojos abiertos de par en par.

—No puedo creerlo. Dani-Gallina. Si no quieres venir, iré yo sola.

No iba a ir sola. Ni en broma. Se hacía la valiente, porque una parte de ella se moría de curiosidad, pero realmente estaba muerta de miedo. Pero si Dani iba con ella, la curiosidad conseguiría superar al miedo.

—Está bien, pesada. Vamos.

Salieron a hurtadillas de la habitación, confiando en que los demás ya estuvieran rendidos a los brazos de Morfeo. El pasillo estaba en completo silencio. Bajaron las escaleras, caminando de puntillas y agarrados al pasamanos. A pesar de sus esfuerzos, la madera crujía levemente bajo sus pies sin poder hacer nada para evitarlo. Al llegar abajo, se deslizaron hacia el pasillo que, según les había indicado Edward les llevaba hasta la cocina. Pero justo antes de girarse hacia su derecha, Marina vio algo por el rabillo del ojo que le llamó la atención, en el lado opuesto hacia el que se dirigían.

—Espera. Sígueme —murmuró, agarrando a Dani de la muñeca para que le siguiera.

—¿Pero no dijiste que tenías hambre? —susurró.

—Será solo un momento.

Él negó con la cabeza, pero se dejó arrastrar hacia la oscuridad. Avanzaron por el pasillo completamente a oscuras, guiándose únicamente por una tenue luz al final del mismo, que procedía de una estancia abierta. A Marina le golpeaba el corazón con fuerza, pero no podía evitar sentirse atraída por el misterio que se respiraba en aquella casa. Sin darse cuenta, su mano se deslizó desde la muñeca de Dani, hasta aferrar su mano con fuerza.

Al llegar al final del pasillo, ambos se arrimaron instintivamente a la pared, antes de asomarse al interior de la estancia con cautela.

—No hay nadie —susurró ella, antes de poner el primer pie dentro.

Dani la siguió, y, uno al lado del otro, sin soltarse de la mano, vislumbraron el interior de aquella sala en penumbra.

—Esto de que ya te hayas leído esta historia no es nada divertido —comentó Cristian, alzando la mirada del libro—. Juegas con ventaja. Ya sabes lo que va a pasar, no puedo detenerme ahora y dejarte mordiéndote las uñas. Tú ya has estado con Dani y Marina en esa habitación.

Ella sonrió.

—Cierto. Pero solo relativamente cierto.

—¿Cómo que relativamente?

—Lo entenderás más adelante —respondió con un tono de misterio.

—Encima con fanfarroneo. —Cristian le dedicó una media sonrisa con el ceño fruncido.

Ella se rio.

—Sigo. Que yo sí quiero averiguar que están viendo Marina y Dani.

Cuando sus ojos se adaptaron a la tenue luz de la estancia, lograron ver dónde se encontraban. Las paredes estaban repletas de libros; desde el suelo hasta el techo, no quedaba un solo recoveco que no estuviera relleno por páginas y más páginas. Dani se aproximó a una de las estanterías y acarició las tapas oscuras de los libros que se encontraban más a mano. Había algo raro en ellos. Tardó solo unos instantes en darse cuenta; ninguno de aquellos libros tenía título, ni autor. Los lomos de piel aparecían lisos, sin ningún tipo de inscripción. Tomó uno de aquellos libros, y lo hojeó. Estaba en blanco. Tomó otro al azar, y observó exactamente lo mismo. Ni una sola letra en las aproximadamente trescientas páginas que debía poseer aquel tomo. Dani no entendía qué tipo de extraña biblioteca era aquella.

Se dio la vuelta, para ver qué hacía Marina. En una de las paredes de la sala, una chimenea de leña usurpaba algo de espacio a los libros. Marina parecía examinarla atentamente, a la luz del candil que llevaba en la mano. La vio acariciar con detenimiento los troncos que yacían perfectamente colocados unos sobre otros en el hueco de la chimenea.

—Es falsa, Dani —murmuró Marina. Retiró la mano de los troncos y la dirigió a la parte alta de la chimenea.

—¿Cómo que es falsa?

—La chimenea. No es real, no puede encenderse, los troncos son de plástico —seguía murmurando, sin dejar de pasar la mano libre por toda la superficie de la chimenea. Unos pocos libros ocupaban también la repisa de piedra que se alzaba justo sobre el hogar. A Marina le llamó la atención que se sostenían en posición vertical sin ningún tipo de apoyo; acudió presurosa a tocarlos, y sintió el tacto diferente del libro más próximo al filo de la repisa: el que realmente servía de apoyo a los demás—, y eso solo puede significar una cosa.

Tiró del libro hacia ella, y este se separó de la pared solo por su parte superior. A Marina le dio la sensación de que la parte inferior se introducía en la pared, y hacía contacto con algún tipo de sistema que inmediatamente se puso en movimiento. La chimenea comenzó a moverse, acompañando su movimiento de un sonido chirriante. Giraba lentamente hacia atrás, abriendo a su paso un hueco en la pared.

—Una puerta secreta —balbuceó Dani, que seguía el movimiento de la chimenea sin dar crédito a lo que veían sus ojos.

—Exacto —respondió, triunfante— Vamos.

Alumbró la entrada a aquel pasadizo que aparecía ahora en la pared, tras haber desaparecido por completo la chimenea en la oscuridad. Frente a ellos, la escasa luz alcanzó tan solo a mostrarles los

primeros metros de un corredor vacío. Marina, despacio, comenzó a adentrarse en la oscuridad.

—Espera, yo iré delante —ordenó Dani, cogiendo el candil de Marina y posicionándose delante de ella, como un escudo frente a la oscuridad.

—Oh, qué galán, Dani —bromeó ella, aunque suspiró aliviada al sentirse más segura tras él.

—¿Cómo lo has sabido? —susurró, cuando apenas llevaban unos pocos metros caminados. Avanzaban despacio, inseguros en aquella oscuridad que les absorbía.

—¿Lo de la puerta? No lo sabía. Pero lo intuí. Ya sabes que me encantan las novelas de misterio.

—Y quién te iba a decir que alguna vez te serviría de algo un aprendizaje así.

—Ya ves. Nunca es tiempo perdido lo que se aprende en los libros.

—Los profesores te pondrían un diez si te escucharan decir semejante frase.

Ambos rieron, aunque sus risas eran nerviosas. Solo trataban de fingir que no tenían miedo. Aunque la realidad era que los dos estaban realmente muertos de miedo. Sin embargo, sentían ese tipo de miedo casi agradable, el que se siente cuando ves una película de terror y sabes que va a suceder algo que te hará gritar, y te tapas los ojos a medias, en una lucha entre el miedo que sientes y la curiosidad y excitación

motivadas por la adrenalina del momento. Por ello, a pesar del miedo, ninguno de los dos pretendía darse la vuelta.

—No irán a enrollarse, ¿no?

Cristian había interrumpido la lectura, y miraba a Sofía, esperando su respuesta.

—Mira qué eres pesado. ¿Qué te hace pensar que van a enrollarse ahora?

—Están en un pasadizo oscuro. Se lo han puesto a tiro.

—¿Y qué si van a enrollarse? —preguntó Sofía, con voz cansina.

Él la miró arrugando la nariz, provocando que ella se riera. Bajó la vista, y continuó leyendo.

Siguieron avanzando, ya en silencio. Estaban demasiados nerviosos para seguir hablando. Permanecían atentos, puestos los cinco sentidos en aquel oscuro pasadizo. El candil apenas iluminaba un par de metros por delante de ellos; más allá, todo era oscuridad. Un sonido repentino sobre sus cabezas provocó que ambos se agacharan instintivamente, y un ligero grito salió de la garganta de Marina, que agarró la camiseta de Dani con todas sus fuerzas.

—Tranquila. Solo ha sido un pequeño murciélago —murmuró él, tratando de calmarla con su abrazo.

—Genial. Me dejas mucho más tranquila —respondió con ironía.

—Si quieres damos la vuelta. Esto no es necesario.

— No, tranquilo. Quiero ver qué hay al final. —
Trató de mostrarse calmada, a pesar de que no era

capaz de separarse de él. Dani se dio cuenta, y le dio la mano para que pudieran seguir avanzando. Con el apoyo del otro, el miedo parecía atenuarse.

Volvieron a centrarse en avanzar, dirigiéndose hacia la oscuridad frente a ellos, en el silencio absoluto que les rodeaba. Cuando llevaban lo que les pareció una eternidad caminando sin destino, les sorprendió una luz al final del pasillo. Marina apretó la mano de Dani, sin poder disimular su nerviosismo. Él le devolvió el apretón, pero no se detuvo. Cuando se aproximaron más a la luz, vieron que una pequeña abertura en el techo se abría al exterior. Unas pequeñas escaleras de metal ancladas en la pared permitían el acceso a la cavidad, desde la que se apreciaba el cielo estrellado, iluminado por la enorme luna llena que brillaba aquella noche.

—Voy a asomarme. Tú espera aquí —indicó Dani. Soltó la mano de Marina sin esperar respuesta y comenzó a subir la escalera. Cuando llegó al final de la misma asomó la cabeza por el hueco abierto a la superficie. Marina le observó impaciente.

—¿Qué ves? —preguntó al instante, sin poder esperar más.

Pero Dani no le contestó. En lugar de ello, agachó bruscamente la cabeza y comenzó a bajar la escalera a toda velocidad.

—¡Corre! —exclamó, dando un salto abrupto y tirando de la mano de Marina al mismo tiempo que ponía los pies en el suelo.

—¿Qué sucede?

—Edward. Estaba fuera y se dirigía hacia aquí —respondió sin dejar de correr de vuelta a la biblioteca, arrastrando literalmente a Marina.

—¿Crees que se enfadará si nos descubre aquí?

—No quiero tener que averiguarlo.

Llegaron a la biblioteca, y Dani cerró tras él la puerta secreta, procurando hacer el menor ruido posible. Una vez cerrada, comenzaron a correr de nuevo, de vuelta a su habitación. Cuando al final estuvieron dentro, con la puerta cerrada, ambos se sentaron uno junto al otro pegados a la puerta, para recuperar el aliento.

—¿Pudiste ver algo?

Él asintió.

—Era un lugar horrible, nada que ver con lo que vimos ayer del resto de la isla. No había vegetación, al menos no que estuviera viva. Parecía un campo llano, lleno de ceniza gris. O al menos eso me pareció. Ten en cuenta que no había luz, aparte de la luna llena.

—¿Ceniza?

—Sí, ceniza. De eso sí estoy seguro porque al apoyar las manos sobre la superficie se me hundieron en la ceniza.

Dani se miró las manos.

—Mira —indicó a Marina, mostrándole las manos. Aún le quedaban, entre los dedos, restos de ceniza gris firmemente aferrada a su piel—. Es extraño. Todo estaba cubierto de esa ceniza. Solo vi unos pocos árboles desperdigados, todos ellos completamente secos, oscuros y sin hojas.

—Y viste a Edward.

—Sí. Salió de una especie de... un edificio pequeño, como un panteón...

—¿Un panteón?

—Sí, de esos que...

—Están en los cementerios —terminó Marina.

—Exactamente.

Ambos guardaron silencio, pensativos.

—Al final te quedaste sin comer —musitó Dani.

—Ya no tengo hambre —respondió, sumida aún en la imagen siniestra que le acababa de describir su amigo.

Cristian se detuvo al finalizar el capítulo, y Sofía aprovechó para comenzar a recoger sus cosas.

—¿Es hora de irse, no? —preguntó él.

—Sí, ya es tarde.

—Deberías venir un sábado, que no tengas obligaciones, y así hacer una maratón de lectura.

—Me parece buena idea —afirmó ella, mientras cogía el libro que él le entregaba con una sonrisa—. Vendré el sábado, a cambio de que me enseñes lo que hay en el sótano.

—¿Me estás chantajeando?

—Algo así.

—Aún es pronto para eso.

Sofía arqueó una ceja y él le devolvió una sonrisa.

—¿Hasta mañana? —preguntó él.

—Lo intentaré, pero esta vez no te prometo nada, no sea que surja algo y no pueda venir.

—De acuerdo. Te esperaré igualmente. Adiós Sofía.

—Adiós, Cristian.

Aquella noche, a Cristian le despertaron los intensos dolores que en ocasiones seguía sintiendo. A pesar de la certeza de que eran dolores físicos, él estaba seguro de que su alma también se expresaba con aquel dolor desgarrador. Se alzó en la cama, y trató de relajarse, hasta que pasaran. Normalmente, en momentos como aquel, solía poner la mente en blanco, o imaginarse algún paisaje relajante que le trajera paz a su mente y a su cuerpo. Y sin embargo, inconscientemente, esta vez fue una imagen nueva la que vino a su mente. Una chica de cabellos castaños, que le sonreía mientras trataba de recoger los cabellos sueltos que le caían sobre el rostro una y otra vez. Y es que, debía reconocer que últimamente era el pensamiento que solía ocuparle más tiempo. Sofía se había colado en su vida de manera completamente imprevisible. Jamás se hubiera imaginado, encerrado en aquella casa como solía estar, que una chica se colara en su jardín, y que él comenzara a esperar aquellos encuentros como agua de mayo. Se centró en el rostro de ella, en sus labios que leían aquella historia de la que a él no le hubiera importado en absoluto ser protagonista junto a ella. Y poco a poco, el dolor se fue mitigando, hasta que volvió a quedarse dormido plácidamente.

Sofía también se desveló aquella noche. Durante el último año, no eran raras las noches en que se despertaba con pesadillas. Su vida había cambiado, y para ella aquel cambio no había sido fácil. Por eso, a veces despertaba agitada en medio de la noche, rememorando una y otra vez aquella despedida tan amarga, aquellas maletas preparadas en la puerta de casa...

Y sin embargo, esta noche no fue una pesadilla lo que la despertó. Tampoco habría sabido explicar qué fue exactamente lo que provocó que abriera los ojos de par en par en medio de la noche: pero sí supo el primer

pensamiento que le vino a la cabeza. El chico de ojos azules del jardín de las sonrisas eternas. Últimamente no podía quitárselo de la cabeza. A pesar de ser tan arisco, había algo en él que le atraía muchísimo. Sí, claro, su bonito rostro era una de esas cosas, indudablemente. Pero había más. Era muy inteligente, y estaba disfrutando muchísimo pudiendo compartir aquella historia de su padre con él. Nunca la había compartido con nadie, y no se había imaginado lo increíble que sería poder compartirla con alguien como él. Sin embargo, en parte no quería sentir todo aquello que estaba empezando a sentir por aquel chico. Estaba segura de que a él no le interesaba ella. Le daba la sensación de que había conseguido atraer su atención por aquella historia, y que, enclaustrado como estaba, sus visitas le entretenían, pero poco más. Los chicos solían insinuarse rápido cuando estaban interesados en una chica, y este no era el caso. Ni de lejos. Y sin embargo, no pudo evitar quedarse dormida con el rostro de él en sus pensamientos.

7

Viernes, 24 abril 2015

Al día siguiente, Sofía volvió a presentarse fielmente a su cita en el jardín, un poco más tarde de lo habitual, pues había tenido clase de ballet primero. Era viernes, al día siguiente no tenía clase, así que su madre le había permitido ir al jardín algo más tarde.

Cuando llegó, Cristian ya estaba sentado junto a la ventana, en su posición habitual.

—Hola —saludó Sofía, y no pudo evitar que su rostro se sonrojara, al mirarle y recordar cómo aquella noche había estado pensando en él.

—Hola —respondió él, dedicándole una sonrisa. Él sabía disimular mejor que ella. Por eso, aunque él también recordó inmediatamente sus pensamientos de la noche pasada, su rostro no hizo amago alguno de delatarle. Sí su estómago, en el que comenzaron a revolotear agitadas mariposas cuando ella le devolvió la sonrisa.

Ella se sentó en el banco, en su lugar habitual. Buscó rápidamente algo que decir, algo de que hablar, antes de abrir el libro. Algo que les acercara al presente. Pero entre tantos secretos, le resultaba difícil dar con la tecla adecuada, hablar de un tema informal. Comentarle que el día volvía a estar soleado parecía demasiado frívolo. Preguntarle por su color favorito sonaría a cría de primaria. Pensó de nuevo inevitablemente en el libro, en la parte que iban a leer hoy. Y supo de antemano que no iba a ser fácil releer aquel capítulo.

—Si pudieras transformarte en otra cosa, en cualquier cosa, ¿en qué te transformarías? —soltó repentinamente. Temió que él se mofase de aquella pregunta infantil. Pero no lo hizo. En lugar de ello, perdió la vista entre los árboles del jardín, antes de responder.

—En viento.

—¿En viento?

—Viajero.

—Libre —siguió Sofía.

—Eterno.

—Silencioso.

—Travieso. Así podría levantarte la falda solo para molestarte — bromeó. Rieron juntos, aunque Sofía no pudo disimular que su rostro había vuelto a sonrojarse—. ¿Y tú, Sofía? ¿En qué te transformarías?

Ella dudó, solo unos instantes.

—Sería un delfín —declaró finalmente—. Adoro el mar. Me encantaría poder explorarlo a fondo y nadar y nadar y descubrir cada orilla del mundo.

—A mí también me encanta el mar.

—Podríamos ir un día a la playa, o podríamos dar un paseo en el velero de mi padre. No hay nada como un paseo al atardecer en el velero. Cuando el mar está en calma, rompiendo suavemente contra el casco, y se divisa a lo lejos la ciudad, que parece detenida en el tiempo, sin tráfico ni ruidos, mientras el sol...

—Sofía, ¿podemos empezar ya con «El Guardián»? —soltó él, interrumpiéndola. Ella se quedó boquiabierta, sin saber si soltarle algún improperio por ser tan aguafiestas, o ignorarle. Esas actitudes eran las que no entendía de él. Estaban tan bien y de pronto le salía con esas.

Lo que ella no podía ni imaginarse era que sus palabras habían trasladado a Cristian a aquel velero, y en un instante se había visto a sí mismo, disfrutando del atardecer junto a ella. Y mientras el sol caía, acunados por el mar, era posible que la besara. Sonaba genial. Pero nunca podría ser una realidad. Y por eso era por lo que él la había interrumpido. Pero ella, todo eso, lo ignoraba. Para ella en aquel instante él no era más que un cascarrabias. Estuvo a punto de coger el libro, mandarle a freír espárragos, y pirarse de aquel lugar. Y sin embargo, sin saber porqué, no lo hizo.

—Toma, lee tú. —Fue toda su respuesta.

La luz de la mañana se coló por las escasas rendijas que pudo encontrar entre las espesas cortinas. Marina abrió lentamente los ojos. Por un instante, su mente la traicionó, y creyó que estaba en su cuarto, como siempre. Dio un brinco asustada, al mirar a su alrededor y encontrarse en aquella habitación de

cuento gótico. Dani, junto a ella, abrió también los ojos al sentirla moverse tan abruptamente.

—Tiene que ser tempranísimo... sigue durmiendo anda... —le susurró, y volvió a cerrar los ojos.

—Seguimos aquí —afirmó Marina, más para sí misma que para Dani. A la luz del día, todo lo sucedido la noche anterior parecía aún más extraño si cabe. Y Marina volvió a sorprenderse de que no fuera un sueño—. Nuestros padres, Dani... ¿y si aquel hombre nos mintió sobre el tiempo? ¿Y si ahora mismo están buscándonos preocupadísimos?

—Con toda esta locura a nuestro alrededor, ¿realmente te sorprende que el tiempo aquí se detenga? A mí no, en absoluto. Me lo creo a pies juntillas —respondió, sin abrir los ojos aún.

La puerta de entrada a la habitación se abrió de par en par, y ambos tardaron un segundo en ponerse de pie.

—¡Buenos días, buenos días! —exclamó desde la puerta nuestro excéntrico anfitrión—. Hora de ponerse en camino. Tenéis media hora para lavaros la cara y desayunar. ¡Más que suficiente!

Sin esperar respuesta, se giró y volvió a repetir exactamente lo mismo tras abrir la puerta de la habitación de enfrente, la de Olivia.

—¡Pero yo necesito una ducha, y cambiarme de ropa! —oyeron vociferar a Olivia.

—Te aseguro que no te servirá de nada, en breve ya no serás tú misma —respondió Edward, tras soltar una de sus histéricas carcajadas—, pero haz lo que quieras. En el armario tienes ropa. Media hora, recuerda.

Edward siguió avanzando, repitiendo la misma retahíla en el resto de habitaciones.

Marina se bajó de la cama y fue hacia el robusto armario. Abrió sus puertas y observó, atónita, que en aquel armario también había ropa. Pero vaya ropa. Los dedos de Marina se deslizaron entre amplias faldas de tonos grises y marfil, y vestidos amplísimos, llenos de encaje y capas de tela. Sintió que si trataba tan siquiera de probarse uno de esos vestidos, acabaría engullida por todos aquellos metros de tela. Cerró el armario al instante, sin terminar de creerse lo que acababa de ver. Al girarse, se dio cuenta de que Dani estaba tras ella, con la mandíbula desencajada y los ojos aún puestos en el armario. Ella no pudo más que reír ante su gesto de asombro.

—Alucinante —farfulló él—. Realmente alucinante.

Minutos más tarde, se encontraron todos en la amplia cocina, en la que, para su asombro, hallaron una mesa vestida y con un desayuno abundante esperándoles. Todos se cuestionaron de dónde habrían salido los croissants, la mermelada de fresa, o el embutido. Si el tal Edward se las habría apañado

para conseguir todo aquello para ellos. Pero no creas que pensaron demasiado en ello. El hambre, y la gula ante aquel festín succulento, les llevó a sentarse rápidamente y a empezar a disfrutar de la comida. Afortunadamente, esta vez sí habían contado con Dani, y habían dispuesto un servicio para él.

Comenzaron a comer, rodeados de un incómodo silencio, hasta que fue Gara quien se atrevió con otra pregunta personal.

—¿Vosotros dos, sois novios? —preguntó abiertamente, señalando con su tenedor a Marina y Dani.

—No. —Fue Marina quien se adelantó a responder—. Somos muy buenos amigos.

—Que suerte —respondió, con una amplia sonrisa sincera—. No es lo mismo estar en esto solo que acompañada de alguien que conoces.

Marina le sonrió a su vez, preguntándose de qué se trataría exactamente «esto» en lo que estaban metidos.

—Ya, tuve suerte de que Dani se colara en el objeto ese que nos trajo.

—Bueno, aún no sabemos qué hacemos aquí —intervino Airam—. Tal vez has atraído a tu amigo a una muerte asegurada.

Todos tragaron saliva a la vez y un grave silencio se coló en la mesa. No se habían planteado ni por un

instante que pudieran estar allí para algo que pudiera dañarles.

Fue Edward quien rompió el silencio, asomándose a la puerta de la cocina.

—Vamos. Dejaos de tanta cháchara, que ya es hora.

Se miraron entre ellos, antes de levantarse todos a la vez. Dejaron el desayuno a medias. Se les había ido el apetito.

Siguieron a Edward hasta el exterior de la casa. Este avanzaba, despacio, apoyándose en su bastón con firmeza. Caminaron hacia el interior de la isla, acercándose a la ladera de una de las montañas. Según avanzaban, la vegetación se hacía más y más espesa, provocando que el calor de la playa se extinguiera y diera paso a la humedad y el frescor de la arboleda. Iban en fila, uno tras otro, pues el estrecho camino entre árboles no daba cabida para más. Vistos desde lejos, parecían unos excursionistas, siguiendo a su monitor, dóciles y obedientes.

Al fin llegaron a un claro, un espacio libre de árboles pero cubierto de un manto de flores de muy diversos colores y formas. Deslumbrados, vieron ante ellos un manantial de aguas cristalinas. Una pequeña cascada moría en aquella pequeña laguna, provocando un sonido tan melódico y tranquilizador que nuestros invitados se sintieron más calmados inmediatamente.

Aquel lugar era demasiado hermoso, allí nada malo podía suceder.

—Hemos llegado. Bienvenidos al Manantial de las Almas —anunció, con su ya habitual tono solemne—. Sé que estáis ansiosos por conocer más sobre los motivos por los que estáis aquí. Sin embargo, tendréis que tener algo más de paciencia. Daros información tan relevante, sin pruebas de que los hechos que voy a contaros son verídicos, no funcionaría. Me tomaríais por loco, o saldríais huyendo. Necesito mostraros primero vuestro yo en este mundo, mi mundo, vuestro mundo.

¿Tomarle por loco? Por loco ya lo habían tomado desde que le vieron por primera vez. Pero ahí seguían, de pie, escuchando sus palabras sin sentido con los ojos bien abiertos.

Edward tiró de la parte superior de su bastón, una bola de metal dorado en la que apoyaba su mano al caminar. Al sustraerla y darle la vuelta, parecía una especie de cuenco, hueco y vacío por dentro. Dejó su bastón en el suelo y se aproximó al manantial, con el cuenco en la mano. Se agachó lentamente, ante las miradas de expectación de los jóvenes, y hundió el cuenco en el agua cristalina. Volvió a sacarlo, lleno de agua hasta los bordes, y lo sostuvo con las dos manos frente a sus invitados. Lo alzó frente a ellos, y cerró los ojos unos instantes, como si se tratara de un ritual.

Los abrió después, y una ligera sonrisa apareció por primera vez en sus labios.

—¿Quién será el primero? —preguntó.

Silencio absoluto.

—¿El primero para qué? —respondió Airam, con un retintín que denotaba lo aburrido que estaba de aquella actuación absurda.

—El primero en beber del Manantial de las Almas...

—Yo mismo —volvió a responder Airam. Quería terminar lo antes posible con toda aquella tontería. Estaba fascinado por aquel lugar, sin embargo aquel extraño anfitrión le sacaba de quicio, y le parecía que, simplemente, había perdido la cordura por vivir allí, alejado del mundo. Así que, sin pensarlo, cogió el cuenco que le ofrecía Edward y bebió el agua que contenía de un solo trago.

—¿Y ahora, qué? —Su tono ya era de auténtica burla.

No le dio tiempo a decir ni hacer nada más. Ante los ojos incrédulos de los demás, Airam se desvaneció. O, más bien, se transformó.

Airam ya no estaba frente a ellos. Ni rastro del chico de ojos tristes y cabellos revueltos. En su lugar... en su lugar... verás, te costará creerlo. Pero recuerda, estás inmerso en una historia de fantasía, así que aquí todo es posible. Cierra los ojos por un instante y repite esta frase un par de veces «creo en la magia». Pero

tienes que decirlo de verdad, de corazón. Tienes que creer en tus propias palabras.

Llegado este punto de la historia, Sofía siempre recordaba los momentos especiales que había vivido con su padre cuando, siendo pequeña, él le leía esa historia.

—Hora de dormir, señorita. Ya es tardísimo. —Su padre cerró el libro de golpe tras finalizar el capítulo.

—¿Cómo? No papá, ¡no puedes dejarme así! ¿Cómo esperas que me duerma ahora? ¿Sin saber qué le ha pasado a Airam? ¡No voy a poder dormir así!

Su padre la observó pensativo, y miró de reojo el reloj de Hello Kitty sobre la mesilla de noche de su hija.

—Desvelamos qué sucedió con Airam y paramos ahí. —Cedió finalmente, y una gran sonrisa apareció en los labios de la pequeña Sofía—. Pero luego, pase lo que pase, tendremos que apagar la luz.

—Trato hecho.

—Vamos, tú también tienes que decirlo —instó su padre a Sofía, que en aquel instante ya tenía los ojos abiertos como platos.

Ella cerró los ojos e hizo lo que su padre le pedía.

Creo en la magia.

Creo en la magia.

Airam no creía en la magia. Su vida había sido, hasta que llegó a la isla, una vida gris y triste. Ya había agotado las esperanzas de ver en ella un atisbo de magia. Sin embargo, cuando se sumergía en los libros que leía, si se permitía creer en los cuentos de hadas. En ese mundo, tan diferente del suyo, todo era posible. Sin embargo, aquel día de su triste existencia, la magia salió de sus libros, se coló en su propia vida.

Y es que, en el lugar en el que antes habíamos dejado a Airam, ahora se mostraba con toda su majestuosidad un precioso unicornio blanco.

¡Sí, un unicornio! Con un cuerno de un blanco nacarado, una sedosa crin, y un lomo de pelaje brillante, con una pose elegante y sosegada.

Cada uno de los presentes reaccionó, a su manera, ante aquella visión. Marina y Olivia, por un instante, fueron más gemelas que nunca, reaccionando al instante de la misma manera; la mandíbula desencajada y los ojos abiertos de par en par. Dani, de la impresión, dio un ligero salto hacia atrás, como si quisiera alejarse de aquel extraño suceso. Gara fue la única que apenas se inmutó. Solo una enorme sonrisa apareció en sus labios.

Finalmente, todos, casi a la vez, se frotaron los ojos, confiando en que así, aquel singular caballo desaparecería.

—Vaya. Formidable. Ya creía que no volvería a ver a uno de ellos —murmuró Edward, mirando al unicornio con admiración.

—¿Qué sucede? Me siento muy extraño... —La voz de Airam retumbó en las cabezas de sus compañeros. El unicornio no había movido la boca, y sin embargo, ellos habían escuchado perfectamente la voz del chico. Todos, excepto Dani.

—Que alguien me pellizque, por favor... —pidió Olivia, atónita—. Auuuuu, ¡era una broma!

Se frotó el codo, en el lugar en el que Gara, obediente, le había dado un ligero pellizco.

—Vamos Airam, es hora de que veas el reflejo de tu alma. —Edward agarró suavemente al caballo por la cabeza, girándole hasta ponerle frente al manantial. Su imagen se reflejó con nitidez en la superficie de las aguas.

El unicornio movió la cabeza despacio. A un lado y a otro, mientras sus ojos no perdían de vista su reflejo en el agua. Y entonces, de repente, se alzó a dos patas, embravecido. Los presentes no pudieron evitar dar un respingo o sobresaltarse, ante la furia de aquel animal, que tras volver a apoyar las patas en el suelo, echó a galopar entre relinchos.

—Tranquilos, volverá —comentó Edward mientras volvía a llenar el cuenco de agua del manantial—. ¿Queréis que os cuente ahora qué está sucediendo o seguimos con las transformaciones?

Silencio absoluto, una vez más. En aquel instante, ya todos estaban convencidos de que habían perdido la cordura. Ante sus rostros atónitos, Edward decidió dejar el cuenco un instante en el suelo. Se sentó sobre una roca solitaria, plana y amplia en su base, como si estuviese allí dispuesta para la charla que se disponía a darles.

—Demos un par de minutos a Airam. Vosotros saldréis de vuestro estupor y él también vendrá más preparado para escuchar la historia. Sentaos mientras tanto, por favor.

Sofía le escuchaba, y seguía, irremediabilmente, anclada en el pasado.

—¿Tú también? —Su padre cerró el libro, marcando la página en la que lo habían dejado manteniendo dentro su dedo índice.

—¿Yo también, qué?

—Tú también has puesto esa cara de pasmarote que tienen que tener Marina y los demás en este mismo instante.

—No es para menos. Guau. Un unicornio. —Guardó silencio un instante, como si estuviera rememorando lo leído— ¿Podemos seguir un poquito más?

—No. Hicimos un trato. —Cogió el marcapáginas sobre la mesilla de noche y cerró el libro tras marcar la página—. Buenas noches cariño.

Su padre dejó el libro en la mesilla y apagó la luz de la lámpara. Arropó a su hija, y tras darle un beso en la frente, abandonó la habitación.

Unos instantes después, Sofía, escondida bajo el edredón, siguió leyendo el libro a la luz de la minúscula linterna que usaba para estas ocasiones.

—¿Dónde está Airam? —preguntó Dani, que parecía haber salido del ensimismamiento antes que los demás.

—Ya lo viste, chico. Es un hermoso unicornio. No sé cómo no lo adiviné. Empiezo a fallar en mis apuestas —Lo que comenzó como una respuesta terminó en un farfulleo, un pensamiento en voz alta.

—¿Y qué sucederá con el siguiente que se tome... eso? —Marina señaló con un asentimiento el cuenco que yacía en el suelo.

—No lo sé. Nadie lo sabe. Hasta que no lo bebéis, no sabemos que os depara el reflejo de vuestra alma. Depende de vuestros sueños, vuestros miedos e ilusiones... todo se entremezcla y cualquier cosa puede pasar.

Le dedicó una sonrisa extraña, que a Marina le recordó a la del gato de Alicia en el País de las Maravillas.

Tal como Edward había previsto, Airam, o aquel unicornio salvaje, no tardó en volver. Se detuvo frente a ellos, sin dejar de relinchar.

—Vale, no niego que esta locura ha sido muy divertida, ¿pero alguien puede devolverme ya a mi estado natural? —La voz de Airam volvió a resonar en las mentes de los demás.

Dani notó sus caras de sorpresa.

—¿Me estoy perdiendo algo? —preguntó a Marina en voz baja.

—¿No le oyes?

Él negó con la cabeza.

—Es como si Airam... como si hablara dentro de mi cabeza. Oigo su voz... Ahora mismo estaba preguntando si alguien podía devolverle a su estado natural.

Dani alzó las cejas, sorprendido.

Mientras, Edward trataba de calmar los ánimos de Airam.

—Es muy fácil, ya verás. Solo tienes que centrarte en tu persona, en tu yo del mundo real, y enseguida volverás a ser un chico normal. Vamos, inténtalo.

Estuvieron así varios minutos, Edward explicándole cómo hacerlo y Airam esforzándose en conseguirlo. Por un momento, los chicos temieron que se quedaría así para siempre. Afortunadamente, en menos de diez minutos, al fin el caballo se desvaneció ante sus ojos, transformándose nuevamente en el chico de ojos tristes, que sin embargo, ahora mostraban un brillo diferente.

—¿Estás bien? —murmuró Cristian. Había hecho un comentario, y Sofia no le había contestado. El pelo le tapaba la cara, y él no podía verle llorar. Se pasó la mano rápidamente por el rostro, borrando los restos de tristeza.

—Sí. Perdona. ¿Qué decías?

—Nada, era una tontería. Sofia ...ya sé que dijimos que en este lugar no habría lugar para las penas, pero si necesitas hablar...

—No, Cristian, estoy bien, de verdad. Continúa.

Ella le dedicó una sonrisa, que sin embargo a él le provocó un nudo en el estómago. Era una sonrisa demasiado triste.

—Bueno, ahora que volvemos a estar todos, tengo una historia pendiente que contaros.

Airam ocupó un hueco en la hierba junto a Gara.

—Todo empezó hace mucho, mucho tiempo, ni siquiera sabría decirlos cual fue el inicio de todo esto,

pues yo no estaba allí, pero cuentan que esta historia acompaña al hombre desde el mismo momento en que este tuvo la maravillosa y poco valorada capacidad de imaginar. El hombre soñaba, imaginaba mundos fantásticos, inaccesibles, sin barreras ni límites. El mundo estaba lleno de gente que soñaba. Y todos esos sueños se iban depositando, como guijarros dorados, en un lugar perdido del Atlántico. Cada vez había más; Cientos, miles de sueños, cargados de esperanza, de ilusión, de optimismo. Lo que empezó siendo una pequeña piedrecita dorada, pasó a ser una montaña, y tras esa montaña, llegó a formarse una isla entera. Esta hermosa isla, San Borondón, como la llamaron después, se había formado de los sueños de millones y millones de seres humanos. Por ello, no era una isla como otra cualquiera. Aparecía y desaparecía, dejándose ver solo en contadas ocasiones por los ojos más soñadores, más preparados para ser capaces de apreciar la magia de aquella isla fantasma. Los seres que en ella habitaban... ni las mentes más fantásticas podrían recrear tal diversidad de especies, tan fantásticas e inverosímiles.

Yo fui uno de los que se dedicó en cuerpo y alma a alcanzar San Borondón, hace ya más de un siglo. Sí, no os extrañéis. Ya os he dicho que en este lugar, el tiempo de los humanos no tiene sentido alguno. Hace ya un tiempo que quedó, como habéis podido

comprobar, prácticamente desierta. Cuando yo llegué por vez primera, ya estaba así. Los seres que aquí vivían me alertaron de lo que estaba sucediendo. Por eso, de vuelta en Londres, me obsesioné con esta isla, y busqué incesante la manera de evitar el terrible hecho por el que los seres de la misma se extinguían, y la propia isla comenzaba poco a poco a desaparecer. Desde entonces, he trabajado incansable para que San Borondón no desaparezca para siempre.

Nuestro anfitrión guardó un momento de silencio, mirando a sus oyentes, que no sabían si él esperaba que le hicieran alguna pregunta, o simplemente se tomaba un descanso de tan largo discurso.

—Hace trece años, creímos que este lugar había llegado a su fin. Y fue entonces cuando decidimos enviar a varios de nuestros seres, los más jóvenes, a vivir entre humanos. Para ello, les dimos apariencia humana, y los llenamos de humanidad. Con ello, siendo humanos, por dentro y por fuera, estarían a salvo del peligro que nos acechaba. Les daríamos a cada uno una especie de colgante, un vínculo con nuestro mundo, que les permitiera regresar cuando estuvieran preparados. Esos, sois vosotros.

—¿Qué tipo de seres? —preguntó Dani. El ya había procesado una información que en su cabeza había encajado como una pieza de un puzzle. Al fin y al cabo, él tenía de antemano más información que los

demás, y la historia no le afectaba tan directamente. Eso no quitaba importancia al hecho de que la pregunta que acababa de hacer era la que, estaba convencido, rondaba en aquel mismo instante por la cabeza de su amiga Marina.

—No lo sé. Fue todo muy rápido, y ha pasado ya algún tiempo. Mi memoria últimamente no funciona como antes. Pero ya habéis comprobado que, entre otros, había un unicornio. En breve seguiremos comprobando qué más seres se seleccionaron.

—Vamos a ver, loco de la colina. —Olivia se había puesto de pie, con el rostro rojo de ira. Había proferido aquel insulto a Edward con el tono de quien lleva un buen rato deseando soltarlo—. ¿Me estás diciendo que no soy hija de mis padres? Que no soy una persona normal y corriente, sino un... ¿monstruo?

—Cálmate, Olivia —intervino Gara, la chica rubia de sonrisa calmada que siempre estaba en silencio—, creo que lo que dice, llegados a este punto, tiene mucho sentido. No sé los demás, pero yo soy adoptada. Y tú eres idéntica a Marina, te guste o no.

—Yo también —respondió Marina—. Y antes de venir aquí, Dani y yo leímos una historia sobre unos bebés que fueron hallados en balsas en diversas islas, con solo un colgante en forma de estrella de mar al cuello. Creo que esos éramos nosotros...

Marina también empezaba a encajar toda aquella historia fantástica, que ahora cobraba sentido.

—Yo no fui adoptado. Pero nunca conocí a mis padres, me crié en un centro de acogida —se atrevió a decir Airam, mirando al suelo.

—Pues se ve que aquí la única cuerda soy yo. Estáis todos chalados. Deme eso, yo seré la siguiente. Les demostraré que yo no soy ningún monstruo —respondió Olivia, sin remordimientos por mostrarse hiriente con los demás. Se levantó y cogió el cuenco del suelo, poniéndolo en las manos de Edward. Este obedeció, y en silencio lo llenó en el manantial y se lo entregó.

—Aquí tienes, joven. Por tu carácter, yo diría sin lugar a dudas que eres...

—Cállese. Ya estoy harta de sus estupideces —le silenció, mientras le arrebatava de las manos el cuenco y bebía de él con avidez. Tiró el cuenco al suelo, ya vacío, y puso los brazos en jarras— ¿Ve? No sucede nada. Absolutamente nada.

—A veces el cambio no sucede inmediatamente, en ocasiones se produce cuando...

—Ya, invéntese otra más de sus tonterías. No soy una de vosotros. Así que me piro de vuelta a mi maravilloso hogar, con mis adorables padres. Que os vaya bonito.

Dicho esto, comenzó a alejarse del lugar a toda prisa.

—Será mejor que la detengáis. Es muy peligroso que vuelva al mundo real ahora. Muy peligroso. —El tono de Edward era muy grave y sus ojos denotaban auténtica preocupación.

—Iré tras ella. —Marina se levantó y echó a correr en la dirección en la que había desaparecido Olivia. Gara salió tras ella, aunque con menos prisa. Airam ni siquiera hizo amago de moverse del sitio.

—¿De qué peligros habla? Dijo que tuvieron que mandarlos a tierra por los peligros que acechaban, y ahora se refiere de nuevo a que Olivia podría estar en peligro... —preguntó Dani, que se había levantado y encaraba a Edward.

—El olvido, hijo, el olvido es nuestro gran enemigo —pronunció, y a Dani le pareció más anciano en aquel momento—. Los humanos están dejando de creer en los sueños. El estrés, las prisas, las desganas de soñar despiertos... están provocando desde hace un tiempo que se olviden de creer... y cuanto más olvidan, más vamos extinguiéndonos en esta isla ya maldita... Y vosotros ya formáis parte de ella, ya nada ni nadie puede separaros de su destino...

A Dani le costó entender aquel farfalleo monótono, vacío de emociones.

Le creía. Creía a pies juntillas lo que aquel hombre decía. Y fue entonces cuando todo aquello dejó de tener gracia. Cuando la aventura mostró su lado oscuro. Cuando empezó a temer porque un trágico desenlace pudiera acaecer sobre su vida y la de su amiga.

—No le diga nada de esto a Marina. Aún no —le ordenó, indignado. Se sentía, de repente, engañado. Como si les hubieran invitado a jugar a un juego interesante, y ya metidos en él se diera cuenta de que aquel juego no era otro que una ruleta rusa. No quería que su amiga se preocupase. No hasta que él averiguara si había forma de sacarla de aquel juego sin provocarle daños.

—¡Olivia, espera! —gritó Marina, en cuanto percibió la figura de la chica entre los árboles. Siguió avanzando tras ella a toda prisa. Estaba segura de que le había oído. Gara había conseguido ponerse a su altura, y ambas avanzaban sorteando árboles, de vuelta a la playa. Cuando al final llegaron a esta, vieron que Olivia se dirigía directa a la nave que la había traído hasta aquel lugar.

—¡Olivia, por favor! —volvió a insistir Marina. Olivia se detuvo frente a la nave, a pocos metros de la orilla. Parecía dispuesta a escuchar, aunque no se giró para mirarlas—. Edward nos ha dicho que puede ser peligroso que te vayas ahora. No sé de qué peligros

habla, ni si nos está mintiendo, pero si sé que tú has vivido lo mismo que nosotros desde que llegamos, y creo que esto que está sucediendo, sea lo que sea, es real. Muy real.

La chica la escuchó en silencio, sin moverse. Lo que Marina y Gara no podían ver, desde donde se encontraban, eran las lágrimas silenciosas que rodaban por el rostro de Olivia. Antes de darse la vuelta, las borró con disimulo con las yemas de los dedos.

—Ha dicho que somos.... Que somos... ¡ni sé qué demonios ha dicho que somos! —explotó, y mientras hablaba con rabia y gesticulaba, las lágrimas volvieron a aflorar—. Yo tenía una vida antes de venir aquí. No era perfecta, en absoluto. Pero era la mía. Y ahora pretende que crea todas esas pamplinas sobre mi origen... ¡Y tú! ¡Pero si eres idéntica a mí! ¿Qué sentido tiene eso? ¿Qué somos, hijas del mismo monstruo? Esto es terrible, una locura. —Se frotó con fuerza las mejillas y trató de coger aire con fuerza, alejando el malestar—. Me marchó, esto no es para mí.

Antes de que pudieran detenerla, de un solo movimiento se arrancó el colgante en forma de estrella del cuello y libró la distancia que le quedaba hasta la nave. Puso la estrella en la puerta, como hicieron para llegar hasta allí, y en un instante estaba

dentro y con la puerta cerrándose ante las atónitas miradas de Marina y Gara.

—Se ha marchado —anunció Marina, de vuelta al Manantial—. Lo siento, no hemos podido evitarlo. He tratado de avisarla, pero no ha servido de nada. ¿A qué peligros se refería cuando dijo que si se marchaba...?

—Nada, quédate tranquila. Confiemos en que llegue a casa sana y salva —mintió.

—Pero usted dijo...

—Venga, prosigamos, ¿quién será el siguiente en tomar el agua? —interrumpió Edward, y la cínica sonrisa de gato de Cheshire volvió a su rostro.

—Yo seré el siguiente —anunció Dani con firmeza. Se aproximó a Edward, que ya sostenía entre sus manos el cuenco.

—¿Tú? Hijo, me temo que en ti no hará efecto, tú no eras uno de los invitados. Tu papel en esta historia es distinto que el del resto.

Dani decidió no escucharle. Le arrebató el cuenco de las manos y bebió de él. Se lo devolvió en las manos, y esperó. Esperó con impaciencia, pero nada sucedía. Decepcionado, volvió a sentarse junto a Marina sin articular palabra. Ella buscó su mano, tratando de reconfortarle.

—¿Siguiente? —volvió a decir Edward, como si nada hubiera pasado.

—Yo.

Gara se levantó decidida. Marina lo prefirió así. Estaba nerviosa. Y aunque sabía que llegaría su turno, prefería postergarlo.

—Muy bien, joven. ¿Desprendes magia, sabes? Tú debes ser sin duda una de nuestras pequeñas adadoras, esas que desprenden polvo mágico allá por donde pasan... —le susurró, tendiéndole el cuenco.

Gara bebió de él, y el cambio se produjo inmediatamente, como había sucedido con Airam. La chica desapareció. Y en su lugar... apareció un pequeño ser diminuto, de apenas un palmo de altura. Les costó darse cuenta de que seguía siendo Gara, solo que era ella misma en un formato en miniatura. Sus pantalones cortos y su camiseta habían sido sustituidos por un ligero vestido anaranjado, que con los rayos del sol de la mañana brillaba tenuemente. Unas alas translúcidas en su espalda proyectaban suaves colores cuando les daba la luz.

—Vaya, una libélula —se burló Airam.

—Es mucho más que eso —murmuró Marina con admiración—. Es un hada.

Dani miró de reojo a su amiga, y admiró su sonrisa y el brillo en sus ojos. A lo mejor aquella sensación extraña que tenía en el estómago no era más real que todo aquello. A lo mejor debía seguir disfrutando de

aquella aventura junto a Marina, alejando las nubes negras que amenazaban con chafarle la diversión.

—¡Vaya! ¡Esto es increíble! —exclamó Gara tras contemplar su nuevo y más pequeño yo en las aguas tranquilas. Su voz sonaba tan pequeñita como ella, más aguda y lejana. La vieron danzar en el aire, dando vueltas alrededor de ellos. Se posó entonces sobre el hombro de Airam, y antes de que el chico pudiera hacer nada, le dio un tirón de oreja— ¡Una libélula! ¿Dónde has visto tú una libélula de semejante belleza?

Ahora todos reían. Y en aquel instante, realmente, creyeron estar viviendo un auténtico cuento de hadas.

Finalmente, le tocó el turno a Marina. La visión de Gara transformada en hada había calmado sus ánimos, y esperaba con expectación averiguar qué le sucedería a ella. Así que tomó el cuenco que le ofrecía Edward y bebió el agua.

Y esperó, con el corazón bombeándole con fuerza.

Pero, pasado un buen rato, se temió que ella tampoco sufriría transformación alguna.

—Tranquila, antes o después se producirá, estoy seguro. Sólo tienen que darse las condiciones adecuadas.

—¿Y qué condiciones son esas? —preguntó impaciente.

—No lo sé. Tendrás que averiguarlo por ti misma.
¿Nos vamos? Ya ha sido suficiente por hoy.

Con su estilo habitual, Edward ya se había levantado y comenzaba a avanzar de vuelta a la casa.

—¿Y ya no podremos volver a transformarnos? — preguntó Airam, que ya se había levantado y caminaba junto a Edward.

—Claro que sí, joven, claro que sí. Siempre que queráis. Ahora que conocéis vuestro reflejo, solo tenéis que desearlo para ver el estado natural de vuestra alma.

—¿Solo desearlo?

—Solo desearlo.

Airam se detuvo entonces, y los demás vieron como cerraba los ojos mientras pasaban junto a él. Y en un instante, de nuevo Airam había desaparecido, y el imponente unicornio galopaba veloz alejándose de ellos.

Cristian cerró el libro una vez más, como siempre que terminaba un capítulo.

—Te debía un dibujo, del capítulo de ayer —comentó, al tiempo que le acercaba una hoja de papel. A pesar de que le hubiera encantado comentar con ella aquel capítulo, por su reacción sabía que era mejor cambiar de tema. Algo en él había despertado a los fantasmas de Sofía, y no sería él quién le hiciera sentir peor. Ella cogió la hoja y observó el dibujo. Marina y Dani, de espaldas, avanzando por el túnel a oscuras, cogidos de la mano.

—Gracias, Cristian. Tan impresionante como los otros.

—Gracias.

Ella se levantó y él tragó saliva al darse cuenta de que iba a irse ya, y

aquel día apenas había podido disfrutar de la conversación con ella, por culpa de aquel dichoso capítulo. Por eso, y porque él mismo había tenido que cortar anteriormente aquella conversación tan agrídulce sobre el barco del que le hablaba Sofía. Trató de pensar rápidamente en algo que pudiera hacerle sentir mejor. No quería que se fuera así.

—Sofía. Sea lo que sea lo que te esté pasando... seguro que tiene solución.

Ella se giró para mirarle y trató de sonreír, no sin esfuerzo.

—Gracias. Sí, solo necesito algo de tiempo para adaptarme a mi nueva situación.

Él se moría de ganas de preguntarle cuál era esa situación que provocaba que aquellos ojos que tanto le gustaban se tornasen tan tristes. Su abuela se había negado a contárselo, a pesar de que lo sabía. Estaba empeñada en que debían ser ellos quiénes se encargasen de contarse lo que quisieran sobre sus vidas.

—Claro que sí. Y mientras... sé que a veces no soy todo lo amable y caballeroso que debiera, pero si me necesitas, prometo esforzarme.

—Gracias Cris, de verdad. Viniendo de ti es todo un halago.

Ambos sonrieron.

—Me has llamado Cris.

—Sí. ¿No te gusta que te llamen así?

—Sí, no hay problema. Solo que... es como si hubieras eliminado varios metros entre nosotros.

—¿Y eso está bien, no?

—Sí. Sí, está bien.

—Vale, Cris —enfaticó su nombre—. Tengo que irme.

—¿Vienes mañana?

—Sí. Vengo mañana.

—Estupendo.

8

Sábado, 25 de Abril de 2015

A varios kilómetros de la isla.

Cuando la puerta de la nave se abrió, a Olivia le sorprendió ver que fuera era noche cerrada. Recordó entonces lo que había dicho Edward sobre el tiempo detenido en la isla. Fue directa a su casa, y por el camino varias veces negó con la cabeza inconscientemente, al recordar todo lo sucedido. Ahora, lejos de allí, todo le parecía aún más irreal.

Al llegar a casa, decidió darse un baño en la piscina que tenían en el jardín trasero. Le gustaba nadar de noche, el silencio y las tenues luces de la piscina la calmaban. Así que se quitó la ropa, se puso un bañador, y sin pensarlo dos veces se tiró al agua. Y entonces, sucedió. Con el contacto del agua, Olivia dejó de ser Olivia. Un grito agudo salió de su garganta, sin dar crédito a lo que veían sus ojos.

A la mañana siguiente, Marina apenas había abierto los ojos cuando recordó lo sucedido el día anterior. No se había transformado en nada. ¿Y si con ella aquello no funcionaba? Se sorprendió al sentirse decepcionada.

Bajó de la cama, tras confirmar que Dani seguía plácidamente dormido. Él tampoco se había

transformado. Y sin embargo, por lo visto en él era lo esperable. Él no había recibido un collar como los demás, ni había aparecido en una barca en mitad del mar cuando era un bebé. Y sin embargo estaba allí. Se preguntó si se había debido a la casualidad, al encontrarse con ella, o si realmente la isla le había elegido también a él por algún motivo. Pensando en esto, se quedó sin percatarse mirando a Dani, mientras él continuaba durmiendo. Hasta que un grito aterrador le despertó.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, abriendo los ojos, soñoliento.

—No lo sé. Viene de fuera. —Marina se asomó por la ventana. Desde allí se observaba la playa en toda su extensión. Pero no vio nada diferente. Al menos, no a primera vista. Hasta que se percató de algo.

—La nave en la que se fue Olivia. Está ahí de nuevo.

Otro grito pidiendo ayuda. Esta vez reconoció inmediatamente aquella voz estridente. Era Olivia.

Marina bajó corriendo las escaleras en pijama, seguida de Dani, que no había tenido tiempo de ponerse tan siquiera una camiseta. Llegaron a la playa inmediatamente y se dirigieron hacia el lugar de donde procedían los continuos gritos de Olivia. La encontraron dentro de la nave, en la orilla, con la puerta abierta pero sin ser capaz de descender de ella.

—¿Olivia? ¿Qué demonios te pasa? —preguntó Marina, acercándose a ella. Observó cautelosa la marea. El mar se había retirado, creando una pequeña pasarela de arena hasta la nave, como ya había sucedido la noche en que ellos habían llegado. Y sin embargo, se dio cuenta de que algo había cambiado en ella. Tardó unos instantes en percatarse de que era aquella sensación distinta; el miedo había desaparecido. Repentinamente, el mar había dejado de infundirle pavor. Olvidándose durante unos segundos de Olivia, acercó sus pies de manera consciente hacia las olas retenidas a escasos centímetros de la nave. Y entonces, sucedió. Apenas el agua del mar rozó los dedos de sus pies, sintió como perdía el control de su cuerpo. Trató de dominar el equilibrio, mientras observaba incrédula sus piernas, que estaban desapareciendo ante sus ojos. Sin poder evitarlo, cayó sobre la arena. Dani acudió rápidamente a terminar de sostenerla para evitar que se hiciera daño en la caída. Cuando al fin se sintió a salvo, miró hacia sus piernas, que le habían fallado inexplicablemente. Y no pudo evitar que un grito saliera de su garganta, uniéndose a los de Olivia.

—Vaya, eres una sirena... —murmuró Dani, que miraba el lugar donde instantes antes estaban las piernas de ella, y su rostro se llenaba de admiración y asombro al ver como ahora, estas habían sido

sustituidas por una cola de pez de tonos plateados y anaranjados. Sus ojos continuaron el camino por su cuerpo hasta toparse con el ligero top de coral que había sustituido a la parte superior de su pijama.

—Vaya.... —Fue cuanto pudo decir Marina, que no cesaba de mirar los cambios que se habían producido en su cuerpo.

Dani, que se había quedado completamente quieto sosteniendo a Marina por la cintura, la soltó despacio, al ver que ella ya podía mantenerse sola. Se alejó un poco de ella, y volvió a contemplarla.

—No me mires así. Me siento una rata de laboratorio —profirió ella, ante la mirada absorta de Dani.

—No, estás preciosa... —susurró él, retirando la mirada de su cola y dirigiéndola a su rostro.

Ella sonrió, y volvió a mirar aquella cola salida de la nada.

—¡Queréis dejar de coquetear y ayudarme, maldita sea? Estoy desapareciendo...

Ambos se fijaron entonces en la chica, que permanecía de pie en el interior de la nave. Literalmente, estaba desapareciendo. Al fijarse en ella, les pareció estar mirando una especie de holograma; la imagen de ella era difusa, como si apareciese y desapareciese ante sus ojos.

—Oh, mierda —masculló Dani.

Los tres se quedaron mirándose durante un instante, percatándose entonces de la gravedad de la situación.

—¿Qué sucede? —preguntó Edward, que había aparecido repentinamente detrás de ellos. Ninguno le había visto venir.

—¿Qué demonios me ha hecho? —inquirió Olivia, entre las lágrimas y la desesperación— ¿Qué me está pasando?

—Te lo dije niña, te avisé de que no debías marcharte —respondió serenamente. Tranquila, enseguida volverás a tu estado normal. Mientras estés en la isla, no te sucederá nada.

Le dedicó una amplia sonrisa, que heló la sangre de todos los presentes. Entonces se percató del estado de Marina, que permanecía sentada en la orilla, con el agua del mar acariciando su recién estrenada cola de sirena. Su sonrisa se redujo, aunque no desapareció del todo.

—Vaya, qué sorpresa. O no, era de esperar. Ya tenemos dos bellas sirenas para añadir a la colección de seres mágicos de esta isla. Tened cuidado con las mareas fuertes que rondan los acantilados.

Dicho esto, se dio la vuelta y se alejó. Los tres contemplaron su robusta figura marcharse en dirección a la mansión.

—Tenemos que buscar la manera de marcharnos de aquí... —farfulló Dani. Marina le miró, y vio en sus

ojos una rabia que nunca antes había visto en ellos.

—¿Cómo? Fíjate en lo que le ha sucedido a Olivia —respondió Marina, señalando a la chica. Se dio cuenta de que Olivia volvía a ser la misma. Ella también pareció percatarse en ese instante.

—Oh, se acabó, ¡estoy bien, estoy bien! —exclamó sorprendida. Su rostro había pasado de la desesperación a la euforia en un santiamén. Se descalzó para bajar de la nave, que esta vez estaba anclada en la orilla sin que el mar le abriera el camino, como la primera vez, y tendría que mojarse para salir de allí. Apenas rozó el agua con el pie, cuando Marina y Dani observaron boquiabiertos como Olivia perdía el equilibrio y caía al agua frente a ellos. Y pronto vieron el motivo de su caída. Una cola, idéntica a la de Marina, aparecía ahora en el lugar donde segundos antes estaban sus piernas. Olivia se irguió apoyándose en las palmas de las manos, miró detenidamente su cola y luego a los chicos, que seguían observándola sin decir nada.

—¿Qué os pasa? ¿Es que nunca habíais visto una sirena o qué? —bromeó con sarcasmo. Los chicos no pudieron sino reír a carcajadas, llevados, posiblemente, por el temor a la tormenta que amenazaba con descargar toda su furia en breve.

—¿Cuándo vas a salir de ahí? Empiezo a tener complejo de Romeo — soltó Sofía, dirigiéndose a Cristian, que escuchaba en su posición de siempre,

desde la ventana.

—Complejo de Romeo... tienes unas cosas —negó con la cabeza, sin alzar la vista. Debía estar dibujando.

El día se había levantado totalmente despejado, el cielo de un azul intenso que invitaba a disfrutar del aire libre. Y Sofia estaba pletórica. Sentía a Cristian cada día que pasaban juntos más cercano; los muros entre ambos parecían ir desfigurándose, y se sentía aquel día con las fuerzas suficientes como para pedirle que saliera de su habitación, que disfrutara de aquel día junto a ella.

—¡Es cierto! Estás ahí en las alturas, en tu balcón, como Julieta. Solo nos diferencia de ellos el que yo no pienso susurrarte palabras empalagosas —bromeó con descaro.

—Te lo agradezco, no sabes cuánto —respondió en su tono jocoso habitual. Afortunadamente, después de aquellas intensas tardes de charla, Sofia había aprendido a no tomarse tan a mal su carácter taciturno.

—Ja ja. Vamos, hace un día maravilloso, Cris. Baja, por favor. Me apetece muchísimo que estés aquí conmigo.

Algo en las palabras de ella, en su forma de decirlo más que en el contenido, hizo que se encendiera una alarma en su interior. Aquello, aquel juego, había ido demasiado lejos. Tenía que detenerlo. No había lugar para más dolor en su corazón.

—Sofía, ya te dije que las historias amorosas no son lo mío. —El tono de él se había transformado. Era más serio, no había ni un ápice de broma en él. Ella sintió que la rabia le llegaba al rostro y enrojecía sus mejillas.

—¿Eres idiota? ¿Y qué tiene eso que ver con que quiera pasar un rato contigo aquí en el jardín? Solo creo que ya somos amigos, ¿no? Nada más.

—Exacto. Nada más —afirmó, retándola con la mirada. Menudo imbécil, pensó ella para sus adentros.

—Eso lo tengo claro, quédate tranquilo —respondió con firmeza. Iba listo si creía que la iba a dejar quedar como a una idiota. Él asintió con tranquilidad, y volvió a su dibujo.

—¿Lees un poco más? —Tuvo el descaro de preguntar, a pesar de la tensa situación que acababan de vivir.

—No, por hoy no puedo leer más, tengo que irme —comentó mientras recogía de inmediato sus cosas y se levantaba.

—¿Ya? Pero si hoy es sábado, pensé que hoy podríamos leer durante

horas.

—He quedado, y tengo que pasar por casa a cambiarme aún.

Era verdad. Pero aún quedaban un par de horas para eso. Sin embargo, Cristian había colocado nubes grises sobre el cielo azul de aquel día, y ya no le apetecía seguir allí. Solo tenía ganas de tumbarse en su cama y taparse la cabeza con la almohada.

—¿Has quedado? ¿Tienes una cita?

Sofía iba a decirle la verdad, que iba al cine con sus amigas de clase, pero se lo pensó mejor.

—No es de tu incumbencia si tengo una cita.

—No, claro que no. Solo que... bueno, dijiste que no estabas enamorada.

—Y no lo estoy.

—Ah.

—Pues eso. Me voy.

—¿Vienes mañana?

—Tal vez. Según lo cansada que esté y la hora a la que me acueste esta noche —respondió, disfrutando con cada una de las palabras dichas.

Él asintió, sin ser capaz de responderle nada.

Sofía comenzó a caminar hacia la salida, alejándose de él.

—Te dejas tu libro —dijo con total desinterés, sin siquiera mirarla.

Sofía se dio la vuelta y recogió el libro del banco. Por un momento, se imaginó lo genial que sería apuntar con él justo a la cabeza de Cristian. Respiró hondo y contuvo el instinto asesino. Mientras salía de la casa, pensó que la palabra huraño no le hacía justicia. Cristian era mucho más que eso. Era un auténtico capullo.

Domingo, 26 Abril 2015

El domingo Sofía se hizo de rogar. No apareció por el jardín hasta las seis de la tarde, aun sabiendo que al llegar tan tarde no podría estar allí mucho tiempo, pues al día siguiente tenía clase y su madre no le permitiría llegar a casa más tarde de las siete y media. Llevaba toda la mañana planteándose si debía ir. Después de la actitud de Cristian el día anterior con ella, se merecía que no volviera a pisar aquel lugar nunca más. Y sin embargo, se sentía atraída como un imán, a él, y a aquel lugar. Estaba convencida de que aquella actitud áspera y distante que mostraba en ocasiones estaba completamente relacionada con ese gran secreto que él ocultaba. Le daba la sensación de que aquella era su forma de expresar su desdicha. Ella lloraba, y él reaccionaba poniéndose en contra del mundo.

—Hola —saludó con una leve sonrisa cuando le vio asomado en la ventana en su posición habitual.

—Hola —respondió él. Ella percibió rápidamente un ligero cambio en su gesto. No estaba segura, pero le parecía arrepentimiento lo que asomaba a sus ojos.

Él también llevaba toda la mañana pensando en lo sucedido el día anterior: había sido muy brusco con ella, y no se lo merecía. Se daba cuenta de que ahora tenía dos problemas; confesarle su secreto, y controlar lo que empezaba a sentir por aquella chica. Había tratado de luchar contra lo que se daba cuenta que comenzaba a sentir, y por eso había tratado de poner aquella barrera entre ambos. Pero se daba cuenta de lo duro que sería ahora, que ella se marchara de su vida. Apenas llevaba una semana en ella, y para Cris el mundo se había transformado con su llegada. No podía permitirse perderla. Estaba dispuesto a decirle la verdad. Se la dijera o no, sabía que jamás iba a poder besarla, ni abrazarla, como le gustaría. Pero siendo sincero con ella, al menos podrían tener una relación con menos altibajos. Serían amigos. Nada más. Se conformaría con eso.

—El dibujo de ayer —comentó él con voz suave, como si temiera que ella de un momento a otro le tirase a la cabeza el libro que sostenía en la mano. No sabía qué cerca estaba de los pensamientos de ella el día anterior.

Ella lo miró en silencio. Al instante volvió a quedar deslumbrada, una vez más. Una playa, con un sol de atardecer, y una sirena sobre una roca saliente del mar. Y el rostro de la sirena...

—¿Soy yo?

—Sí.

—Pero...

—No me preguntes por qué, pero cada vez que hablas de Marina, es como si fueras tú. Te imagino a ti.

Ella sonrió en silencio.

—Lo siento —murmuró él repentinamente.

—No pasa nada.

—Si pasa, fui muy desagradable contigo. Lo soy en ocasiones. Son los restos de... los restos de mi naufragio, Sofía. Naufragué, lo perdí todo. Y aún ando a la deriva, no puedo evitarlo.

—Lo entiendo. Por eso estoy aquí. No sé que te sucedió, pero entiendo lo difícil que es superar las desdichas.

—Quiero contártelo. Debo contártelo. Quizás así entiendas mejor porqué soy así.

—¿Seguro que quieres revivir lo que quiera que sea lo que te sucedió, ahora? Por mí no lo hagas, Cris. Lo de ayer ya está olvidado, de verdad. — Ella hablaba, y él la miraba atentamente, hasta que una sonrisa apareció en sus labios en mitad del discurso—. ¿Qué?

—Nada. Está bien. Dejémoslo todo como está por ahora. Solo... te doy permiso para que me tires algún arma arrojadiza si vuelvo a comportarme como un capullo arrogante.

No podía, no podía contárselo. No era tan fácil.

—Trato hecho.

Fue un acto sin intención alguna. Ella, aún de pie, alzó la mano hacia él, para darle un apretón de manos, en el acto habitual para cerrar el trato. Él le tendió la suya, y por primera vez, sus pieles entraron en contacto de esta manera. Y un acto tan inocente, tan habitual, les hizo percatarse de la intensidad de lo que ambos sentían, cuando se dieron cuenta de que ninguno de los dos quería desprenderse de la mano del otro. Fue ella la que se atrevió a romper el hechizo.

—Eh... ¿seguimos leyendo?

—Sí, claro.

La tarde siguiente a que Olivia regresara a la isla, Edward les contó las razones de sus transformaciones, el motivo por el que habían vuelto a la isla.

—Los seres mágicos que habitaban esta isla se encargaban de tomar sueños al azar y darles... ¿cómo decirlo? Un empujoncito, un toque de magia.... Señales para que sus dueños luchasen por ellos, para que no se rindieran, para que siguieran soñando.

Mientras les contaba esto, les guiaba hacia un enorme árbol que, extrañamente, asentaba sus raíces en la misma arena de la playa, en un lugar recóndito de la isla que no habían visitado antes. No había más árboles a su alrededor, por lo que era tremendamente llamativo observar aquel árbol gigante en medio de la playa. Su copa era extensa y llena de ramas cargadas de hojas, creando una amplia zona de sombra bajo él. El tronco era imposible de rodear con los brazos. Incluso si todos los presentes se hubieran agarrado de las manos y hubieran tratado de rodearlo, aún no hubieran podido rodearlo por completo. Cuando todos estuvieron junto al eterno tronco, vieron a Edward señalar hacia el colgante de Gara y mostrarle su mano abierta, en señal de que se lo entregara. Ella obedeció. Él lo sostuvo un instante en su mano abierta, para luego cerrar el puño con fuerza con el

colgante dentro. Dani observó como sus nudillos se ponían blancos de la presión que estaba ejerciendo. Pero aquello solo duró un momento, antes de que volviera a abrir precipitadamente la mano y colocara de un solo movimiento el colgante sobre un hueco en forma de estrella hendido en la corteza del árbol. Instantáneamente, apareció una puerta en el tronco, ante los ojos sorprendidos de los presentes.

Cinco mandíbulas se desencajaron a la vez.

—Vamos, adelante. Este lugar os pertenece — anunció Edward mientras les indicaba con la mano que pasaran al interior del árbol hueco.

Gara fue la primera en entrar, seguida de los demás.

—Subid las escaleras, por favor —indicó Edward.

Realmente no tenían otra opción, pues las escaleras de caracol que ascendían por el tronco llenaban prácticamente todo el espacio de este. Así que, obedientes, comenzaron a ascender por las escaleras de madera, que sin duda habían sido fabricadas con la propia madera del árbol. Al llegar arriba, se toparon con una salida al exterior, una especie de balcón de madera que se apoyaba en las gruesas ramas de la copa del árbol. Estaban tan arriba, que las vistas de la playa desde allí eran inmejorables. Comenzaba a atardecer, y los tonos rosados del cielo se perdían en un mar de plata.

—Aquí la tenéis. Nuestra pequeña fábrica de sueños —dijo Edward, y todos se giraron para mirarle, embelesados como estaban por el paisaje. Señalaba una especie de enorme urna de cristal, ovalada, como una gran pecera de cristal. Se sostenía por medio de unas barras doradas, y su parte superior terminaba en una abertura ancha, que permanecía cerrada por una especie de tapón dorado. Edward lo retiró y metió la mano en el bolsillo de su chaqueta. Cuando volvió a sacarla, vieron que había extraído un puñado de guijarros dorados de la playa.

—Sueños, ¿recordáis? Toda la isla está llena de sueños humanos. —Cerró el puño y dejó que entre sus dedos se colaran los guijarros dorados, que iban a parar al interior de la urna de cristal—. Gara, por favor, ¿puedes transformarte?

—¿Ahora? —preguntó la chica.

—Sí, por favor.

Ella tardó apenas un instante en dejar su forma humana para convertirse en una pequeña y delicada hada. Edward se acercó a ella.

—No te muevas, será solo un instante.

—Pero qué...

Apenas le dio tiempo a averiguar qué pretendía el hombre cuando vio como él hacía un rápido gesto a su espalda, en sus alas.

—Ya. Gracias.

Todos miraron lo que llevaba en las manos, algo que había extraído de un solo movimiento de las alas de Gara. Brillaba, fuera lo que fuera, aquello brillaba con intensidad entre sus manos, con una luz dorada. Edward colocó nuevamente su mano como un embudo sobre la urna, y volvió a colar en ella lo que guardaba en su puño; un fino hilo de arena que brillaba como una luciérnaga.

—Polvo de hada —anunció, fascinado, como todos los demás, por aquella luz mágica—. Por eso estáis aquí. Un poco de polvo de hada, hebras de unicornio, lágrimas de sirenas... un poco de magia para ayudar a estos sueños a convertirse en realidad.

Edward colocó de nuevo el tapón en la urna, y giró esta con un movimiento rápido. La urna comenzó a girar sobre sí misma a gran velocidad. Cuando se detuvo, no hizo falta que el hombre hiciera nada más. El tapón dorado salió despedido por sí solo, y la mezcla de guijarros y polvo de hada, que ya era una fusión de ambas, salió despedida fuera de la urna, lejos de ellos, hacia arriba, perdiéndose en aquel atardecer de ensueño.

—¿Sueños cumplidos? —preguntó Gara.

—Posiblemente.

—¿Posiblemente?

—A veces sucede que los dueños de esos sueños ya han abandonado, o no quieren luchar por ellos. Y ya

ni la magia puede hacerlos realidad.

El rostro de Gara, un instante antes esperanzado, se entristeció.

—Pero eso sucede en contadas ocasiones. Sí, en general esos sueños se cumplirán.

Aquella noche, Dani y Marina permanecieron hablando hasta muy tarde.

—Cuéntame lo que estás pensando —dijo Marina a su amigo, al verle tumbado boca arriba sobre la cama con la mirada perdida.

Él resopló, antes de girarse hacia ella.

—Todo esto... es una jaula dorada Marina. ¿Se supone que vamos a permanecer aquí para siempre? Porque eso es lo que parece. No podemos salir de aquí porque desapareceremos. Y lo que nos ha enseñado hoy... se supone que esa es vuestra labor en esta isla. Vuestra, porque yo aún ni siquiera sé qué pinto aquí. ¿Vas a pasarte aquí el resto de tu vida, cumpliendo sueños ajenos?

—No lo sé Dani, yo también estoy muy desorientada aún, y no me he parado a pensar qué voy a hacer. Sé que no me vas a entender. Pero quizás es eso lo que debo hacer. Quizás tenía una función pendiente desde que mis padres me encontraron en aquella barquita.

—Pero, ¿Y tu familia? ¿Y tu futuro? ¿Vas a renunciar a todo?

—No lo sé Dani. Tal vez sí. Si los sueños del mundo dependen de nosotros, tal vez sea lo mejor.

—No te reconozco —murmuró él, desviando la mirada.

—Soy yo, Dani, la misma de siempre. Solo que las cosas han cambiado mucho en los últimos días. Yo siempre me he sentido vacía, ¿sabes? Como si una parte de mí no estuviera completa. Ahora entiendo perfectamente porqué me sentía así.

A Marina se le caían los ojos del agotamiento.

—Creo que yo no desapareceré si me marcho. Yo no me he transformado, no formo parte de este lugar. Así que estoy pensando en ir a buscar ayuda. Podría ir y buscar la manera de llevarte de vuelta. No voy a dejarte aquí, Marina, nos quedan muchos atardeceres por vivir juntos aún. Y no quiero vivirlos en este encierro. Tenemos que ver mundo, subir a la torre Eiffel, cenar en la Toscana, bailar bajo la lluvia en Londres. No, aún nos queda mucho por hacer.

Cuando se giró hacia ella, vio que ya estaba completamente dormida.

—Voy a sacarte de aquí, lo prometo —susurró. La tapó con la manta que tenían a los pies y la observó unos instantes, antes de quedarse dormido él también.

El tiempo en la isla pasaba a toda velocidad. Las horas siempre llevaban prisa, como esas nubes que surcaban el cielo azul de cuando en cuando a tal

velocidad que Marina estaba convencida de que debían andar huyendo de algo. Ellos ya habían perdido la noción del tiempo, o casi. Solo Dani se dedicaba cada noche a marcar una fina línea en la parte trasera de la puerta de su armario, para así poder llevar la cuenta de los días que llevaban allí. Marcaba las líneas con un cuchillo que había usurpado de la cocina para este fin. Para eso, y también para tener un arma, algo con lo que sentirse más seguro cuando la noche les arrojaba y los sonidos de la isla hacían que ésta pareciera cobrar vida. Lo hacía por protegerse a sí mismo, pero, sobre todo, por proteger a Marina. Y mientras pasaban los días, tal y cómo os había adelantado, la relación entre nuestros protagonistas fue transformándose. Y así fue que llegamos hasta un día en el que, mientras disfrutaban de un atardecer en la playa, sucedió lo que todos imaginaban que acabaría por suceder.

—Según la historia que nos contó Edward, la del origen de esta isla, cada una de estas piedrecitas doradas es el sueño de alguien. —Marina observó con detenimiento los granos dorados que habían quedado esparcidos en la palma de su mano. Se trataba de pequeños guijarros, pero lo suficientemente grandes para distinguirlos de la arena de la playa. Sobre todo porque brillaban muchísimo, como si se tratara de pepitas de oro—. Hay millones Dani, un interminable

número de sueños que posiblemente se quedarán solo en eso, en sueños. Entiendo que a veces la gente pierda la ilusión y olvide sus sueños. Pocas veces se hacen realidad.

Dani le miró, negando con la cabeza.

—La cuestión no es tener solo un sueño, uno grande, y sentirse derrotado si no llega. Yo creo que la vida debe estar llena de pequeños sueños, minucias que te hagan feliz y que te aproximen más a ese gran sueño.

Ella le observó, sin comprender.

—Yo quiero ser escritor, ¿cierto?. Pues no espero que de la noche a la mañana me convierta en un autor de bestsellers famoso en todo el mundo y con millones de copias vendidas. Sueño con ser capaz de terminar una novela de la que me sienta orgulloso. Sueño con que alguien, una sola persona, me lea y afirme que se enamoró de mi historia. Sueño con que más personas se interesen por ellas. Sueño con ser capaz de escribir aún mejor. Sueño con que algún día, alguna editorial, la más pequeña de todas, decida publicar algo mío. Y tal vez, algún día consiga llegar a lo más alto. O tal vez no. Pero por el camino habré hecho realidad un montón de sueños.

—¿Y si no consigues ninguno de esos pequeños sueños?

—¿Por qué no iba a conseguirlos? Dependen casi exclusivamente de mí y de mi esfuerzo. Los sueños hay que ganárselos.

—Tienes razón.

—¿Y tú, Marina? ¿Cuál es tu gran sueño?

Ella perdió la vista en el mar, pensativa.

—Aún no lo tengo claro. Pero creo que un sueño importante sería ser feliz. Sea lo que sea, esté donde esté, espero seguir siendo feliz.

—Es un sueño muy bonito —sonrió él. Miró entonces su mano, y atrapó con los dedos uno de esos sueños dorados—. Mira, este sueño es mío.

—¿Y eso cómo lo sabes? —rió ella.

—Lo sé, simplemente lo sé. ¿O acaso tú no reconoces tus sueños? —respondió, haciéndose el indignado—. Es un sueño pequeño, pero importante.

—¿Y de qué se trata?

Él sonrió, misterioso.

—De robar un beso a una bella sirena. —No dejó de mirarla, a pesar de que estaba hecho un flan.

—Vaya —murmuró Marina, cuyas mejillas se habían sonrojado en un instante. Cogió aire, antes de responder—. No seré yo quien te impida cumplir un sueño...

Dani se acercó despacio, muy despacio, hasta estar a solo un par de centímetros del rostro de su amiga.

—Voy a besarte —afirmó él, más para darse fuerzas a sí mismo que para decirle a ella algo que ya sabía.

—Hazlo ya —susurró Marina, impaciente.

Y, al fin, sus labios se encontraron. Y se besaron, con esa inseguridad y ansias que suelen caracterizar un primer beso.

—Previsible. Total y completamente previsible. El dichoso beso entre los protagonistas guapos y perfectos tenía que llegar.

Sofía no podía parar de reír ante la cara de enojo de Cristian. Sabía que se lo tomaría así.

—Es precioso. Me encantan esos momentos previsibles, como en las comedias románticas, en las que ya sabes lo que va a suceder, pero igualmente te derrites cuando los protas al fin se besan.

—Típico de chicas. Por favor. Si hay un desarrollo largo de ese beso, ahórratelo, y pasa a la acción.

—No hay un largo desarrollo. Y si lo hubiera, te lo tendría que leer mañana. Tengo que irme ya.

—Vale. Después de ese beso, hoy no me dejas angustiado por saber qué sucederá.

Bromeaba. Por ahora, el Cristian bromista y divertido había vuelto.

—Por cierto, hablando de besos, ¿qué tal tu cita de ayer?

Su tono seguía siendo desinteresado y amigable, aunque por dentro le estuvieran corroyendo los celos y la curiosidad. Ella no pudo evitar reírse.

—No hubo besos, si eso es lo que quieres saber.

—Ajá —afirmó, simulando desinterés— ¿y lo pasaste bien?

—Claro. Con mis amigas siempre me lo paso bien.

Ella le sonrió por última vez, antes de darse la vuelta para salir del jardín. Si en aquel momento se hubiera girado, hubiera visto como él soltaba todo el aire que llevaba conteniendo, y resoplaba aliviado.

10

Lunes 27 de abril de 2015

El lunes por la mañana Sofía no fue a la hora habitual a clase. Tenía cita con el traumatólogo. Una simple revisión. Le habían hecho la rutinaria radiografía de la espalda, para controlar su ligera escoliosis. Su madre estaba trabajando, así que sería su padre quien la llevara al médico. Serían las diez de la mañana cuando el coche de su padre comenzó a deslizarse por las calles en dirección al centro de la ciudad. Pasaron por delante de la casa de Teresa, y ella no pudo evitar fijarse en una gran furgoneta que había aparcada frente a la puerta. Y lo que vio, en aquel momento la dejó de piedra.

Sofía pasaría el resto del día completamente absorta de la realidad. Apenas escuchó al traumatólogo, más que decir que todo iba bien, que la desviación se había corregido ligeramente, y ya luego, en clase, apenas fue capaz de concentrarse. No podía pensar en nada más que no fuera lo que había visto aquella mañana al pasar por delante de la casa de Teresa. Le daba vueltas y más vueltas, sin ser capaz de pensar en otra cosa.

Según sonó el timbre señalando el final de la jornada escolar, tomó una decisión. Tenía que hablar de lo que había visto con alguien. Con alguien cercano a Cristian.

Para su desesperación, tardó más de lo habitual en terminar sus tareas aquel día, puesto que tenía que adelantar lo que sus compañeros habían hecho en la clase que se había perdido mientras estaba en el médico. Cuando por fin terminó, salió a toda velocidad hacia la casa de Teresa.

En lugar de su habitual entrada directa al jardín, esta vez se aproximó a la puerta de entrada a la casa. Tocó a la puerta, en lugar de al timbre, y rogó porque Cristian no la oyera desde su cuarto. Teresa abrió poco después la puerta.

—Hola Sofía —saludó Teresa—. ¿Vas al jardín o...?

—Necesito hablar un momento con usted, por favor —le interrumpió ella.

—Claro. Sabía que llegaría este momento —respondió, paciente, y abrió del todo la puerta, invitándola a entrar. Teresa la guió hasta el salón, y la invitó a sentarse.

—¿Quieres algo de beber?

—Agua, por favor. —Tenía la boca seca, y el corazón desbocado.

Teresa no tardó en aparecer con un vaso de agua en la mano. Se lo entregó a Sofia, y se sentó frente a ella en el sofá.

—Ya lo sabes.

—Sí.

—¿Te lo ha contado él?

—Desagraciadamente, no. Estuvo a punto de decírmelo, pero es cierto que fui yo quien le detuvo.

—¿Y entonces? ¿Cómo...?

—Pasé esta mañana por aquí.

—Lo siento. Esa no era la manera en que pretendía que te enteraras.

—Ya. No pasa nada. Antes o después me enteraría igualmente.

—Y decidiste hablar conmigo antes de enfrentarte a él.

—Más o menos. A él no pienso decirle nada aún. Quiero que sea él quien me lo diga. Verá, Teresa. Me gusta su nieto. A pesar de que en ocasiones se comporta como un auténtico... —Buscó las palabras adecuadas, para no herir los sentimientos de la mujer— borde... no puedo evitar que me guste. Y ahora que entiendo sus motivos, comprendo más su actitud. Pero quiero saber. Necesito prepararme, si estoy dispuesta a dejarme llevar por mis sentimientos.

Teresa asintió en silencio, antes de comenzar a narrar a Sofia la historia de Cristian.

Un largo rato después de aquella charla, Sofia se dirigió al jardín. Aún tenía el estómago encogido, y esperaba que él no se percatara de ello. Él la esperaba ya junto a la ventana.

—Hola —le saludó ella al llegar, en el gesto ya más que habitual para ambos.

Marina abrió los ojos en mitad de la noche. Se alzó en la cama, con el corazón acelerado. Algo había provocado que se despertara con inquietud. Buscó la silueta oscura de Dani al otro lado de la cama, pero no la encontró. Eso es lo que la había despertado. Dani no estaba. Se llevó la mano al cuello, tras venirle

a la mente una sensación que había tenido instantes antes. Su colgante, había desaparecido.

Bajó de la cama, ya completamente despierta, y corrió hacia la ventana. Buscó alguna sombra en la noche, delatada por la luna llena. No se movía nada ahí fuera.

Se puso rápidamente un ligero suéter sobre el camisón y salió al pasillo con un candil en la mano. Caminó de puntillas, tratando de hacer el menor ruido posible para no despertar a los demás. La casa estaba en completo silencio, y Marina notó como los vellos se le ponían de punta al sentir la ligera brisa nocturna colarse por una ventana abierta en el pasillo. Aquella casa, de noche, era realmente espeluznante.

Descendió por las escaleras hasta el primer piso, tan oscuro y silencioso como la planta alta. O eso creyó Marina por un instante. Apenas había puesto un pie en el suelo de parqué oscuro, cuando le llegaron voces lejanas. Voces masculinas, que usaban un tono que alarmó a Marina. Algo malo estaba sucediendo.

Escuchó atentamente, hasta percatarse de que las voces procedían del pasillo a su derecha. Avanzó por él sigilosamente, y vio que había luz en la biblioteca. De allí llegaban las voces. Marina decidió dejar su candil tras la entrada a la cocina, para no ser descubierta. Siguió entonces avanzando a tientas en la

oscuridad, guiándose por la tenue luz procedente de la biblioteca.

Se asomó con cautela. Estaba vacía. Había un par de candiles iluminando la estancia, que alguien había dejado sobre una mesita junto a uno de los sofás. Pero las voces no procedían de aquella sala. Marina vio que la puerta oculta por la chimenea que había descubierto noches atrás junto a Dani, estaba abierta de par en par. Y era de allí de donde venía el sonido de voces. Parecían estar lejos, pero aquel túnel debía amplificar el sonido. Marina no entendía lo que decían, pero sí el tono en que lo decían. Eran dos personas que discutían acaloradamente. Tardó un poco en reconocer las voces. Y fue al hacerlo, cuando cogió rápidamente de nuevo uno de los candiles que había sobre la mesa y comenzó a correr en dirección a ellas.

Cuando Marina finalmente ascendió por la escalera en el extremo final del túnel, tardó unos instantes en asimilar todo lo que veía. El paraje inhóspito que tenía frente a sí, la dejó de piedra. Recordó las palabras de Dani al describir aquel lugar que ella no llegó a ver la otra vez; «un campo llano, lleno de ceniza gris. Un lugar horrible».

Guiada por el sonido de las voces, giró el rostro hacia su derecha. Allí estaba, aquella especie de

panteón del que le había hablado Dani. De allí procedían las voces.

Marina avanzó con sigilo hacia aquel lugar. Sentía como sus pies descalzos se enterraban una y otra vez en aquel suelo de ceniza gris, ligera y polvorienta. Según se iba aproximando, oía con mayor claridad la conversación.

—¿Vas a decirme de una maldita vez qué estabas haciendo con eso? —sonaba llena de ira la voz de Dani.

—Ya te he dicho que no es asunto tuyo, jovencito —respondía Edward, en un tono que pretendía aparentar sosiego—. Tuyo, menos que de nadie de esta isla. Ni siquiera pintas nada aquí, muchacho. No eres uno de los elegidos. Fue un error que llegaras aquí.

—Pues fíjate, hasta hace un rato, hubiera estado completamente de acuerdo contigo. Pero ahora empiezo a plantearme si mi misión aquí era desenmascararte.

Edward rió con fuerza, y su carcajada hizo temblar a Marina. El candil que sostenía en la mano se le deslizó de entre los dedos solo por un instante antes de volver a sujetarlo, pero fue suficiente para que rozara la pared de piedra del panteón. Un sonido apenas perceptible.

—Vaya, creo que tenemos visita. Alguien más ha decidido acudir a esta agradable velada nocturna.

Viéndose descubierta, Marina no tuvo otro remedio que salir de su escondite. Miró a su amigo, que le dedicó un gesto preocupado. No le hacía ninguna gracia que ella estuviera allí.

—¿Qué sucede, Dani? —preguntó a él, sin dirigirse a Edward en ningún momento.

—Nada. Vuelve a la cama. Yo iré ahora mismo —dijo tratando de mostrarse calmado. Ni rastro del tono con el que se dirigía a Edward instantes antes. Se acercó a ella, y la tomó por los codos, en un intento de sacarla de allí.

—No, Dani. No me iré hasta que no me digas que está sucediendo.

Entonces algo llamó su atención a la derecha. Un destello dorado, muy brillante. Se giró a tiempo de ver una urna idéntica a la que ellos llamaban la fábrica de sueños, solo que esta, en lugar de transparente, era negra, y no permitía ver su interior. Edward, aprovechando la interrupción de Marina, había aprovechado para coger la urna con ambas manos, y estaba punto de salir corriendo con ella. El destello que había visto Marina procedía del interior de la urna. Por su abertura, en la parte superior, caían restos de guijarros dorados, debido a los movimientos bruscos de Edward al cargar con ella.

—Se marcha —susurró, al ver que su amigo seguía mirándola a ella, tratando de alejarla de allí. Él se giró inmediatamente y la soltó. Sin mediar palabra, salió corriendo tras el hombre, que ya había salido al exterior del panteón. No llegaría muy lejos.

Apenas había recorrido unos metros cuando Dani lo detuvo, tirándose encima de él. A pesar de que Dani era más bajo y más delgado, logró que Edward cayera al suelo, desplomándose en la ceniza, que se levantó a su alrededor creando una gran nube gris. La urna salió despedida varios metros por delante de ellos, hasta caer al suelo. El cristal no llegó a romperse, amortiguado por el suelo mullido. Pero su interior sí que salió despedido al exterior. Una nube dorada se alzó en el aire, llenándolo de luz. La ligera brisa nocturna esparció los pequeños granos dorados, que se alejaron de ellos lentamente hasta desaparecer.

—¡¡¡Nooooo!!! —Un grito agudo, desgarrador, salió de la garganta de Edward, rompiendo por completo la calma de la noche. Se sentó con esfuerzo, cogió la urna entre sus manos y buscó en su interior con desesperación. Estaba vacía—. Eran... eran los últimos sueños, no me quedan más.

Había pasado del lamento desesperado al llanto silencioso. Allí sentado, con la urna vacía entre las manos y la mirada perdida, parecía haber encogido,

muy lejos de aquel hombre robusto y seguro que acostumbraba a ser.

Marina y Dani le observaron en silencio, incrédulos al ver como una de sus sonrisas perturbadoras florecía en sus labios.

—No pasa nada, ahora estáis vosotros aquí. Vosotros llenaréis de magia más sueños para mí. ¿Lo haréis, verdad que sí? —Por primera vez desde que había caído al suelo, trató de centrar su mirada en los chicos. Miró a Marina, y su mirada ausente, trastornada, le provocó un nuevo escalofrío. Aquel hombre había perdido realmente la cabeza. Aunque Marina se preguntó si alguna vez había estado cuerdo.

—Esos sueños no te pertenecen, Edward —respondió Marina. Ya no le tenía miedo. Aquel hombre no era ya sino una triste sombra de sí mismo.

Él la observó, sorprendido.

—Ellos robaron mi sueño. Yo... yo me quedé sin sueños... Me robaron todo lo que tenía —balbuceaba, la mirada de nuevo perdida en el fondo de la urna. De pronto, de un solo movimiento tiró la urna contra la pared del panteón, haciéndola estallar en mil pedazos—. Llevo varios siglos encerrado en esta isla, cuidándola, protegiéndola. ¿Y dices que esos sueños no me pertenecen? ¡Claro que me pertenecen! ¡Son míos!

—Lo siento, Edward. Siento lo que te sucedió, pero eso no te hace libre de robar los sueños ajenos. A partir de ahora, nos ayudarás a hacer posibles los sueños de los demás —ordenó Dani, para el que las piezas de aquel puzzle habían encajado rápidamente.

Edward permaneció un instante en silencio. Y al silencio le siguió una carcajada.

—¿A partir de ahora? Se me acaba el tiempo, muchacho. En realidad, llevo mucho tiempo sabiendo que este momento llegaría. Sin sueños con los que alimentar mi alma, en breve no seré más que un montón de cenizas como las que nos rodean. Vamos, se nos acaba el tiempo.

Edward se levantó, jadeando. Comenzó a caminar hacia la casa, ante la mirada perpleja de los jóvenes, que volvían a estar perdidos en aquella historia.

—Vamos, ¿no quieres saber por qué tú fuiste elegido, Dani? —preguntó en voz alta, sin girarse siquiera, como si la pregunta fuera dirigida a la noche, y a nadie en particular.

Los dos jóvenes avanzaron tras de él. Ninguno se percató de los rostros que habían aparecido en las ventanas de la parte superior de la casa, y que les observaban confundidos.

—Ese soy yo, me retrataron la primera vez que pisamos esta isla, en 1865 —indicó Edward, señalando un retrato de una de las paredes de la

biblioteca. En él aparecía Edward retratado en blanco y negro, algunos años más joven, con rostro serio y mirada perdida—. Llevaba años encerrado, documentándome sobre este lugar, tratando de localizar su posición exacta. Y al fin, tras varios intentos fallidos, pisamos tierra. Esta isla decidió aparecer repentinamente ante nuestros ojos, mostrarnos todas sus maravillas. Al fin había cumplido mi sueño. Había conocido ese lugar con el que llevaba media vida soñando. Pero ya sabéis como somos los seres humanos. Nada es suficiente. El deseo de vanagloriarme era superior a mí. Necesitaba compartir lo que había conocido aquí. Así que... me llevé conmigo de vuelta algo que pudiera demostrar a la comunidad científica lo importante de mi descubrimiento. Una prueba de que la isla existía, y con ella su magia.

—¿Qué clase de prueba, Edward? —Marina tragó saliva tras hacer la pregunta. En realidad no quería oír la respuesta. Se temía lo peor.

Él se giró, apoyando las manos en la chimenea, que volvía a estar en su sitio tras haber cerrado el túnel. Los segundos se hicieron eternos hasta que llegó su respuesta.

—Un hada. Secuextré a una inocente e ingenua criatura mágica de este lugar. La metí en una caja y la llevé conmigo de vuelta al mundo real. Una vez allí,

programé una importantísima reunión con los más grandes científicos de la época. Tras contar lo vivido en la isla, ante una treintena de rostros que me miraban con incredulidad, alcé la caja que había llevado conmigo. Recuerdo como en aquel instante me creí superior a todos los de aquella sala, mi soberbia alzada hasta límites insospechados. Imaginaros mi estupefacción al abrir la caja y ver que estaba vacía.

—No se puede sacar la magia de esta isla... —murmuró Marina.

—Exacto. —Edward seguía de espaldas, sin ser capaz de mirarles a los ojos para contarles el secreto que, sin duda, llevaba con él gran parte de su larga vida—. Así que podéis suponer el ridículo tan grande al que me vi sometido. Durante meses, fui el hazmerreír de toda la comunidad científica de Londres y alrededores. Me tomaron por loco. Dejé de tener credibilidad alguna. Y sin ella, nadie volvería a interesarse en mis estudios. Así que, ultrajado e indignado con el mundo, tomé la opción más cobarde. Huir. Me alejé de todo el mundo. Al fin y al cabo, ya no me quedaba nada. No tenía esposa, ni familia, mis padres ya habían fallecido, y mi único hermano hacía tiempo que había emigrado a las Américas, y le había perdido la pista. Me habían robado mis sueños, mis esperanzas. Ya nada tenía sentido. Así que volví. Aquí

me sentía pleno. Podía estudiar la vida tan peculiar de esta isla, sin sentir la eterna competitividad y malicia del ser humano. O eso creí durante algún tiempo. Hasta que me percaté de que los valores humanos habían venido conmigo hasta este recóndito lugar. Y fue entonces cuando un día, casi sin querer... me di cuenta de que los sueños ajenos, al capturarlos y hacerlos míos.... Me hacían sentir grande de nuevo, lleno de vida y confianza en mí mismo. Es lo que tienen los sueños, elevan el espíritu, te hacen sentir que todo es posible. Y vivir de los sueños de los demás se volvió una adicción. Mis sueños habían desaparecido, pero ya no importaba.

—Te bastaba con los de las demás personas — interrumpió Dani.

—Sí. Y no creáis que me sentía mal por ello. Siempre pensaba que aquellos sueños podían ser los de cualquiera de los colegas que se habían burlado de mí. Así que os engañaría si no os dijera que disfrutaba con ello.

—Hasta que el cementerio de los sueños perdidos, ese paraje ceniciento que habéis conocido hoy, fue en aumento. No todo fue culpa mía. Tal como os dije, la gente dejó de soñar. Pasaron muchas cosas. Guerras, hambre... luego se fue asentando una civilización cada vez más cómoda, con menos ganas de luchar por sus sueños. Todo ello nos llevó al punto en el que

estamos. El cementerio ocupaba tal dimensión de la isla que las criaturas ya no podían vivir en un lugar que no les proporcionaba ya su fuente de vida; la ilusión, las esperanzas, los sueños por conseguir.

—Y entonces decidieron mandarnos al mundo real...

Los tres se giraron sorprendidos al escuchar aquella voz que procedía de la puerta de entrada a la biblioteca. Olivia, Gara y Airam permanecían de pie junto a la entrada. Llevaban ya un rato escuchando aquella conversación sin atreverse a interrumpir.

—Sí —afirmó Edward, mirando a su pequeño público con gesto cansado. Parecía haber envejecido durante aquella charla—. Entonces os mandaron a vivir entre humanos, con la esperanza de que algo cambiara mientras crecáis, a la vez de que fuera de los límites de este lugar, estaríais a salvo. Poco después, ellos fueron desapareciendo. Poco a poco, fue alejándose la magia de este lugar. Hasta que regresasteis. Ahora la magia ha vuelto. Y podéis conseguir que esta isla vuelva a ser la que fue. Y con ella, el mundo.

Todos guardaron silencio. Trataban de asimilar toda aquella información.

—No me parece justo —balbuceó Marina, distraída. Edward no comprendió—. No me parece justo que tengamos que condenar nuestras vidas, nuestros

propios sueños e ilusiones, para entregarlas al resto de la humanidad. Yo no quiero pasar aquí el resto de mi vida. Quiero ayudar, de verdad. Y me encanta estar aquí, me encanta lo que hacemos. Pero tengo una familia, amigos, proyectos... toda una vida por delante. Y quiero vivirla.

—Yo también —afirmó Olivia.

Edward parecía sorprendido, como si no esperase algo así.

—No... No... vosotros, nacisteis para dedicaros a esto, es vuestro destino... Sin vosotros el mundo dejará de luchar por sus sueños, sería un auténtico desastre...

—Tranquilo. No vamos a marcharnos. Aún no. — Marina puso una mano en su hombro, que parecía diminuta comparada con aquel ancho cuerpo—. Tiene que haber una solución para esto, ¿verdad? Tiene que haber una forma de que todo vuelva a ser como antes aquí, y de que nosotros podamos volver a casa...

Él sonrió levemente.

—Niña, estás en una isla en la que la arena está hecha de sueños, y las hadas y las sirenas moran libremente. Si hay un lugar en el que todo es posible, es este. Y ahora con vuestro permiso, tengo que despedirme. —Se agachó ante ellos, haciendo una reverencia—. Ha sido un placer.

Ninguno se movió del sitio mientras veían a Edward alejarse por el pasillo, y abrir la puerta de entrada. No llevaba ninguna luz, no le iba a hacer falta en aquella noche de luna en cuarto creciente, que brillaba en todo su esplendor.

—¿Dónde va? —preguntó Airam.

—Ni idea —respondió Gara. Se encogió de hombros y se asomó a la ventana. Desde allí vio la sombra enorme del hombre, alejándose de la casa, en dirección al acantilado.

Antes de que nadie se percatara siquiera, Dani había salido corriendo de la casa tras él.

—¡Edward! —gritó, sin dejar de correr. No tardó en alcanzarle—. No me has dicho la razón por la que yo estoy aquí.

El hombre le dedicó una de sus sonrisas acompañadas de miradas perdidas.

—Ya conoces la historia. Ahora cumple tu sueño. Y el mío.

Y a Dani no le hizo falta nada más para entenderle. Edward dio media vuelta y siguió su camino al acantilado. Dani no se movió durante un buen rato, contemplando desde lo lejos a Edward. Este permanecía de pie, al borde del acantilado, aferrado a su bastón. Nubes negras avanzaban a toda velocidad sobre ellos, como preaviso de la lluvia que vendría después.

Cristian pasó la hoja. La siguiente hoja estaba en blanco. Pasó a la siguiente, pero también estaba en blanco. Y tras esta, la tapa blanda posterior del libro.

—Venga ya. ¿Termina así? ¿O es una bilogía o trilogía? No me avisaste de que hubiera más libros.

—Es que no hay más.

—No lo puedo creer.

—Me temo que sí.

—¿Y qué tiene que decir tu padre al respecto?

—Pues que nunca lo terminó.

—¿Hemos leído una historia que no está terminada?

—Sí.

—Eso no se hace.

—A mí me gusta igualmente. Y puedes inventarte el final que te dé la gana.

—Pero... ¿cuál era el final que había imaginado tu padre? ¿Te lo ha contado al menos?

—No.

—¿No?

—Cuando me lo leía, yo era muy pequeña, y siempre era yo la que, cada vez, me inventaba un final diferente. Nunca le pedí que lo terminara él. Entonces no me parecía tan extraño un final abierto, que ofreciera al lector la posibilidad de terminar la historia según lo que le apeteciera en el momento. Podías crear un final feliz un día, un drama al siguiente, darle más o menos suspense...

—Genial para los creativos. Pero a algunos nos gusta que inventen por nosotros. Para eso están los autores. ¿Y no has vuelto a preguntarle más?

—No. Mis padres se separaron hace unos meses —confesó, y se sorprendió a sí misma diciéndolo en voz alta—. Desde entonces la comunicación con mi padre es muy escasa. Y antes de eso, también. Él siempre está viajando, apenas le veo.

—Vaya, no lo sabía —murmuró Cristian—. Lo siento muchísimo.

—Tranquilo. Son cosas que pasan. —Ella encogió los hombros, tratando de quitar hierro al asunto—. Más de la mitad de las parejas casadas hoy día se divorcian, así que creo que no debería lamentarme.

—Que sea frecuente no significa que cuando le toca a uno vivirlo de

cerca no duela. ¿Esa es la razón por la que, a veces, estás triste?

—Sí, es por eso —murmuró, tragando saliva.

—Supongo que no debe ser fácil.

—No, no lo es.

—Si te sirve de consuelo, los míos están muertos —soltó a bocajarro.

Ella no se sorprendió. No esperaba, conociéndole, que lo confesara de una manera sutil—. Al menos tú puedes seguir viéndoles.

Le dedicó una sonrisa cargada de tristeza, y a ella se le encogió el corazón.

—Lo siento. Muchísimo, Cristian. Evidentemente, mi situación es muy distinta a la tuya. Ni me imagino por lo que habrás pasado.

—Ya lo sabías, ¿verdad?

—Sí.

—Vaya. ¿Y qué más sabes?

—¿Tendría que saber algo más?

Él guardó silencio, y estudió el rostro de ella. Ella se mantuvo en un gesto lo más indescifrable que pudo.

—¿Mañana vendrás? ¿Ahora que no tenemos nada que leer, seguirás viniendo? —preguntó, en lugar de dar una respuesta. Quería valorar si debía responder o no a la pregunta de Sofía.

—¿Tú quieres que venga?

Él asintió, en silencio. Ella asintió también. Y ese gesto bastó para ambos. Volverían a verse. Y Cristian, por ahora, seguiría conservando su secreto.

—Tienes que hablar con él —cortó el silencio, cambiando de tema—. Tiene que contarte cómo termina la historia.

—No es tan fácil. Ha pasado aquí unos días, pero ya está de vuelta a un nuevo rincón del mundo. Esta vez no está tan lejos físicamente hablando; está en un pueblecito de Navarra, documentándose. Pero no tiene cobertura. Así que no puedo comunicarme con él.

—¿Y cuándo volverá?

—No lo sé. Pero dudo que pronto.

—¿Y qué hace allí?

—Pues escribir. Siempre que tiene entre manos una novela y se queda sin ideas se marcha a un lugar lo más aislado posible.

—Espera, espera, ¿tu padre escribe novelas?

Ella afirmó.

—Mi padre es Andrés Ballesteros.

—No —negó él, sin poder creerlo.

—Sí.

—No puedo creerlo. ¿El Gran Andrés Ballesteros, autor de las mejores historias de fantasía épica que se han escrito en español?

—El mismo.

—¿Y cómo no me lo has dicho antes?

—Pensaba que no sabías quién era. Que poco observador eres, pero si hasta pone su nombre en el lomo del libro que estamos leyendo.

Cristian aún tenía el libro entre sus manos, así que lo giró para poder ver el lomo. Efectivamente, allí estaba el nombre y el título de aquella obra.

—No me había fijado. No pensé que tu padre hubiera escrito nada más, creí que había escrito solo esta historia. Con todas esas grandes historias que ha escrito, no podría haber imaginado que tú solo releyeras de él una historia inconclusa.

—A mí es la que más me gusta. —Se abrazó a sí misma, como protegiéndose.

—Madre mía, Andrés Ballesteros. Increíble —seguía repitiendo, alucinado.

Ella guardó silencio, incómoda. Él tardó unos segundos en percatarse, eufórico como estaba por aquella noticia.

—Estás cansada de que la gente te repita lo mismo, ¿es eso?

—Algo así —farfulló ella.

Él estudió su gesto, tratando de interpretar sus pensamientos.

—Lo siento. Tiene que ser un latazo.

Ella se encogió de hombros.

—No pasa nada. Estoy acostumbrada.

Él calló entonces, avergonzado, sin saber cómo cambiar de tema. La vio encogerse, abrazada a sus rodillas, como si quisiera hacerse pequeña, frente a aquel mundo que en ocasiones se hacía demasiado grande.

—Cuando mis padres se separaron nos mudamos de la casa en la que vivíamos —comenzó a explicarle Sofia—, y en la mudanza perdí mi libro favorito en el mundo; la Historia Interminable. Amaba aquella historia, con aquel mundo de Fantasía, sus seres fantásticos y Bastian, su héroe tan... humano. Pero no solo adoraba el interior de aquel libro, sino también el libro

en sí. Su portada, con el símbolo del Aurn con las serpientes entrecruzadas, y aquellas páginas en color rojo y verde. Una auténtica joya de la literatura juvenil y fantástica. Y lo perdí. Pasé los primeros días tras el divorcio tratando de localizar mi libro, y luego intentando comprarme uno. Pero no quería una versión nueva. Quería aquella versión original y desgastada. Pero no logré encontrarla. Hasta que un día, dejé de buscarla.

—Te rendiste.

Ella negó con la cabeza.

—Me conformé. Miré hacia delante. Me compré una versión más actualizada.

Esta vez él asintió en silencio. A veces no quedaba otra opción que mirar hacia delante y aceptar lo que nos sobreviniera. Sin embargo, no aceptaba que conformarse fuese una opción.

—La Historia Interminable también es una de mis historias favoritas. Pero las nuevas ediciones son terribles. Te ayudaré a encontrar la versión original.

—No será fácil —sonrió ella.

—Bien. Me gustan los retos —dijo, devolviéndole la sonrisa.

25 años antes, en ese mismo lugar.

Cuatro jóvenes permanecían sentados a la sombra de aquel viejo laurel, refugiados del calor de una tarde de verano.

—Chicos, ha llegado la hora de despedirse —dijo solemnemente la chica rubia, tras levantarse. Los demás hicieron lo mismo. Había llegado el momento. Ella alzó una mano hacia el centro del grupo, con la palma hacia abajo—. Prometamos que esta historia permanecerá siempre con nosotros, hasta el fin de los tiempos.

Los demás, un chico y dos chicas, alzaron también sus manos, colocándolas unas sobre otras.

—Lo prometemos.

La tarde caía, se hacía tarde.

11

Mayo. Un par de semanas después.

Llevaban dos semanas viéndose regularmente, siempre que Sofía podía. Comenzaban los exámenes, y ya no podía ir todos los días ni pasar toda la tarde en el jardín. Pero seguían viéndose. Al principio no había sido fácil. Era una situación incómoda, la de reconocer que seguían viéndose porque sí, sin un pretexto. Pero según fueron relajándose, la relación fue fluyendo sola. Realmente tenían mucho de que hablar; series, películas, libros, música. Eso sí, muy poco sobre la vida real. Seguían evitando hablar de sí mismos. A pesar de que parte de sus secretos ya habían sido desvelados, parecía que temieran que, si ahondaban en sus vidas, la magia desaparecería. En aquel recóndito rincón parecía que el mundo real se detuviera, de manera similar a como sucedía en *El Guardián de los Sueños Perdidos*.

Aquel día, Sofía se había pasado por allí después de clase, solo para desconectar durante una escasa media hora antes de encerrarse en casa a estudiar.

—Bueno. Tengo que irme ya.

—Está bien —suspiró él—. Vete a hacer tus aburridos deberes y tus monótonas clases de ballet.

Ella no pudo evitar una sonrisa al ver su rostro apesadumbrado.

—¿No quieres que me vaya? —le preguntó con una sonrisa socarrona.

Él la miró en silencio, con una mezcla de asombro e incredulidad, como si la viera por primera vez.

—No, la verdad es que no —musitó, sin retirar la mirada de los ojos de ella.

—Yo tampoco quiero irme —susurró ella, y al decirlo en voz alta no pudo evitar bajar la mirada y sentir su rostro ruborizarse—. Pero tengo que irme.

—Ya, las obligaciones. Los «tengo que» y los «debo». Esos que ponen límite a las posibilidades que ofrece la vida, o simplemente a un día con un cielo tan azul como el de hoy. Se perdieron muchos arcoíris por un «tengo que».

Sofía volvió a mirarle, alzando las cejas ante aquel discurso.

—¿Me estás diciendo que no cumpla con mis obligaciones? Si te oyera mi madre, ya no le caerías tan bien... —susurró ella, parpadeando varias veces, como si no pudiera creer lo que estaba oyendo.

—¿Caigo bien a tu madre?

—No te desvíes del tema.

—No digo que todos los días abandones tus obligaciones. Solo digo que de vez en cuando viene bien un respiro, detener el tiempo en un instante, y fijarte en las pequeñas cosas que ofrece la vida.

—Cuando siento colarse una tímida luz blanca por mi ventana, irrumpiendo la oscuridad de la noche... —comenzó Sofía, hablando casi en un murmullo, con la mirada perdida en la luz frágil, nostálgica, de los últimos rayos de sol que se filtraban entre las ramas del árbol—. Me asomo, y observo la luna llena. Y no existe nada más en ese instante. Cuando llueve, y el ventanal de la clase de baile se llena de gotas que caen parsimoniosas, inventando senderos imaginarios a su paso. Sigo bailando, pero solo para la lluvia. Sintiéndome una más de esas gotas en su trayecto de vuelta a la tierra. Y cuando estoy triste o aturdida, siempre busco un hueco para pasear por la playa. La tristeza se atenúa, se pierde entre la arena y las olas del mar. Y últimamente, cuando estoy aquí contigo, a veces me pierdo en tus ojos azules. Me olvido de donde estoy, incluso de este hermoso jardín, la razón por la que empecé a venir aquí.

Sofía tragó saliva, al percatarse de lo que acababa de confesar. Se había dejado llevar, y había pronunciado en voz alta palabras que hasta ese momento estaban solo en sus pensamientos. Mantuvo la vista al frente, y se aferró las piernas al pecho, en un claro pero desinteresado acto de protección.

Él no fue capaz de decir nada. No sabía como responder a lo que ella acababa de decirle. Seamos más precisos: sí sabía como responderle, o como le hubiera gustado hacerlo. Pero él también era presa de los «debo» y los «tengo que». No debía responderle. No podía hacerle daño. Tenía que mantener la distancia.

—Será mejor que... sí, si debes irte; vete Sofía, no quiero que tu madre te prohíba volver, así que será mejor que, si tienes que irte... —respondió finalmente.

Ella percibió su nerviosismo.

—¿No tienes nada que decir? —murmuró Sofía, avergonzada pero con necesidad de una respuesta por su parte. Le miró fijamente, retándole. Él

siguió callado, valorando qué debía responder.

—Muchas cosas Sofía, te diría muchas cosas, y haría otras tantas. —Se envalentonó finalmente a responder—. Yo detendría el tiempo besándote. Ese sería sin duda mi instante de máxima felicidad.

Aguardó un instante, antes de seguir hablando. La miro a los ojos, mostrándole toda la sinceridad que había en sus palabras. Y finalmente, concluyó lo que tenía que decirle:

—Pero no debo. No debo decirte lo que te estoy diciendo, no debo provocarte ninguna expectativa. No debo.

—No debes. Y eres tú quien se queja de poner límite a las posibilidades que ofrece la vida —farfulló ella. Por un lado, su corazón brincaba en su pecho, ahora que él le había declarado lo que ella se moría por escuchar. Pero por otro, sabía que aquellos «no debo» de Cristian eran una carga demasiado pesada, que siempre estarían allí, ensombreciendo aquel intento frustrado de relación.

—Lo sé. Lo siento. Deberías irte, Sofía. Mañana nos veremos de nuevo.

Ella quería responderle. No entendía como él esperaba que al día siguiente se vieran como si tal cosa, con lo que acababan de confesarse. Pero ella sabía más de lo que él creía. Por eso no vio en aquel momento la manera de seguir hablando sobre aquel tema sin confesarle que conocía su secreto, ése que ponía freno a lo que Cristian pudiera sentir por ella. Ese por el que, en aquel instante, no salió corriendo tras ella mientras veía como se alejaba de él, con la desazón en el pecho de no saber si volvería a verla al día siguiente.

Algunos días después.

—Abuela, ¿qué haces?

—Arar un poco la tierra, hijo. Quiero volver a plantar flores, aquí la tierra lleva demasiado tiempo sin moverse. Así será imposible que crezca nada.

—Espera, deja que te ayude.

Cristian salió de su habitación y se dirigió al jardín, donde su abuela, azada en mano, removía la tierra con esfuerzo.

—Pero Cristian, no ves que...

—Shhh abuela. Está bien. —Arrebató a su abuela la azada de las manos, y comenzó a levantar la tierra. Ella no volvió a decir nada, y le observó en

silencio. Miró orgullosa como su nieto se las apañaba para hacer aquella tarea mucho mejor de lo que ella pudiera haberlo hecho. En un instante había removido varios metros de tierra. Pasó un buen rato en silencio, centrado tan solo en remover la tierra. Teresa se percató de que comenzaba a mostrar síntomas de cansancio; jadeaba, sudaba, y cada vez le costaba más levantar la azada.

—Deberías parar ya, cariño. Mañana seguiremos —comentó su abuela.

Pero él parecía no escucharla. Seguía alzando la azada, dejándola caer con todas sus fuerzas, enterrándola en la tierra y arrastrando hacia él un buen montón.

—Cristian —le llamó su abuela—. Cristian, para.

No podía escucharla. Estaba muy lejos de allí, en medio de una gran tormenta, y con cada golpe de azada sentía que rompía un poco más su alma. Pero no podía detenerse. Había en él demasiado dolor, demasiada rabia.

—¡Cristian! —exclamó su abuela, y paró como pudo el movimiento de la azada, sosteniéndola con fuerza hacia el suelo, pues era consciente de que no podría desprenderla a la fuerza de las manos de su nieto.

Al sacarle de su hipnotismo, él comenzó a llorar, a lágrima viva. Jamás lloraba. O al menos, no había vuelto a hacerlo desde que se le agotaron las lágrimas de tanto hacerlo, hacía ya un año. Su abuela le abrazó en silencio. Se sintió como un niño pequeño, y necesitó a su madre, la necesitó con todas sus fuerzas.

—La echo de menos abuela, la echo muchísimo de menos.

Su abuela sonrió levemente.

—¿A quién cielo, a tu madre o a Sofía?

Él se quedó sorprendido por la pregunta de su abuela. No le había dado a entender en ningún momento que le interesase Sofía. Al menos, no se había dado cuenta de que hubiera sido así.

—Me refería a mi madre. Y a Sofía, supongo. A las dos.

Su abuela sacó un pañuelo de papel de su bolsillo y se lo ofreció. Le acarició los cabellos, como siempre solía hacerle en las noches en las que él había llorado hasta quedarse dormido.

—Cariño, no te rindas antes de haber luchado siquiera. Sé sincero con ella, no pierdes nada. Tengo la sensación, por lo poco que he visto de ella, de que no se marchará si te muestras tal como eres. Y si no, siempre te quedan dos opciones; aceptar solo su amistad o dejarla marchar. Tendrás que aceptar,

ante todo, su decisión. Tienes que ponerte en su lugar, cielo. No es fácil.

—Me pongo, abuela. Precisamente por eso, le dije que se marchara.

—Deja que sea ella la que tome la decisión, Cristian. No la tomes tú por ella.

Sofía llevaba cinco días sin pasarse por el jardín. No estaba siendo nada fácil no ver a Cristian. Trataba cada día de estar ocupada, para no pensar en él. Pero la realidad era que no sabía como volver y dar la cara después de haber confesado sus sentimientos. Y él los suyos. Y de percatarse de el gran muro que se alzaba ante los dos. Demasiadas inseguridades, demasiados miedos.

Pasaba todos los días frente a la casa, e imaginaba que entraba en el jardín y que le decía a Cristian que se tragara sus «no debo», y como todo buen final, todo acababa en un mágico beso con la pálida luz del atardecer de fondo. Pero sus dudas pesaban más que todo eso. No se trataba solo del secreto de Cristian, no se trataba solo de asimilar la crudeza de la situación de él. Se trataba también de su propia incapacidad de involucrarse sentimentalmente con alguien. No se veía preparada para eso. A pesar de que la psicóloga a la que acudía semanalmente por empeño de sus padres le dijera lo contrario.

«Tienes que vivir, Sofía. Estás en edad de conocer a algún chico, enamorarte, sentir el primer amor... vivir el presente. Tu presente.»

No, no estaba preparada para eso. Se sentía frágil, traicionada y decepcionada. Así no podía comenzar nada con nadie. Y se temía que no podría seguir mucho tiempo siendo solo amiga de Cristian. Estaba enamorada de él. Colada hasta los huesos.

Estaba tratando de autoconvencerse de que aquello era lo mejor para ambos, cuando sucedió algo que, en absoluto esperaba. Estaba terminando de cobrar a un cliente de la librería aquella mañana de sábado, cuando vio de reojo a su madre, esperando impaciente con un paquete entre las manos. Terminó con el cliente y la miró expectante.

—¿A qué viene esa cara tan rara? —comentó, al tiempo que ordenaba las revistas sobre el mostrador, en un acto reflejo.

Su madre depositó el paquete sobre el mostrador, y se dio la vuelta. Mientras se alejaba, murmuró:

—El mensajero está esperando fuera.

Sofía la observó alejarse, desconcertada. Miró el paquete frente a ella, envuelto con esmero en papel satinado blanco, con un lazo color plata rodeándolo. Lo alzó y lo estudió con calma. Era rectangular, podía ser un libro. Aunque también podía ser cualquier otra cosa, en una caja rectangular.

—¿Quieres abrirlo ya? —Oyó decir a su madre desde la otra punta de la librería.

—Vale, vale, ya voy —contestó con exasperación. Tiró del lazo y abrió el paquete.

Al retirar el papel, quedó claramente expuesto su interior. Efectivamente, era un libro. Pero no uno cualquiera. Sofía reconoció rápidamente el tomo de un rojo pálido, y el símbolo de serpientes enlazadas en la portada; el Auryn. La Historia Interminable, en su edición de 1984. La misma que ella había perdido en la mudanza. En un principio, creyó que era su libro, que su madre había encontrado. Pero pronto se percató de que aquel se conservaba en mejor estado. Abrió por la primera página, y se topó con una dedicatoria, escrita en una letra que le era desconocida.

«Para el hada del jardín de las sonrisas eternas. Cristian.»

—¿Has dicho que el mensajero sigue fuera? —preguntó a su madre, con una amplia sonrisa en los labios.

—Exacto.

—Ven un momento al almacén, por favor. Necesito hablar contigo primero.

Diez minutos después, Sofía salió del almacén, más segura y con mayor certeza aún de lo que vendría a continuación. Según caminaba hacia el exterior de la librería, hubiera jurado que una banda sonora acompañaba sus pasos. Sonaba a canción optimista, llena de esperanza.

Al salir a la calle, miró hacia ambos lados, y en principio no le vio. Luego, se fijó en alguien que le miraba desde la terraza de la cafetería que había justo enfrente, a solo unos metros. Él le dedicó una melancólica sonrisa, y ella avanzó sin dejar de mirarle. Al volver a verle, todos los miedos se habían disipado en un instante. A pesar de ello, su corazón tamborileaba con fuerza. Llegó a su altura y se detuvo frente a él. Buscó la silla más cercana y se sentó. Quería hablar con él cara a cara, a su misma altura.

Él torció su sonrisa y alzó las manos.

—Aquí me tienes. Secreto desvelado.

Ella le observó en silencio. Allí estaba él, aquel rostro tan bonito, aquel cuerpo joven y esbelto enquistado en una silla de ruedas.

—Vamos, di algo, me va a estallar el corazón.

—Ya lo sabía.

—¿Ya lo sabías?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Hace ya algunas semanas. El mismo día en que terminamos de leer «El Guardián de los Sueños Perdidos». Iba a una revisión al médico, cuando te vi saliendo, montándote en una ambulancia. Supuse que ibas a rehabilitación.

—¿Y cómo no me has dicho nada? Me ha costado la vida ser capaz de dar este paso.

—Porque eras tú quien debía decírmelo. Y porque conociéndote, estaba segura de que me culparías de seguir viéndote por lástima, o cualquier pensamiento retorcido de los tuyos.

—Eso es cierto. Lo habría pensado. ¿Y no lo hiciste por lástima? —sonrió, aunque su sonrisa era triste.

—No. Lo hice porque me encanta estar contigo. Lo hice porque me gustas.

Ambos guardaron silencio, mientras sus miradas permanecían clavadas la una en la del otro.

—Sabes que esto no es algo esporádico. Es posible que no pueda volver a caminar jamás.

—Lo sé. Y mentiría si no te dijera que en parte me asusta. Aunque tu abuela me dio muchas esperanzas. Ella está convencida de que si pones más empeño y menos mala leche en tu recuperación, podrás volver a caminar.

—En parte tiene razón. La lesión es parcial, y mi fisio insiste en que ha visto muchas lesiones como la mía recuperarse. Pero siempre cabe la posibilidad de que me quede así, o de que dependa de muletas para el resto de mi vida. Sofia, siento no habértelo dicho desde el principio. He sido muy egoísta. Verás, en mi día a día, nadie me trata como a una persona normal. La lástima acompaña todas y cada una de las escasas relaciones de mi vida diaria. Mi abuela, mi profesor, mi fisioterapeuta. Todos ven la silla de ruedas, no me ven a mí. Por primera vez desde el accidente sentí que podía mantener

una relación normal con alguien que me tratara como a una persona corriente. Lo curioso es que supiste la verdad, y aún así seguiste tratándome de la misma forma —sonrió al recordarlo—. Solo quería protegerte. A ti, de la verdad, y a mí, del dolor de que huyeras cuando supieses la verdad.

—Pues sigo aquí.

—Y no sabes cuánto significa para mí. Seré feliz si, sencillamente, seguimos viéndonos como hasta ahora. No necesito más, Sofía.

—Cristian... —susurró, buscando la manera de continuar la frase.

—Aunque te agradecería que no susurraras mi nombre así. También que procures no mirarme más de veinte segundos a los ojos mientras guardas silencio.

Sofía comenzó a acercarse lentamente a él, en silencio.

—Ni que aproximes tu rostro tanto al mío —murmuró él, a solo unos centímetros del rostro de ella—. Tan próximo que solo tendría que inclinarme un poco para rozar tus labios...

—Shhhh... Deja de dar órdenes... —le silenció ella. Sus labios se aproximaron a los de él, que solo necesitó, tal como había predicho, inclinarse ligeramente para poder besarla.

Poco antes, en el almacén de la librería...

—¿Por qué no me dijiste que Cristian está en silla de ruedas? —inquirió a su madre.

—Porque consideré que debía contártelo él. ¿Cuál es el problema?

—Que me gusta. Y está en silla de ruedas. Sí lo sé, soy una egoísta y suena fatal que lo diga pero... madre mía, está en silla de ruedas, mamá.

—Lo sé, cariño, lo sé. ¿Qué es lo que te preocupa?

—Pues... ¿Cómo iremos a la playa? ¿Nunca podrá conducir? Y... tener hijos?

A su madre se le escapó una carcajada.

—Me preocupa más que te plantees tener hijos con un chico al que conoces hace solo un mes que el que ese chico esté en silla de ruedas. Sofía, está mal que yo te lo diga, pero solo tienes 15 años. Vive el presente. Rara vez el chico del que nos enamoramos con tu edad es el mismo con el que luego te casas y tienes hijos. Así que deja de pensar en eso. Y si Cristian llega a ser el hombre con quien llegues a todo, es que arriesgarte habrá merecido la pena.

Pero si esas dudas no te van a dejar dormir... Cristian puede ir a la playa, puede conducir, hay coches automáticos para eso, y sí cariño, su lesión afortunadamente es muy leve, podrá tener hijos. Y relaciones sexuales, por sí también lo dudas.

—¡Mamá!

—Solo he respondido a la pregunta que tenías en mente. Hace poco que sois amigos. Si tan rápido te ha llamado la atención , ¿es que tiene algo diferente al resto de chicos que conoces, no? Pues dale una oportunidad a su persona.

Sofía estudiaba el rostro de su madre mientras hablaba, perpleja. Su madre incitándole a mantener una relación con un chico. Sin duda, el pánico a que el divorcio pudiera afectarle más de la cuenta estaba detrás de tanto entusiasmo.

12

Al día siguiente.

Cristian despertó temprano. Antes de que su mente le recordara el suceso del día anterior, su cuerpo ya le dio indicios de que algo había cambiado. Se sentía descansado, eufórico y con una gran sensación de paz al mismo tiempo. Tardó solo unos segundos en recordar el día anterior, y en entender porque su cerebro estaba expulsando endorfina a diestro y siniestro logrando aquella sensación de plenitud matutina. Si hubiera podido, se hubiera puesto a saltar sobre su cama para celebrar tanta felicidad. Pero en aquel momento no le importó no poder hacerlo.

Pasó de la cama a su silla de ruedas y salió de su habitación con una amplia sonrisa en los labios. Encontró a su abuela en la cocina, colocando calderos mientras la cafetera al fuego comenzaba a llenar el ambiente con olor a café.

—Buenos días, abuela —saludó, y fue directo hacia ella. Antes de que la mujer tuviera tiempo de soltar la olla que tenía en las manos, su nieto la sorprendió dándole un abrazo, aferrándose a su delicada cintura.

—Buenos días —sonrió ampliamente, y dejó la olla a un lado para poder responder al abrazo—. Vaya, vaya, pero que buen humor tenemos desde tan temprano.

—Gracias, abuela. Por estar siempre ahí. Por aguantarme.

—¿Aguantarte? No digas eso. Yo soy muy feliz de tenerte aquí conmigo. —Tragó saliva y cerró los ojos. Ninguno de los dos aflojaba el abrazo.

—Abuela, ¿te parece si termino hoy con el jardín? Me gustaría que lo dejáramos bonito, para sorprender a Sofía, sabes que ella está enamorada de tu jardín.

—No solo de mi jardín, me temo... —murmuró, sin poder evitar una sonrisa.

El sonrió avergonzado ante las palabras de su abuela. Me parece una idea estupenda.

—Tu madre... —Hizo una pequeña pausa para contener las lágrimas—. Ella estaría muy orgullosa de que fueras tú quien diera de nuevo vida a su lugar favorito en el mundo.

—Sí. Se pondría muy triste si viera como está ahora. —Él también luchaba por reprimir las lágrimas. A pesar de lo feliz que se sentía aquel día, cualquier recuerdo de ella inevitablemente le ahogaba en la pena.

—Bueno cariño, pero vamos a arreglarlo, y vamos a dejarlo precioso, y a ella, esté donde esté, le encantará. Ya va siendo hora de retirar las malas hierbas y comenzar de nuevo, ¿no crees?

—Sí abuela. Creo que al fin volverá la primavera a nuestra vida — Sonrió, y ambos se dispusieron a preparar la mesa para desayunar.

Tras el desayuno, se pusieron manos a la obra. Cristian volvió a coger la azada, continuó arando la tierra por donde lo había dejado el día anterior. Apenas había removido un par de metros de tierra, cuando la azada chocó con algo. Al principio creyó que se trataba de una piedra. Pero pronto se dio cuenta de que se trataba de otra cosa. Era demasiado ligero y grande para ser una piedra. Arrastró aquel objeto hasta la superficie y lo observó extrañado.

Lo aproximó más a él, arrastrándolo con la azada, hasta que lo tuvo suficientemente cerca como para agacharse y recogerlo. Era una caja; una caja de madera oscura, carcomida y desgastada. La sostuvo en su regazo, sin atreverse a abrirla.

Puso las manos sobre la superficie, y la acarició ligeramente antes de aproximar los dedos al borde y hacer presión para abrirla. Lentamente la tapa cedió ante sus dedos y se alzó. Cristian miró el interior, perplejo. Dentro había varios objetos; una pequeña libreta de hojas amarillentas, una hoja enrollada a modo de pergamino, y un colgante. Sus ojos se detuvieron con mayor detenimiento en el colgante. Tardó unos instantes en recordar de que le sonaba aquel colgante; una estrella plateada. Una estrella con un nombre grabado en ella; Carmen. El nombre de su madre. Dejó la estrella en su regazo, y abrió la libreta por la primera página.

«La mañana en la que finalmente nos despedimos de la isla, todos nos levantamos muy temprano. Era como si supiéramos que aquel día iba a ser importante. El día en que volveríamos a casa, con todo lo bueno y lo malo que dejaríamos atrás...»

No podía ser.

Aquello no tenía ningún sentido.

Comenzó a salir del jardín, con la caja aún en su regazo. La llevó a su habitación y luego fue a la cocina.

—Abuela, ¿tienes el teléfono de la librería? —preguntó a su abuela.

—Sí, claro. ¿Quieres hablar con Sofía?

—Sí. Y no tengo su móvil.

—¿Cómo es posible eso en este mundo que no sabe vivir sin el móvil pegado a la oreja.

—Abuela, sabes que desde... el accidente... no uso el móvil. Ni internet. Así que no vi necesario pedírselo. Ella viene, y nos vemos. Es más espontáneo.

—Ya. Cris, por el amor de dios, esa era la forma de llevar un romance en mi época. En la tuya, las chicas esperan que sus enamorados, les manden mensajes de texto a altas horas de la noche. Y mensajes de voz recordándole lo bonita que es. Y fotos bonitas, de momentos en los que te estás acordando de ella.

—Vale abuela, para. Me estás haciendo sentir el anciano en esta conversación. Lo sé, tengo que actualizarme. Antes... —Tragó saliva. Los recuerdos volvían, y dolían.

—Lo sé, cariño. —Ella puso su mano en el hombro de él, apoyándolo—. Tranquilo, sin prisas. Lo estás haciendo muy bien.

Teresa dio el teléfono a su nieto, y se ausentó para que él pudiera hablar a solas.

No tardaron en responder al teléfono. Cristian reconoció inmediatamente la voz de Sofía .

—Librería Sueños en Tinta, ¿en qué puedo ayudarle? —Escuchó al otro lado de la línea, y una sonrisa apareció en su rostro al oír aquella voz que le llenaba el alma de felicidad.

—Necesito que me ayude a averiguar a qué libro pertenece esta frase: «Me gustaría saber qué pasa realmente en un libro cuando está cerrado. Naturalmente, dentro hay solo letras impresas sobre el papel, pero sin embargo... Algo debe de pasar, porque cuando lo abro aparece de pronto una historia entera.»

—Demasiado fácil. La Historia Interminable. —Rió ella al otro lado. La había reconocido enseguida.

—Ya, era muy fácil. Pero es que me viene al pelo. Una historia en la que el contenido de un libro acaba por mezclarse con la realidad. O algo así. Aún no lo sé.

—Mmmm... no entiendo nada.

—A ver, ¿qué me ofreces a cambio?

—¿A cambio de qué, Cristian?

—A cambio de revelarte un gran secreto, algo que te dejará completamente boquiabierta. Aún no sé siquiera cuan grande puede ser lo que he descubierto —hablaba apresurado, eufórico.

—¿Un gran secreto? Seguro que es una tontería —le pinchó ella.

—No, te aseguro que no. Tendrás que estar sentada cuando te lo cuente.

—Iré en cuanto cerremos. A ver que narices es ese secreto.

—Aún no me has dicho qué me darás a cambio —insistió.

—Ya veremos. Depende de lo sorprendente de ese secreto —sonrió ella.

Según cerraron la librería, Sofía pidió a su madre que la dejara en casa de Cristian. Aprovechando que Teresa andaba liada preparando el almuerzo, Cristian hizo subir a Sofía a su habitación. Desde el banco del jardín esta se coló en su cuarto.

—¿No se tratará de una encerrona para atraerme a tu cuarto, no? —comentó ella bromeando, mientras ponía los pies, por vez primera en el cuarto de él. Miró a su alrededor, y se sorprendió de lo neutral de aquella estancia. Casi parecía una habitación de hospital. Ni cuadros ni pósters. Ninguna foto. Solo una cama, solitaria en una esquina, un armario de madera oscura y un escritorio haciendo juego. Con una silla, en la que Cristian se había sentado durante el último mes mientras leían. Algunos libros sobre una mesilla de noche; bueno, eso era algo. Un indicio de vida en aquella aséptica habitación.

—No era esa mi primera intención.

—Pero sí la segunda.

—Tal vez.

Ella negó con la cabeza, sonriendo.

—Bueno, ¿y cuál es ese misterio tan trascendental por el que me has hecho venir?

—Será mejor que te sientes —le pidió, señalando hacia la cama. Ella obedeció y esperó, inquieta, mientras él se aproximaba al armario. Lo abrió y sacó una caja, que puso en su regazo. Cerró las puertas del armario y volvió junto a ella.

—¿Preparada?

—No lo sé. Me estás poniendo nerviosa.

Él cogió la caja con ambas manos, y se la ofreció. Guardó silencio,

mientras ella la abría despacio tras compartir con él una mirada de incertidumbre. Estudió con calma los objetos que había en su interior. Al ver el collar, apenas tardó unos segundos en relacionarlo con el de la historia.

—Oh, mierda —exclamó, boquiabierta. Él mostró una sonrisa orgullosa al ver su reacción. Ella negó con la cabeza—. No puede ser, será una casualidad. Es posible que hicieran colgantes como este en la época y mi padre lo utilizara en su historia.

—Ábrelo. Gíralo y ábrelo —ordenó él, al tiempo que se acercaba a la ventana y corría las cortinas, dejándoles en completa penumbra. Ella revivió aquella situación que había vivido al leer la historia de Dani y Marina, cuando se encerraban en la habitación de él y descubrían el contenido de un collar muy similar a aquel. Sonrió ligeramente al recordarlo. Era una sensación muy extraña, la de vivir en primera persona la escena de un libro.

Ella hizo lo que él le decía, y el collar giró y cedió bajo sus dedos con un ligero clic. Al desprenderse la parte superior, ella observó sin dar crédito el holograma que se reflejaba unos centímetros por encima del colgante. La isla.

—Oh, mierda —farfulló de nuevo.

—¿Sigues pensando que es una casualidad?

—Oh, mierda.

—Sofía.

—Qué —respondió, completamente hipnotizada por la isla flotante.

—¿Vas a decir algo más a parte de «oh, mierda»?

—Sí. Perdona. Es que no puedo creerlo. —Parpadeó varias veces, tratando de despertar del hechizo—. ¿Vas a contarme de dónde lo has sacado?

—Del jardín.

—¿De qué jardín?

—Del jardín de las sonrisas eternas —respondió, recordando el día en que pactaron que en aquel lugar no habría lugar para la tristeza.

—¿Cómo? ¿De ahí? —preguntó ella, señalando hacia la ventana.

—Exacto.

Ella volvió a centrarse en la isla, en su misteriosa aparición y desaparición constante. Tardó unos instantes en volver de nuevo al presente, y cerró el collar de golpe para ser capaz de centrarse. Quedaron entonces en completa oscuridad. Al situarse de nuevo, y percatarse de la situación, su corazón comenzó a vibrar con frenesí. Estaba en la habitación de Cristian, con él, y en completa oscuridad. Una sonrisa descarada apareció en su rostro, solo

que él no pudo verla.

—Bueno, tenías razón, es un gran e importantísimo secreto. ¿Qué quieres a cambio? —preguntó. Estaba coqueteando descaradamente. Sintió como él se aproximaba, hasta colocarse junto a ella.

—Pues la idea era que ... —susurró, mientras se acercaba a ella en la oscuridad. Ella sintió su cálido aliento próximo a su boca.

—Eso está hecho.

—Pero si tienes una idea mejor, acepto propuestas —susurró, tan cerca de sus labios que le hizo estremecerse. Sintió su mano buscando la suya, y al alcanzarla tiró de ella, para acercarla a él. Sus labios se encontraron inmediatamente, a pesar de la oscuridad. Se besaron, sedientos, aprovechando la intimidad que les concedía la penumbra.

Fue Cristian quien dio el último beso. Le costó desprenderse del calor del abrazo de Sofía, y del sabor de sus labios dulces, pero estaba demasiado entusiasmado por todo lo que aún tenía que contarle.

—Eso no es todo, aún te queda por saber lo mejor —murmuró finalmente, sin separarse en exceso de ella.

—¿Más? —preguntó abriendo los ojos al instante.

—Más. Mucho más —afirmó. Giró la silla hacia su escritorio y tomó la caja que había sobre él. Se la puso en el regazo de nuevo y tiró de la cortina para que la luz volviese a la habitación. Volvió junto a Sofía, que le esperaba impaciente—. Mira esto, creo que es el final de la historia de tu padre. No he querido leerla sin ti, pero he leído las primeras líneas, nada más.

Ella cogió la libreta que él le ofrecía, y la abrió por la primera hoja sin decir nada. Leyó en silencio unos instantes.

—Eso parece Cris... parece la continuación de la historia. Solo que... —parecía estudiar algo con atención en aquella hoja escrita.

—¿Qué sucede?

—Pues que esta no es la letra de mi padre.

—Lo sé.

—¿Y cómo lo sabes?

—Pues porque es la letra de mi madre.

—Venga ya.

—Sí.

—Y el nombre del colgante...

—Es el nombre de mi madre.

—Ahora sí que me dejas sin palabras.

—Dime que tienes una explicación lógica para todo esto.

—En parte. Pero termina de ver el contenido de la caja y luego comenzamos con las explicaciones.

Sofía obedeció en silencio, alcanzando el pergamino que aún permanecía dentro de la caja. Lo sacó con cuidado, como si fuera a desaparecer entre sus dedos. Antes de abrirlo, echó una mirada de reojo a Cristian.

—Vamos, ábrelo —indicó impaciente.

Sofía extendió la hoja amarillenta y observó con detenimiento su contenido. Al principio no entendía de qué se trataba. Tardó unos segundos en percatarse de lo que estaba viendo.

—Es una mapa —afirmó en voz alta.

—Exacto.

—Un mapa de la isla.

—Sí, al menos eso parece.

Aquella imagen había cobrado al fin sentido en su mente. Aquellas zonas de tierra que aparecían eran las Islas Canarias. Pero aparecía una pequeña isla, justo por encima de Gran Canaria, que no existía en los mapas habituales. Sobre ella, un asterisco violeta y un nombre; San Borondón. Bajo la isla aparecían unas coordenadas escritas a mano con tinta negra.

Sofía bajó el mapa y miró a Cristian.

—¿Esto es una broma? Cris, ¿has hecho todo esto solo para divertirte?

—¿Me crees tan retorcido?

—No. Eso espero. A ver, cuéntame todo desde el principio que empiezo a estar histérica.

—Espera. Falta lo mejor. —La detuvo, al tiempo que sacaba el último de los tesoros de aquella caja. Entregó la foto a Sofía, que la estudió en silencio. En ella aparecían cinco chicos en una playa, que debían tener aproximadamente su misma edad. Tras la playa, al fondo, se distinguían claramente dos montañas idénticas, separadas por un valle. La isla, tal y como su padre la describía en su libro. La foto era en color, pero las tonalidades y la calidad hacían ver que debía tener bastantes años.

—Mis padres. Son ellos —comentó ella finalmente, al reconocer dos de los rostros de aquella antigua fotografía.

—Sí. Y mi madre —le señaló la chica rubia que mostraba una amplia sonrisa.

—Y esta de aquí... juraría que es Yaiza... —dijo acercándose la foto al rostro.

—¿Quién es Yaiza?

—La hermanastra de mi madre.

—Entonces ya solo nos queda este chico sin identidad —señaló al otro chico del grupo, un joven de pelo oscuro y revuelto y una ligera sonrisa enmarcada por dos hoyuelos en las mejillas—. Dale la vuelta a la foto.

—San Borondón, 1991 —leyó en voz alta las letras escritas a mano.

Ella le miró asombrada, con los ojos muy abiertos.

—A ver. Organicemos la información que tenemos: una historia, que escribió mi padre, sin final, y que en principio no es sino una historia de ficción. Entonces aparece esta caja en tu jardín, con un colgante idéntico al de la historia, pero con un nombre distinto. El de tu madre. —Sofía iba marcando con los dedos cada pista, tratando de hacerse un mapa mental de toda la información—. Tenemos también el final de la historia, escrito por ella, y un mapa de la isla. Ahora sabemos que ellos estaban relacionados. Y esta foto termina de dejarlo claro; están en la isla. ¿Hipótesis posibles?

Volvió a centrar su mirada, que llevaba un buen rato ausente, para centrarse en la de él.

—Yo creo que crearon todo esto por diversión. Tu padre creó esa historia, que no terminó por la razón que fuese, e imaginaron todo ese mundo. Con sus colgantes, sus mapas... Merchandising, como el de hoy día, con nuestros libros o películas favoritos.

Ella afirmó en silencio, aunque no parecía muy convencida.

—¿Tienes otra hipótesis?

Ella volvió a mirarle en silencio. Dudaba.

—Tal vez la historia... esté basada en hechos reales. Es posible que mi padre les cambiara los nombres, para no usar los suyos reales. Por eso tu madre conocía el final de la historia. Y ese colgante sea el de verdad. ¿No te parece exceso de merchandising la tecnología de ese colgante? ¿Realmente crees que ellos pudieron mandar hacer un colgante como ese hace veinticinco años? No me cuadra.

Él la dejó terminar, quería escuchar su teoría completa. La miró con dulzura y se contuvo de besarla de nuevo. Le fascinaba su capacidad de creer en la magia. Su inocencia.

—Sabía que te plantearías algo así. Pero... ¿realmente crees que esa

isla... que existe? Eso supera con creces mi capacidad de fantasear.

—Ya, lo sé. Pero es todo tan... extraño... ¿Y no te parece curioso que nadie nos haya hablado de esto? Ni tus padres, ni los míos. Mi madre ni siquiera me había dicho que conociera a tus padres. Tanto secretismo me parece sospechoso. Si solo hubieran sido amigos, si no tuvieran nada que ocultar, ¿nos hubieran nombrado alguna vez algo de esto, no?

—Sí, la verdad es que es extraño. ¿Tus padres son adoptados?

Ella negó con la cabeza, mordiéndose el labio. No había caído en eso.

—No. Al menos, que yo sepa no. Aunque mayor razón para ocultar también ese dato, si tenían un secreto que guardar.

—Sofía. ¿Realmente te planteas siquiera que existan los unicornios y las sirenas?

—No, claro que no. Bueno, estoy casi segura de que no.

Él sonrió de nuevo.

Ambos guardaron ahora silencio, retorciéndose los sesos en busca de una respuesta.

—Creo que deberíamos leer el final de la historia que escribió tu madre. Quizás eso nos aclare algo.

Sofía tomó el pequeño cuaderno entre las manos y se lo ofreció a Cristian. Él lo sostuvo un momento, lo abrió por la primera página y acarició con los dedos las letras escritas. Devolvió el cuaderno a Sofía, antes de que sus ojos comenzaran a empañarse.

—Léelo tú.

Ella aceptó el cuaderno y, sin mediar palabra, comenzó a leer. Para Cristian, era la voz de su madre en aquel momento quien narraba aquella historia.

La mañana en la que finalmente nos despedimos de la isla, todos nos levantamos muy temprano. Era como si percibiéramos que aquel día iba a ser importante. El día en que volveríamos a casa, con todo lo bueno y lo malo que dejaríamos atrás.

Llevábamos días entregados a nuestras tareas, como quien acepta su sino y no espera nada más. No había forma de marchar de aquel lugar. Quizás, en parte, tampoco quisiéramos irnos. A pesar del aislamiento, éramos felices. No había lugar para la tristeza ni las tragedias en aquel lugar. Nos bañábamos en el mar, jugábamos en la orilla y disfrutábamos de nuestras capacidades mágicas. Cada día nos íbamos conociendo un poco más, y ya nos sentíamos como una pequeña familia. Olivia iba apaciguando su carácter, cada día conseguía reír un poco más. Dani y Marina... disfrutaban del amor que había nacido en aquella isla, y que cada día era más grande. Airam se sentía más en casa de lo que jamás se había sentido en ningún lugar. Y yo... allí podía ser yo misma. Sí, éramos felices.

Aquella mañana, tras despertar, bajé directamente al bosque que había tras la casa. Tardé solo unos instantes en transformarme. Ya era toda una experta, y en apenas unos instantes, mi cuerpo menguaba, mis brillantes alas me sostenían a unos centímetros del suelo y mis ropas desaparecían para dar lugar a un bonito vestido más acorde con el paisaje que me rodeaba, para pasar a formar parte de aquel bosque mágico.

Había algo en el ambiente, algo distinto, algo más mágico de lo habitual. Lo sentía, pero no tenía la

certeza de lo que había cambiado. Hasta que les vi.

Habíamos cambiado la isla, pero había sido un cambio tan silencioso, que apenas nos habíamos dado cuenta. El cementerio de los sueños perdidos prácticamente había desaparecido. Desde que habíamos descubierto a Edward robando sueños y lo habíamos detenido, a la par que trabajábamos con esfuerzo para llenar cada día la urna de cristal de nuevos sueños, los sueños abundaban en la isla. Y, lo que ignorábamos, es que eso tendría unas consecuencias.

Así que no pude evitar dar un respingo cuando les vi, a cierta distancia. Yo estaba distraída, cogiendo bayas y frutos para el desayuno, cuando sentí una presencia a lo lejos. Alcé la mirada y les vi. Eran dos. De un blanco resplandeciente, elegantes y robustos. Por un momento creí que se trataba de Airam, transformado en unicornio. Pero no era él, estaba segura. Eran dos unicornios jóvenes, que pastaban tranquilamente a orillas de la laguna.

Me alcé, tratando de no hacer ruido, y volé en dirección a la casa. Tenía que avisar a los demás.

Cuando todos conocieron la noticia, salimos juntos al exterior. Al enfrentarnos al mar, vimos que alguien nos esperaba en la orilla. Nos acercamos en silencio. Sin mediar palabra, todos supimos al instante que allí acababa nuestra aventura.

—Habéis sido muy valientes —pronunció la hermosa sirena que parecía haber estado esperando pacientemente, sentada en una roca sobre el mar—. Os estaremos agradecidos para siempre, por haber salvado nuestra isla. Ya podéis marchar a casa.

Yo era incapaz de pronunciar palabra, hipnotizada ante aquella hermosa criatura. Su rostro era prácticamente idéntico al de Olivia y Marina. Pero había algo en él, un halo de magia, una esencia distinta.

Nadie se atrevía a pronunciar palabra. Estábamos todos en el mismo estado de embriaguez.

—Pero no podemos irnos... —se aventuró a hablar Olivia tras un largo rato de silencio—. Yo lo intenté y...

—Creedme. Ya podéis iros. Él os ayudará. —La sirena señaló hacia el final de la playa. Un unicornio venía hacia ellos, al galope.

Al llegar junto a nosotros agachó la cabeza, ofreciéndonos lo que llevaba alrededor de su cuerno.

—Ponéros las. Buen viaje —pronunció por último la sirena, antes de desaparecer de nuevo en el mar.

Obedientes, uno a uno tomamos las coronas de flores que nos ofrecía el unicornio, colocándolas en la cabeza. Todos, menos uno.

Los demás esperamos pacientes a que se la pusiera. Pero él la sostenía entre las manos, y no parecía que

fuera a ponérsela.

—Chicos, buen viaje. Yo me quedo aquí —declaró Airam, para sorpresa de todos. Aunque, en nuestro interior, todos esperábamos que cuando llegase la hora, él sería sin duda al que más le costaría marchar de aquel lugar. Era su casa. No negaré que todos sentimos una pizca de envidia, por ser capaz de tomar esa decisión. Una parte de nosotros quería arrojar al agua aquella corona que nos acercaba a la realidad, y quedarnos en aquel lugar para siempre.

Pero no podíamos. Algo de lo que habíamos dejado atrás nos llevaba a tomar la decisión de despedirnos de aquel lugar, sabiendo que sería una despedida para siempre. En silencio, uno a uno abrazamos a Airam, y luego a los demás. Tal vez no volveríamos a vernos jamás.

Nos dirigimos a nuestras «naves», que nos esperaban en la orilla. Cada uno se introdujo en la suya, sin ser capaz de mirar atrás. Solo Dani, por lo que me contaría tiempo después, se despidió de la isla, mientras abrazaba a Marina, dentro de la cápsula que ambos compartían.

Regresamos a casa. A nuestras vidas, a nuestra realidad. Atrás quedaron los sueños, la magia, la isla. Y, sin embargo, ha pasado el tiempo y yo sigo soñando prácticamente cada noche con ella.

—Aquí termina —susurró Sofía, decepcionada. Esperaba más.

—Volvieron a casa entonces. O al menos, ese fue el final que decidió contar mi madre.

—Sí. Y tu madre era... bueno, mi padre se basó en ella para el personaje de Gara.

—Sí. No me sorprende. Ella era... como un hada —balbuceó, tragando saliva.

Sofía sonrió, y buscó la mano de él, en un intento de aliviarle. Él parecía pensativo. Tomó de nuevo la fotografía de la caja, y la observó en silencio.

—Cada uno de ellos, era uno de los personajes de tu padre. Mi madre, Carmen, era Gara. Tus padres debían ser...

—Dani y Marina —respondió ella, sin dudarlo.

—Este chico debía ser Airam. Y la hermanastra de tu madre...

—Sí, sin duda el personaje de Olivia está basado en Yaiza. Por lo que sé de ella, tiene un carácter muy especial.

—Pues ahí los tienes. Los cinco chicos de la isla...

Ella asintió, sin perder la vista de la foto. ¿Cuánto de aquella historia sería real?

—Vamos. Tengo que enseñarte algo —indicó él, desprendiéndose de su mano y encaminando la silla hacia el pasillo. Ella le siguió sin mediar palabra. Avanzaron por la casa, uno tras el otro, hasta que se pararon frente a una puerta cerrada. Cristian la abrió, y ella pudo vislumbrar una pasarela que descendía en la oscuridad. Él buscó el interruptor de la luz y la miró, sin poder disimular un gesto de nerviosismo.

—Vamos —ordenó para que le siguiera, mientras empujaba la silla por la pasarela. Mientras bajaban, ella entendió donde estaban. Bajaban al sótano. Debían haber colocado aquella pasarela en el lugar donde estaría la escalera, para que él pudiera bajar. Al llegar abajo, ella trató de ver algo, mientras sus pupilas se adaptaban a la escasez de luz. Formas cuadradas y rectangulares ocupaban gran parte del espacio, pero con aquella oscuridad ella no acertaba a saber qué eran aquellas formas.

—Espera —Escuchó decir a Cristian, que se había alejado de ella. Le vio tirar del extremo de un palo largo y fino, que debía usar para alcanzar las cortinas que estaban demasiado altas, próximas al techo. Las cortinas que hasta aquel momento le habían ocultado, desde el exterior, el interior de aquel lugar que tanto le llamaba la atención cuando aún no había entrado en aquella casa. Con el tiempo, prácticamente se había olvidado de aquel sitio. Y ahora,

por fin, estaba en él, e iba a conocer el secreto que escondía.

Cuando finalmente la luz del día se coló en la habitación, Sofía miró a su alrededor, y tardó unos instantes en entender lo que estaba viendo: lienzos. Eran lienzos, algunos sin usar aún, pero la gran mayoría llenos de pinturas. Ella los estudió con mayor atención. Había una zona, a su derecha, en la que los cuadros estaban llenos de vivos colores. Paisajes campestres, marinas, bodegones, atardeceres... Los tonos brillantes destacaban en aquellos cuadros, hermosamente pintados por una mano brillante. Le llamó la atención uno en concreto, porque el paisaje le resultó conocido. Un hermoso jardín, lleno de flores, presidido por un gran laurel. Una de las gruesas ramas del árbol sostenía un columpio. Sobre él, una joven de bonitos cabellos dorados, que la brocha había adornado con tonos brillantes, y parecían tocados con la luz del sol al atardecer. Era un cuadro pintado por una mano maestra, cuidado al detalle. Ella reconoció aquel árbol, y el columpio. A pesar de que el lugar había cambiado, y las flores de distintas tonalidades habían sido sustituidas por las malas hierbas, supo que aquel era el mismo jardín en que ellos pasaban las tardes leyendo.

—Es mi madre —susurró Cristian, al ver la mirada de ella detenida en aquel cuadro en concreto—. Le encantaba ese columpio.

Ella asintió en silencio, y buscó la mano de él. Apoyó la suya encima, sin decir nada. Ahora entendía porqué él se había enfadado el día que ella se había columpiado en aquel mismo columpio.

Un poco más cerca, en el centro de la estancia, el cambio era evidente. Ya no había color. Brochazos negros y gruesos componían paisajes oscuros, en los que era difícil distinguir siquiera formas concretas. Ella se esforzó en entender aquellos brochazos.

Una silla de ruedas.

Un todoterreno circulando en una carretera oscura.

Una mujer yaciendo en el suelo, con los ojos cerrados y un charco oscuro rodeándola.

El jardín, esta vez manchado de negro y de flores muertas.

A pesar de que una parte de ella quería retirar la vista de aquellos cuadros, se obligó a mirarlos. Algo le decía que comprender la parte más oscura de Cristian, la que le había hecho transformarse en aquel chico huraño que ella había conocido, les uniría aún más. Y en aquellos cuadros tintados de negro, los sentimientos de él estaban expuestos en carne viva. Conocía aquella

historia expuesta en los cuadros. Se la había contado Teresa, el día en que fue a verla tras ver por primera vez a Cristian en silla de ruedas. A él nunca le había pedido detalles, sabía que él no estaba preparado aún para recordar lo sucedido en voz alta. Según le contó Teresa, venían de una boda, los padres de Cristian y él, que iba en el asiento trasero. El padre de Cristian había bebido algo. No mucho, pero tal vez lo suficiente para no reaccionar a tiempo de frenar cuando un furgón salido de la nada se saltaba un stop en aquella estrecha carretera y se les cruzaba delante. Su padre murió al instante. Su madre pasó varios días en coma antes de fallecer. Y él... a él, según su punto de vista, le tocó la peor parte. Permanecer vivo, sin su familia, y postrado en una silla de ruedas.

—¿Recuerdas cuando Ártax acaba hundiéndose en el Pantano de la Tristeza? Pues esa ha sido mi sensación durante el último año. La de estar hundiéndome, dejándome llevar por la tristeza. Paralizado, sin ganas ni fuerzas de luchar —murmuró. Se había acercado a aquellos cuadros oscuros, dándole la espalda a ella.

Sofía recordó aquella escena que tantas veces le había hecho llorar. La recordaba del libro, pero también de la película que poco después adaptaron. En la Historia Interminable, el caballo y fiel compañero de Atreyu se dejaba llevar por la tristeza que le embargaba mientras avanzaban por el Pantano de la Tristeza. Sofía pensó en aquella escena, y se planteó que así es como debe sentirse alguien que cae en una depresión. Sin fuerzas para luchar contra la pena que te embarga y te arrastra hasta el pozo profundo y oscuro de la desolación.

—Yo te sostendré, Ártax —susurró ella, repitiendo las palabras de Atreyu en la historia—. No dejaré que te hundas.

Paso sus manos por los hombros de él y Cristian alzó las suyas para enredarlas con las de ella.

—Y esa colección es la que yo llamo El Atardecer —señaló con la cabeza hacia su izquierda. Los últimos lienzos, próximos a una mesa repleta de brochas y pinturas. Pinturas recientes, aún frescas. Varios cuadros componían esa área, todos con el común denominador de mostrar el mismo tipo de luz; el de un atardecer. La luz era más brillante, más dorada que en el resto de cuadros.

En uno de los cuadros se reconoció a sí misma, alejándose del jardín. Era la perspectiva de sí misma, de espaldas, que tenía Cristian cuando ella se

marchaba del jardín.

En otro, volvía a aparecer el jardín. Esta vez lleno de luz y color. No había personas en este cuadro, pero sí el libro de su padre, descansando sobre el banco.

Y de nuevo el jardín, esta vez con su abuela arando la tierra, preparándola para dar cabida de nuevo a la vida.

Y ella de nuevo, en un primer plano, sonriéndole.

Y la luz, como principal protagonista de todos los dibujos.

La tristeza que había embargado a Sofía se fue, viéndose arrastrada por la marea de sentimientos y emociones esperanzadores que proyectaban aquellos lienzos.

—Son preciosos, Cris. Eres un auténtico artista.

—Gracias. Para mí solo es la forma en la que mejor sé expresarme. Se me da mejor que las palabras.

Se giró hacia ella y la miró a los ojos. Ella posó su mano en la mejilla de él y la acarició con dulzura. Él cerró los ojos y disfrutó de la sensación del tacto de su mano. Sofía se inclinó, para besarle en los labios. Fue un beso dulce, lento, un beso cargado de emociones.

—¿Seguimos con la investigación? —murmuró Cristian al separarse ligeramente de ella.

—¿Te refieres al libro?

—Claro. Me gustaría conocer más detalles, como cuándo y por qué creó tu padre esa historia, por qué no la terminó, por qué fue mi madre quien le puso un final...

—Sigues convencido de que no es más que una historia ficticia —suspiró ella, decepcionada.

—Sofía . No puede ser de otra manera.

Ella resopló.

—Bueno, seguiremos con la investigación precisamente para averiguar quién lleva razón. Yo haría también una búsqueda en google maps de las coordenadas que aparecen en el mapa de la isla. Es curioso. Esa no es la posición de la que habitualmente se ha hablado al referirse a San Borondón. Solía decirse que esta aparecía al oeste de las islas, o entre La Palma, la Gomera y El Hierro. Pero no a solo unos kilómetros de Gran Canaria.

Él sonrió.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Nada. Me encanta esa vena soñadora que tienes.

Ella le devolvió una leve sonrisa, cargada de melancolía.

—Buscaremos en Google maps. ¿Puedes también llamar a tu padre? Sea cual sea la verdad, si hay alguien que pueda revelárnosla ese es él.

—Ya, eso si logro contactar con él. Sigue en Navarra, en el lugar más recóndito de la Península. De vez en cuando me manda un correo para saber cómo estoy, pero eso solo pasa cuando baja al pueblo más cercano y logra tener wifi.

—Vaya. Pues... ¿y tu madre? A lo mejor ella nos cuenta la verdad.

—¿Con todo lo que han omitido hasta ahora? Tengo la sensación de que me lo negará todo, y me dirá que fue una invención más de mi padre. Estoy casi segura de que esa será su respuesta.

Él estudió su gesto, tratando de interpretar sus pensamientos.

—Hay algo más, ¿no?

Ella rechazó su mirada. Le costaba hablar de aquello. Pero sus ojos fueron a parar casualmente a los cuadros oscuros de Cristian. Él le había revelado todo su interior. No era justo que ella siguiera ocultando sus secretos. Pensó por un momento en pedirle que salieran al jardín a coger aire, y contárselo allí. Luego recordó que no había lugar para la tristeza en el jardín de las sonrisas eternas. Era mejor que la oscuridad se quedará allá abajo, junto a la del propio Cristian.

—Mi padre fue durante mucho tiempo un escritor rechazado e ignorado. Regentaba junto a mi madre la librería y escribía de noche. Mandaba cada novela que terminaba a todas y cada una de las editoriales y agentes del país, sin lograr que le publicaran nada. Hasta que alguien se fijó en él. Una importante agencia literaria decidió que la última novela que mi padre les había mandado merecía una oportunidad. Y a partir de ahí, comenzaron a lloverle los contratos. Cada vez se encerraba más, cada vez crear historias le requería más tiempo y soledad. Y cada vez el tiempo para dedicar a su familia era más escaso. Llegó a obsesionarse tanto con sus mundos que, en medio de cualquier comida familiar, él salía corriendo a anotar una idea que le había surgido en aquel instante, o interrumpía la charla para contarnos al detalle la escena que acababa de vislumbrar. A mi madre aquello le enfurecía. Decía que no era capaz de tener los pies en la tierra ni un instante. Yo le adoraba, él siempre creaba mundos mágicos solo para mí, historias en la que yo era la protagonista del más encantador de los reinos; nos pasábamos el día

imaginando aventuras. Era increíble. Hasta que consiguió su sueño, y se sumió en él. Y dejó de tener tiempo para nosotras. Cada vez la distancia era mayor. Hasta que se volvió prácticamente un extraño para mí. Mi madre decidió separarse de él, y él se volvió un completo ermitaño. No vive la vida real, por eso escribe esas historias tan fantásticas que tú conoces. Ese es su mundo real. —Tras el largo discurso, al fin Sofía pudo respirar tranquila, como si se hubiera quitado una gran carga de encima.

Cristian meditó qué palabras decir para hacerle ver que la apoyaba. Pero en lugar de ello, agarró su mano en silencio. Sabía que dijera lo que dijera, nada la aliviaría.

—Tranquilo, estoy bien. Cada día que pasa me duele un poco menos. — Mostró una suave sonrisa—. Lo que quiero decirte con esto es que mi madre acabó tan agotada del mundo fantasioso de él, que sé de antemano cual será su respuesta si le hablo de esta historia.

—Está bien. Buscaremos otras vías de investigación entonces —afirmó él, dedicándole una amplia sonrisa.

Una semana más tarde...

Se despidió de Cristian en el jardín. Llevaban la última semana conjeturando sobre los últimos descubrimientos, sobre las posibilidades de qué parte de aquella historia tuviera una base real. Por otro lado, el hecho de no tener ya una historia que leer, les había dado más tiempo libre para conocerse mejor. Y Cristian ya no permanecía en su habitación cuando ella iba a verle, sino que ponía su silla junto al banco de madera, para estar lo más cerca posible de Sofía.

—Son las siete —dijo ella mirando el reloj antes de levantarse.

—¿Ya te vas? —preguntó él, al tiempo que tiraba del brazo de Sofía para acercarla a él. Siempre trataba de camelarla para que se quedara más tiempo. Ahora que al fin habían confesado sus sentimientos, nunca era suficiente el tiempo que pasaban juntos. Ella se sentó sobre sus rodillas y le pasó un brazo por los hombros.

—Sí. Tengo que irme ya. Porque sino no me dará tiempo de arreglarme —comentó en voz baja, sin mirarle.

—¿Arreglarte?

—Sí. Verás, tengo una cita esta noche.

—¿Una cita? No puedo creerlo. ¿Y quién es el afortunado? —Él bromeaba, tratando de quitar hierro al asunto, suponiendo que ella también bromeaba. Pero la parte más insegura de sí mismo, la que le machacaba con que él, empotrado en su silla de ruedas, nunca sería lo suficientemente bueno para Sofía, le estaba provocando náuseas en aquel instante.

Ella se pegó aún más a él, y le miró a los ojos.

—Sí. Tengo una cita con el chico más guapo e inteligente que conozco. Bueno, tampoco creas que es perfecto, a veces es un tanto cascarrabias.

Él suspiró, soltando todo el aire acumulado, al percatarse de que sus gestos y sus palabras terminaron de convencerle. Hablaba de él.

—¿Y cómo es posible que una chica tan bonita, lista y simpática como tú pueda tener una cita con un cascarrabias? Eso lo soluciono yo enseguida, señorita. —Se acercó a sus labios y la besó suavemente, apenas rozándolos, pero con un gesto tan sensual que sintió como Sofía se estremecía entre sus

brazos—. Quédese conmigo. Le prometo una noche de pasión y sexo desenfrenado.

Ella sonrió, pero no pudo evitar sonrojarse al oír la palabra sexo en aquellos labios que tanto deseaba. Él la apretó contra sí, y volvió a besarla, con más intensidad esta vez.

—Vamos, dime que sí. Di que te quedarás conmigo.

Ella se separó de él, y le dio un ligero golpe en el hombro.

—Pero si es contigo con quien tengo la cita, tonto.

—Ya. Pero estaba aprovechando este absurdo diálogo para prolongar la despedida.

—Pues no la prolongues más o no me dará tiempo de vestirme para volver a buscarte.

—¿Y adónde vamos?

—Ahhh, eso es sorpresa. Tú ponte guapo. En una hora estoy aquí, mi madre nos lleva en el coche.

—Define en términos de indumentaria lo de ponerme guapo.

—Vaqueros y una camisa. Con eso está bien.

—De acuerdo.

Sofía se levantó y recogió su mochila.

—Una hora —le indicó de nuevo.

—Me sobran 59 minutos.

—Estupendo. Ahora te veo. —Le dio un rápido beso en los labios, y salió a toda prisa del jardín. Él la vio alejarse, como solía hacer siempre. Le gustaba ver como su coleta se movía graciosa de un lado al otro, siguiendo el paso a sus pies, que se movían con ligereza, siempre como si estuviera caminando por baldosas amarillas.

Cristian no tardó tan poco como había pensado en prepararse. Le había dado la vuelta a su armario; perchas para adelante y para atrás, en busca de una camisa que no fuera vieja, ni le quedara pequeña, ni estuviera pasada de moda. Empezó a ponerse nervioso cuando se dio cuenta de que no había nada en su armario que le pareciera adecuado. Cuando su abuela entró en su habitación, le descubrió a punto de ser desbordado por lágrimas de impotencia.

—¿Qué sucede, cariño? —preguntó preocupada.

—No tengo nada decente que ponerme abuela. Hace tanto que no salgo, que no tengo ni una camisa bonita.

—Veamos... —dijo ella, mientras revisaba las prendas de ropa del armario. Llegó hasta la última, sin encontrar nada que le pareciera apropiado —. No. Tienes razón.

—Te lo he dicho... —farfulló.

—Espera. Dame un segundo. —Teresa salió de la habitación sin esperar respuesta. Pocos minutos después regresó, con una camisa blanca en la mano —. Pruébatela. Si te queda bien te la plancharé en un instante.

Cristian obedeció, en silencio. Se probó la camisa y se miró en el espejo. Vaya, le sentaba estupendamente. Se sintió más adulto, con aquella camisa que, sin ser estrecha, le marcaba el torso lo suficiente como para percatarse de que su cuerpo estaba dejando de ser el de un crío delgado y larguirucho para asemejarse al de un adulto de hombros anchos y abdomen firme. Maldijo una vez más aquella silla. Que daría por poder levantarse de ella, por poder acoger a Sofía entre sus brazos, como un hombre de verdad.

Tragó saliva y miró a su abuela, tratando de alejar aquellos pensamientos. Pero otros, igualmente tristes, asomaron a sus ojos al mirar a su abuela, que le observaba desde la puerta con lágrimas en los ojos.

—¿Era de mi padre, no?

—Sí cariño. Era de tu padre. Cada vez te pareces más a él. Estás dejando de ser un niño, y cada vez te pareces más al hombre apuesto que era tu padre.

—Abuela no puedo... —articuló como pudo, luchando con el nudo que ataba su garganta.

—Cielo, él estaría muy orgulloso de ti. Y esté donde esté, estoy segura de que ahora mismo, sonrío al ver el hombre en el que te estás convirtiendo. No te la quites... —rogó.

Él suspiró profundamente. No tenía sentido no usarla. Su padre no volvería a ponérsela jamás.

—Está bien, voy a peinarme —murmuró, dando la espalda a su abuela, para que no pudiera ver las lágrimas que rodaban por sus mejillas en aquel momento.

Poco después, más calmado y tratando de mostrar su mejor sonrisa, esperaba a Sofía en la puerta de la calle. Estaba terriblemente nervioso.

Quitando el día que había esperado a Sofia frente a la librería para confesarle lo que sentía por ella, hacía prácticamente un año que no salía de aquella casa sino para ir a rehabilitación, si es que a eso podía denominársele salir; la ambulancia le recogía en la puerta de casa, le dejaba en la puerta del centro de rehabilitación y le devolvía a la puerta de casa. No, aquello no era salir. Recordó la última vez que había pisado la calle un año antes. La última vez que había salido de verdad había sido para asistir al funeral de sus padres. En aquel momento estaba tan aletargado, tan sedado de dolor, que apenas recordaba absolutamente nada. Solo un detalle, que, todavía hoy, se repetía constantemente en sus sueños; la lluvia, incesante aquel día, y el olor a tierra mojada que le embargaba los sentidos. Sacudió la cabeza, tratando de alejar aquellos pensamientos sombríos.

Sofia no le hizo esperar, y la sonrisa que le dedicó mientras abría la puerta del coche le hizo olvidar cualquier pensamiento negativo. Ese era el efecto que ella generaba siempre en él. Le hacía desechar todo lo malo.

—¡Vamos! —le llamó, entusiasta, al ver que él permanecía quieto, mirándola. Él tardó unos instantes en volver a la realidad, hechizado como estaba por la sonrisa de ella. Aproximó la silla al coche, poniéndola en paralelo a la puerta trasera. Sofia hizo amago de ayudarle, pero él rechazó su ayuda.

—Puedo hacerlo solo, gracias. Solo tienes que cerrar la silla y meterla en el maletero —le indicó con suavidad. Efectivamente, él solo logró meterse en el coche, saludó a la madre de Sofia, y dio luego instrucciones a la chica de cómo cerrar la silla.

—Rumbo al Pérez Galdós —anunció Sofia una vez hubo guardado la silla, sentada ya en el asiento delantero junto a su madre.

—¿Al Pérez Galdós? ¿El teatro? —preguntó él, sorprendido.

—Sí —respondió escuetamente, dejándole adrede muerto de curiosidad.

Elsa sonrió, al ver por el retrovisor el rostro perplejo de Cristian.

No tardaron en llegar, pues apenas había tráfico aquella tarde de viernes. Cristian lo agradeció, pues estaba demasiado nervioso y le costaba entablar una conversación que no pareciera forzada. Afortunadamente Elsa charlaba por los tres.

—Saluda a tu abuela de mi parte, Cris; dile que en cuanto me llegue el libro que me encargó, me pasaré a verla —comentó, mientras los chicos se apeaban del coche al llegar a su destino.

—Lo haré. Muchas gracias por traernos, Elsa. Espero verla pronto —respondió él, con una cordialidad que provocó que Elsa tuviera que contenerse de darle un abrazo enorme en aquel instante. Sabía lo que aquel chico había vivido, aunque no pudiera llegar jamás a ponerse en su piel. Y verle allí, sonriente, un año después de aquella catastrófica desdicha, le llenaba de paz el corazón.

—Pasadlo bien —le respondió, con una sincera y amplia sonrisa en los labios.

Les siguió con la mirada, mientras se alejaban, ambos radiantes. Tal vez cualquier otra madre no desearía aquella relación para su hija. Un chico con una tara demasiado evidente. Sin embargo, a ella le hacía feliz volver a ver a su hija sonreír de aquella manera. Desde el divorcio, estaba convencida de que Sofía había perdido la fe en el amor. Y, bajo ninguna circunstancia, quería eso para ella. Quería que viviera, que se emocionara, que sintiera como ella lo había hecho a su edad. Y Cristian... tal vez por ser hijo de Carmen, ella veía en él aquel mismo halo de magia que siempre desprendía su madre. Y tal vez también sintiera algo de compasión, porque pensar que él no era más que un adolescente, y que lo que le sucedió a él podría pasarle a su propia hija, era demasiado terrible. No, aquel chico, a sus ojos, no tenía ninguna tara. Era perfecto. Lástima que él no se viera de la misma manera.

—¿Qué miras? —preguntó Sofía al ver que Cristian no le quitaba ojo mientras caminaban.

—A ti. Estás preciosa —respondió con una sonrisa pícaro en los labios. Ella bajó la mirada, avergonzada.

—Gracias —susurró—. Tú tampoco estás nada mal.

—¿Nada mal? ¿Tengo que suponer que eso es un halago?

—Algo así. —Encogió los hombros, conteniendo la risa—. No querría que se te subiera a la cabeza. Ya te halagué demasiado esta tarde.

—¿Dosificas tus halagos para que no se me suban a la cabeza?

—Algo así.

—Algo así, algo así... —repitió con retintín—. Eres cruel.

—No lo soy. Mira donde te he traído, y te tragarás tus propias palabras.

Señaló hacia el frente, por encima de sus cabezas. Allí estaba, la entrada al teatro, y una enorme cartelera sobre ella.

Cristian quedó boquiabierto, al reconocer al instante aquel rostro infantil en la portada, aquellas letras doradas...

—Los Miserables —murmuró, sin dar crédito.

—Exacto.

—¿Tienes entradas para el musical de Los Miserables?

—Sí. Y muy buenas, por cierto. Tener un padre archiconocido en el mundo de las letras tiene su lado bueno —comentó, encantada al ver el rostro iluminado de Cristian.

Cristian permaneció en silencio, boquiabierto y sin quitar los ojos del cartel iluminado.

—Bueno, di algo.

—No... no sé qué decir... Gracias, un millón de gracias. No hay nada que me pueda hacer más ilusión que ver este musical.

Ella rozó su mano tímidamente, mientras ambos permanecían con la mirada en la entrada del teatro.

—Bueno, sí. Verlo junto a ti, eso es mucho más de lo que jamás pude desear. —Agarró su mano, y tiró de ella, para hacer que ella se inclinara y poder besarla. Apenas si había podido darle un breve beso, cuando alguien la llamó a su espalda.

—¿Sofía? —Oyeron que preguntaba una voz masculina. Ambos se separaron y dirigieron sus miradas hacia el lugar del que procedía la voz. Dos chicos, de su misma edad, se dirigían hacia ellos.

—Hola Jorge —respondió Sofía, al reconocer al chico que la había llamado. Cristian percibió la aspereza en la voz de ella. Y la sonrisa socarrona en el rostro de él. No pudo evitar hacer una rápida radiografía a aquel tipo. Moreno, alto, con un cuerpo en apariencia bien formado, sonrisa perfecta y aires de superioridad. El chico que iba junto a él parecía ajeno a aquellos saludos, no debía conocer a Sofía. El tal Jorge se acercó a Sofía, posó una mano en su cintura, y le plantó dos besos sonoros en sendas mejillas, todo con demasiado entusiasmo.

—¿Qué haces por aquí? —le preguntó el chico, sin mirar en ningún momento a Cristian, ignorando por completo su presencia como si se tratara de un fantasma. Este llevaba tanto tiempo sin salir a la calle que por un instante llegó a preguntarse si realmente no podía verle.

—Vamos al teatro —respondió ella. Cristian se fijó en la puntualización de la primera persona del plural que usó ella.

—Ah. —Un ligero vistazo a Cristian, rápido y desinteresado. Vaya, pues sí que le veía.

—¿Y después? ¿Te apuntas a tomar algo? —Más de esa sonrisa socarrona. La mano, de nuevo, sobre la cintura de Sofía, como si fuera de su propiedad. Y Cristian, respirando hondo. Solo es un amigo.

—El es Cristian. Es... —comenzó a explicar Sofía, tratando de poner fin a aquella incómoda situación, al tiempo que conseguía zafarse de la mano de Jorge en su cintura.

—Ah, sí —le interrumpió Jorge—. Cristian. Ese amigo tuyo con el que estabas leyendo un libro, ¿no? Hola Cristian.

Jorge ofreció su mano al chico, que se la apretó con fuerza.

El amigo. Con el que lee un libro.

—Sí, bueno, Cristian y yo... —comenzó Sofía. Pero Jorge volvió a interrumpirla.

—Bueno, pues si te animas, solo tienes que llamarme, ¿ok? Adiós, preciosa —dijo dejándola con la palabra en la boca, al tiempo que le daba un beso demasiado prolongado en la mejilla.

No dio tiempo siquiera a que ella le respondiera, cuando él ya se había marchado.

—Está en mi clase. Es un idiota —murmuró Sofía, tratando de suavizar aquella situación tan incómoda que acababan de vivir. Pero ya era demasiado tarde.

Disfrutaron de la obra, aunque no tanto como lo hubieran hecho de no haber tenido aquel desagradable encuentro antes de entrar. Él trataba de concentrarse en el magnífico espectáculo que tenía delante, pero su mente viajaba una y otra vez muy lejos de allí.

El amigo. Con el que lee un libro.

Pero que esperaba. Una chica guapa e inteligente como Sofía debía tener todo un séquito de admiradores tras ella. En ninguna de las grandes historias de amor de la literatura y el cine, una chica así terminaba con un tullido como él. Terminaban con héroes, hombres apuestos que pudieran defender a sus damiselas cuando se veían en apuros. Él ni siquiera hubiera podido evitar que un chico como el tal Jorge se le hubiera echado encima a Sofía. Él no hubiera podido hacer nada desde su patética posición en su silla de ruedas. No, se había hecho falsas ilusiones, con algo que no llevaría a ninguna parte.

Aquellos pensamientos venían una y otra vez a su cabeza sin poder evitarlo.

Mientras, Sofía apoyaba la cabeza sobre su hombro al tiempo que

enlazaba su mano a la de él.

Cuando terminó la obra, salieron a la calle juntos. Sofía había dicho a su madre que le llamaría en cuanto terminaran, y ella volvería a recogerles.

—¿Te apetece que demos una vuelta? Es temprano, aún podemos... — comentó Sofía.

—No, estoy cansado. Gracias Sofía, ha sido increíble poder ver el musical. Gracias, de verdad. Pero estoy cansado. Puedo coger un taxi, y tú puedes avisar si quieres a tu amigo y...

—Cristian, para. Sé por dónde vas. Y no pienso aceptar que me hagas esto. —Le detuvo ella, a quien no le había pasado desapercibida la ausencia de Cristian durante toda la obra, ni su alejamiento de ella.

—Créeme, es lo mejor para ambos —farfulló, y comenzó a girar la silla, encaminándose a la parada de taxis.

—Lo mejor para ti, será. Alzas tu muro de nuevo, te alejas del mundo, de mí, y así no sales perjudicado. Eres muy cómodo.

—No creo que cómodo sea la palabra adecuada. Yo diría sensato. Realista. —Hablaba en voz alta para que ella pudiera oírle. Movía la silla a tal velocidad que a Sofía, poco acostumbrada a los tacones que llevaba, se le hacía imposible seguirle.

—No. Es cómodo. Esa es tu zona de confort, en la que sufres lo menos posible, en la que no arriesgas. Eso es cómodo. Yo estoy arriesgando.

Él se detuvo ante sus palabras, pero no se dio la vuelta.

—¿Ves? Tú arriesgas. A salir con un paralítico, con una persona a medias.

Dichas esas palabras, dio otro empujón a la silla, volviendo a alejarse de ella, que tuvo que acelerar de nuevo el paso. Y entonces fue cuando uno de sus pies inseguros le falló, al colar sin darse cuenta el tacón en un hueco de alcantarillado. Tropezó y cayó al suelo, dando con la rodilla en el pavimento. No pudo evitar soltar un alarido de dolor, al notar como se le doblaba el tobillo y como se raspaba la piel contra el asfalto, como si se tratara de papel de lija. Cristian oyó su quejido y se detuvo en seco. Se giró y acudió rápido al verla en el suelo.

—Sofía... ¿estás bien? Tu rodilla está sangrando... —comentó preocupado—. Vamos, deja que te ayude a levantarte...

Trato de alzarla tomándola por los hombros, pero ella se había quedado en aquella posición, con la cabeza gacha, las manos apoyadas en el suelo y la

sangre deslizándose sigilosa por su rodilla.

—No —dijo de pronto. Él se percató de que unas lágrimas silenciosas habían comenzado a descender por sus mejillas—. Yo arriesgo a enamorarme de ti, a que me partas el corazón, a que el día de mañana deje de interesarte. Eso es arriesgarse, y también vivir. Pero necesito saber que tú también arriesgarás conmigo. Sino esto no tiene ningún sentido.

Él sintió que se le partía el alma, viéndola allí, tirada sobre la acera, confesándole lo que él tenía pánico de confesar. Una vez más, ella iba un paso por delante de él. Y fue entonces cuando se dio cuenta de que no podía fallarle. De que derribaría sus muros por ella, y lucharía contra sus propios fantasmas.

—Sofía —murmuró, sosteniendo la barbilla de ella para forzarla a que le mirase—. Lo siento. He sido un auténtico cobarde. Arriesgaremos juntos, lo prometo.

Ella asintió, segura de que no solo sus palabras, sino sus ojos, eran totalmente sinceros.

—Ahora deja que te ayude a levantarte, anda.

Él la ayudó a alzarse, y ella hizo un esfuerzo por volver a caminar. Cojeaba, y el tobillo le ardía.

—Ven aquí —le indicó él, guiándola hacia él. Ella se dejó llevar, sin saber muy bien qué se proponía hacer él, hasta que se dio cuenta de que la sentaba sobre su regazo. Sentada ya sobre él, apoyó la cabeza sobre su pecho, y le rodeó el cuello con el brazo. Cristian comenzó a mover la silla, con ella inmóvil sobre su regazo, aferrada a él, sintiendo que aquel lugar, entre sus brazos, era el más cálido y seguro del mundo.

Y mientras avanzaban en silencio, su mente se fue lejos, para recordar la conversación en clase, cuando había hablado sobre Cristian a sus amigas, y el capullo de Jorge había escuchado la conversación.

—Algo en él me decía que se ocultaba tras esa coraza de huraño —comenzaba Sofía, ante la mirada atenta de sus compañeras—, así que seguí yendo día tras día, con la excusa de leer aquel libro. Tengo que confesar que en un principio me volví loca por los ojazos que tiene, es guapísimo. Pero además su conversación... buff nada que ver con la de los capullos de clase.

Las chicas reían, absortas en la historia.

—Y al fin, se declaró. Me llevó un ejemplar de la primera edición de la Historia Interminable a la librería de mi madre.

—Con lo friki que eres, tuviste que volverte loca —decía entre risas una de ellas.

—Me volví loca de amor. Y allí estaba él, esperándome fuera, con una tímida sonrisa, como en la mejor de las películas románticas.

—¿Y fue entonces cuándo supiste lo de la silla?

—No, ya lo sabía, aunque no se lo había dicho.

—¿Y qué pasó entonces? ¿Cuándo saliste de la librería y le viste allí?

—Le besé. Y fue el mejor beso que he tenido jamás.

Todas suspiraron.

—Sofía, es una historia preciosa.

—Sí, es increíble —reconoció ella—. Me siento como la protagonista de una de esas grandes historias de amor de novela.

—Venga ya, Sofía. ¿Salir con un tío en silla de ruedas? Me parece patético. Y más viniendo de ti. —Jorge había escuchado toda la conversación. Y llevaba, demasiado tiempo, obsesionado con conquistar a Sofía. Puso el brazo sobre sus hombros y la atrajo hacia sí—. A ti lo que te hace falta es un hombre de verdad. Alguien como yo.

—Ya tengo un hombre de verdad, Jorge, pero gracias por la oferta —respondió, y retiró el brazo de él de sus hombros.

Aquella noche, tras llegar a casa y ponerse el pijama, Sofía se metió en la cama con el gran tesoro que Cristian había descubierto en el jardín entre las manos. Ella lo había tomado prestado solo para mostrárselo a su padre, que llegaría al día siguiente. Luego volvería a dárselo a Cris, al fin y al cabo era de su madre, y ahora le pertenecía a él. Sofía volvió a leer las hojas escritas por Carmen, el final de «El Guardián de los Sueños Perdidos» que ella había escrito. Luego tomó el colgante en forma de estrella en una mano, y abrió el mapa en el que se indicaba la localización de la isla. Parecía estar muy cerca de allí, no serían más de un par de horas en barco, tres quizás. Su padre volvería mañana, y ella le hablaría de aquel descubrimiento. Y ella confiaba en que él le hablaría de la isla, y le diría la verdad sobre aquella historia. O no. Si lo había guardado en secreto todo este tiempo, tal vez ahora tampoco le confesara nada. Sofía volvió a recordar aquella noche. Había visto demasiados sentimientos tristes en los ojos de Cristian; la inseguridad, el miedo, el recelo... todos ellos debido a aquella dichosa silla que no le

permitía sentirse completo. Ella le quería tal como era, pero sabía que situaciones como la de aquella noche volverían a repetirse.

Y fue entonces cuando tomó una decisión.

14

Había llegado la hora. Según Elsa salió aquella mañana de sábado por la puerta de su casa para dirigirse a su librería, Sofía salió tras ella en dirección a la parada de autobús. Le había dicho a su madre que ese día no podía ayudarla en la librería, porque tenía que hacer un trabajo para clase que debía entregar el lunes. Una mentira que seguramente tendría terribles consecuencias, pero no veía otra opción. No podía decirle a su madre la verdad de lo que se disponía a hacer, o sencillamente la encerraría en su habitación hasta que cumpliera al menos los dieciocho. Antes de marcharse, había dejado un mensaje en el contestador de su padre. En aquel mismo momento debía estar ya en el avión que le traería de vuelta, a pasar un par de semanas antes de volver a marcharse. Consideró importante que alguien supiera lo que se disponía a hacer, por si sucedía algo. Se había planteado esperar unas horas, hasta que llegara su padre, y hablar primero con él. Pero luego descartó aquella idea. Si la isla realmente existía, dudaba que su padre se lo confesara, y si lo hacía, temía que aún así, no le dejaría llevar a cabo su plan. Así que, definitivamente, debía hacer aquello sola.

Esperó inquieta a que llegara el autobús, y continuó ansiosa, luchando por no morderse las uñas, durante el trayecto que le llevaría hasta su destino. Cuando al fin el autobús se detuvo y ella se apeó, tuvo que sentarse durante un instante en un banco cercano, para calmarse y volver a convencerse de lo que iba a hacer a continuación.

Estaba muerta de miedo.

Pero tenía que hacerlo por él. Él no se merecía lo que le había sucedido.

Y también por sí misma, para que engañarse.

Se derretía ante la idea de poder pasear con Cristian de la mano, de que él pudiera abrazarla con total plenitud, sin una silla de por medio que limitara el abrazo. Tenía que intentarlo. Merecía la pena arriesgarse.

Aunque solo existiera una probabilidad entre un millón de que aquel lugar realmente existiese tal y como su padre lo describía.

Así que aferró con fuerza las asas de la mochila que había llenado de provisiones, y comenzó a caminar hacia el puerto.

No había pisado aquel lugar desde el divorcio de sus padres. Estaba

demasiado enfadada con su padre como para ser capaz de retomar la afición que, además de los libros, más les unía; navegar. Era muy pequeña cuando su padre había comenzado a enseñarle como llevar el barco velero que él había adquirido con el jugoso anticipo que había recibido con su primer bestseller.

Ella había insistido desde el principio en que no pensaba quedarse quieta, mirando el mar; ella quería llevar las riendas, manejar aquella preciosa nave y guiarla, luchando contra la marea, o dejándose arrastrar por ella en ocasiones. Nunca pensó que aquel conocimiento le sería tan útil algún día. Mientras soltaba amarras volvió a pensar en la locura que se disponía a cometer. Era muy posible que aquel lugar no fuera real; cualquier persona, con los pies más asentados en el suelo, no se lo habría planteado siquiera. Pero allí estaba ella, dispuesta a ir en busca de una quimera.

Le llevó un rato preparar el barco para el viaje. Cuando todo estuvo a punto, zarpó en dirección a las coordenadas indicadas en el mapa de la isla.

Llevaba ya dos horas de viaje, y estaba ya muy próxima a las coordenadas en que debía estar la isla, cuando avistó, en la dirección a la que se dirigía, que se avecinaba una terrible tormenta. El vello se le erizó al divisar las nubes negras, y advertir el viento que empezaba a arreciar con excesiva fuerza. Volvió a mirar las coordenadas. Estaba tan cerca... No, ahora no podía rendirse.

Media hora después, en medio de la tormenta, el barco se enfrentaba a las enormes olas, y Sofía trataba de controlar la nave. Apenas veía a un metro de distancia, la lluvia caía sin cesar... estaba completamente empapada, y el casco comenzaba a llenarse de agua. Una última ola, enfurecida, terminó por volcar el pequeño navío.

Por un momento, cuando se vio bajo el agua, y sin las fuerzas suficientes para subir a la superficie debido al fuerte oleaje, creyó haber muerto. Estaba segura de que no volvería a respirar. Y en ese momento, se dejó llevar. Era una sensación liviana y tranquila, la de morir.

—¿Elsa?

—¿Andrés?

—¿Está Sofía en casa?

Elsa se percató enseguida de que la voz de su ex marido sonaba ansiosa. Pocas veces desde que le conocía había oído aquel tono angustiado en su voz.

Le vino a la cabeza una vez en concreto. El día en que supo del accidente de tráfico de Carmen, su marido y su hijo Cristian.

—Sí. Bueno, eso creo... Me dijo que hoy no venía a la librería porque tenía que preparar un trabajo. ¿Qué sucede Andrés? Me estás poniendo nerviosa.

—Me dejó un mensaje en el buzón de voz hace un par de horas. He tenido que oírlo varias veces para entender el mensaje completo, porque hablaba rápido, se le notaba nerviosa. Decía que ella y Cristian habían descubierto una caja, algo relacionado con la isla. Que lo sabían todo, tenía las coordenadas de la isla y pensaba ir hacia allí.

Elsa tragó saliva.

—Estás hablando de la isla... de... ¿San Borondón?

—Sí.

—¿Pero cómo es posible que ella sepa siquiera de su existencia?

—Yo... cuando Sofía era pequeña le contaba una historia que...

—No. Cállate. Prefiero no saberlo.

Él no podía verla, pero Elsa acababa de dejarse caer tras el mostrador de la librería. El establecimiento estaba vacío, y Pablo, su ayudante, estaba en el mostrador reorganizando las novedades, por lo que no se enteró de nada.

—Elsa, tienes que ir a casa y comprobar si las llaves del velero siguen en su sitio. Avísame en cuanto lo confirmes. Estoy saliendo del aeropuerto, no tardaré más de media hora en llegar.

—De acuerdo —susurró ella, y colgó sin despedirse.

Oye , ¿te encuentras bien?... ¿Puedes oírme?... ¿Estás bien?

Sofía oía una voz masculina en la distancia, y apenas llegaba a comprender lo que decía. Estaba aún demasiado aturdida, y sentía una terrible presión en la cabeza que apenas le permitía respirar.

Fue el dolor el que se encargó de indicarle que aún no había llegado su momento. El dolor suele recordarnos que estamos vivos, que nuestro corazón sigue latiendo. Y es que Sofía estaba convencida de que aquel malestar que sentía en cada centímetro de su cuerpo en aquel instante no podía de ninguna manera tener relación con el final de su vida. Al menos en su visión idílica de la muerte estaba segura de que cuando llegara su momento la inundaría una sensación grandiosa de calma y sosiego, y su cuerpo se sentiría liviano, algo así como si flotara entre nubes de algodón.

Convencida al fin de que no estaba muerta, luchó por abrir los ojos y

tratar de averiguar dónde estaba y de quién era aquella voz. Pero antes de conseguir abrirlos, una marea salada ascendió por su garganta. Tuvo que hacer el esfuerzo inmediato de incorporarse, para poder expulsar todo el agua que contenían sus pulmones.

Al fin. Ahora se sentía algo mejor. Suficiente para poder abrir los ojos y echar un vistazo a su alrededor.

—¿Mejor? —volvió a preguntar aquella voz. El dueño de la misma estaba ahora junto a ella, a solo unos centímetros. Sofia le miró. Tardó unos segundos en enfocar la vista sobre su rostro. Y otros tantos en reconocerle. La expresión de ella se transformó en el mismo instante en que se percató de que ya había visto antes aquellos ojos negros que enmarcaban un rostro juvenil, de cabellos oscuros y hoyuelos en las mejillas, que se acentuaron al sonreírle.

—No puedo creerlo... —susurraron los dos, prácticamente a la vez, ambos con los ojos bien abiertos, en un gesto de asombro.

—Airam —afirmó Sofia. Le había visto en la foto que habían encontrado en el baúl de la madre de Cristian. Por descarte, habían dado por hecho que aquel chico debía ser Airam. Bueno, o al menos ese era el nombre que había usado su padre, aunque lo más lógico es que se tratara de un nombre ficticio, como el de los demás. Y, 25 años después de aquella foto, aquel chico seguía exactamente igual. No había cambiado un ápice. Siguieron mirándose, perplejos ante el rostro del otro—. Yo... me llamo Sofia.

—¿Sofia? —repitió él extrañado—. Vaya, he debido confundirte. Eres idéntica a otra persona.

—¿A Marina? —preguntó ella, usando el nombre ficticio de su madre en aquella historia, en lugar de Elsa, su nombre real. Ella le había llamado Airam y él no lo había negado. Quería comprobar si...

—Sí, Marina. Eres igual que ella.

—Soy su hija.

—Su hija. Vaya... si que ha pasado tiempo entonces...

—Me... me temo que sí —respondió. No sabía por donde empezar. Quería hacerle tantas preguntas... Miró a su alrededor, en espera de ver aquel paisaje que había imaginado tantas veces. Boquiabierta, observó que, efectivamente, todo estaba allí. Aun más impresionante de lo que lo había imaginado.

La isla de los sueños... San Borondón. Era una realidad.

Por mucho que una parte de ella confiase fervientemente en que aquel

lugar existiese, su yo más lógico le había hecho dudar hasta el último momento. Y sin embargo, frente a ella, estaba la preciosa playa de arena dorada salpicada de pepitas de oro resplandecientes a la luz del sol; los sueños. Un poco más allá, las dos montañas repletas de vegetación cuyas laderas descendían hasta formar un valle interior, y, a lo lejos, entre los árboles, la antigua casona que tantas veces había imaginado. Y al fondo, en un extremo de la playa, un gran árbol solitario. El lugar en el que se daba magia a los sueños.

—No puedo creer que esto sea real... ¿Este lugar verdaderamente existe? ¿Estamos en San Borondón?

Él asintió en silencio y le dedicó una suave sonrisa.

—Sí. Y me temo que tenemos compañía.

Hizo un gesto con la cabeza, señalando hacia el bosque, detrás de Sofía. Ella se giró, a tiempo de observar, pasmada, a tres caballos blancos entre la maleza, que se ocultaron enseguida al darse cuenta de que ella les miraba. No, se había equivocado. No eran caballos.

—Oh. Madre mía. Madre mía. —Puso las manos sobre su boca, como tratando de contener las ganas de gritar de emoción—. Son... son...

—Unicornios —afirmó él—. Como has podido comprobar, son tímidos por naturaleza. También tenemos otras cotillas atentas a ti en este instante.

Alzó la voz en esta última frase, como si quisiera que le oyera alguien más, y le indicó con los ojos que mirase hacia el mar.

Dos chicas poco mayores que ella les observaban también, desde una roca saliente en el mar. Al cruzarse sus miradas, ambas se deslizaron de la roca y se sumergieron bajo el mar entre risas, como si les hubiera hecho gracia haber sido pilladas espiando. Antes de esconderse bajo las aguas, Sofía pudo atinar a ver dos colas de sirenas, que se alzaban un instante en el aire, antes de perderse en el mar.

—Vale. Ya puedes desencajarme la mandíbula —farfulló Sofía, que aún no podía creer todo lo que sus ojos acababan de ver.

—Ellas te salvaron. Te encontraron en el mar, y te arrastraron hasta aquí.

—Vaya... ¡Gracias! —exclamó alzando la voz, confiando en que las sirenas pudieran oírle.

—Y lamento que no vas a poder ver a las hadas. Son muy escurridizas —comentó con total naturalidad.

—Mejor así. No me veo preparada para un tercer elemento mágico.

—Te entiendo. Yo también me sentí así la primera vez.

Ella seguía pasmada, con los ojos muy abiertos, escudriñando a su alrededor, como si esperase que fuera a volver a aparecer algún ser mitológico en cualquier momento.

—¿Y qué haces aquí...? —preguntó él, devolviéndola al presente—. ¿Cómo has dicho que te llamas?

—Sofía. He venido para ayudar a... —Se quedó pensando en cómo referirse a Cristian. Había pasado a ser algo más que un amigo, pero ¿novios? Esa palabra le parecía demasiado formal aún— alguien especial. Tengo que encontrar el sueño de Cristian. ¿Me ayudas a buscarlo? Necesito encontrarlo.

—Claro, te ayudaré a encontrarlo.

Comenzaron la búsqueda con torpeza, sin saber muy bien por dónde empezar ni cómo hacerlo. Airam le enseñó la manera en la que visualizar cada sueño; cómo debía tomar una a una aquellas pequeñas piedrecitas doradas, colocándolas en la palma de su mano, tapándola con la otra mano, y luego cerrando los ojos, hasta conseguir ver las imágenes que le contarían algo sobre aquel sueño. Sofía guardó silencio, mientras veía las imágenes del primer sueño que sostenía entre sus manos: un teatro, lleno a rebosar; unas manos colocándose unas zapatillas de bailarina; un público rebosante de entusiasmo, de pie, aplaudiendo sin cesar.

Cuando las imágenes cesaron, abrió los ojos, impactada.

—Es increíble... cuantas emociones... —susurró.

Airam cogió otro sueño y lo colocó entre las manos de ella, tras depositar el anterior en el suelo. Se detuvo unos instantes, con las manos de él sobre las de ella.

—Cierra los ojos —murmuró él.

Ella obedeció, y volvió a ver imágenes sucederse en su mente. Un chico que le sonreía. Un beso con ese chico. Risas y más risas con él. Y más besos. A Sofía le sorprendió lo íntimo que resultaba colarse en aquellos sueños ajenos. Era como estar colándose en la vida de otra persona. Abrió los ojos, para alejar así las imágenes.

—¿Qué sucede? —preguntó Airam.

—Me resulta incómodo. Es como si estuviera invadiendo la intimidad de otras personas.

Él rió, al tiempo que soltaba la mano de ella y dejaba caer aquel sueño al suelo.

—Pues no te quedará otra opción si quieres encontrar ese sueño que andas buscando.

—Los miraré rápido, antes de pasar al siguiente. Me bastará un vistazo para saber si es el que busco.

—Está bien. ¿Qué buscamos exactamente? Si quieres que te ayude tengo que saber que andamos buscando.

Ella dudó antes de confesarle el sueño de Cristian. Pero finalmente decidió que debía contárselo si quería su ayuda.

—Cristian está en silla de ruedas. Tuvo un accidente de tráfico que lo dejó paralítico y sueña con volver a llevar una vida normal.

Airam se limitó a asentir.

—Empecemos pues. Yo comenzaré por aquel lado —señaló hacia el lado derecho de la playa.

—Sofía, sabes que esta tarea es casi como...

—Buscar una aguja en un pajar. Lo sé. Pero no quiero rendirme antes de haberlo intentado al menos.

—Está bien.

Ambos se alejaron, cada uno dispuesto a comenzar la búsqueda de aquel sueño.

Tras dejar a Pablo a cargo de la librería, Elsa salió disparada hacia su coche. Procuró mantener la calma y no correr demasiado, aunque le estaba resultando muy difícil teniendo en cuenta la situación. Aparcó en la entrada y, tras abrir la puerta, se lanzó hacia el mueblecito de las llaves, tras la puerta de entrada.

Los dedos le temblaban cuando llamó a Andrés.

—No está. La llave, no está...

Silencio al otro lado del teléfono.

—Está bien. Iré a buscarla —murmuró finalmente Andrés.

—Sí. Y más te vale traerla de vuelta, Andrés. Todo esto es culpa tuya —le amenazó ella.

Andrés colgó en silencio, procurando que no le alteraran las palabras de Elsa. Ella tenía toda la razón en culparle a él. Pero en aquel momento debía mantener la cabeza fría, si quería traer de vuelta a su hija.

Elsa dejó el teléfono, y con manos temblorosas se dirigió a la cocina.

Calentó agua, necesitaba urgentemente una tila. Pensar en su hija, sola en medio del océano, en busca de aquella isla maldita le había puesto el estómago del revés. Mientras esperaba a que la infusión se enfriara, su mente voló atrás en el tiempo, a la noche antes de marchar rumbo a aquella isla.

1991

Elsa abrió la puerta de casa, con una ligera sonrisa aún en los labios ante el regocijo de lo que habían planteado para el día siguiente. Tras ella, iba Yaiza, su hermanastra. Antes de terminar de abrir la puerta, Elsa se acordó de su hermanastra, y volvió a cerrarla, girándose hacia Yaiza.

—Ni se te ocurra decir nada —le ordenó. Yaiza tenía dos años menos que ella, y un carácter caprichoso y egoísta. No es que Elsa quisiera llevarla consigo a ningún lado. Es que su madre la obligaba a llevarla. Así que, le gustase a Elsa o no, ella pasaba las tardes en el jardín de Teresa junto a los demás. Lo curioso es que a los demás no le caía tan mal como a ella; la aceptaban como a una más del grupo. A Elsa aquella actitud no le gustaba; había confiado en que si Yaiza lo pasaba mal con sus amigos, rogaría a su padre que no la obligara a ir más con ella. Pero claro, no contaba con que a Yaiza le encantara estar con Andrés, Carmen y Julián. Y con que ellos la trataran tan bien. Así que tenía que llevar consigo aquella pesada carga cada vez que salía.

Yaiza asintió en silencio, aceptando la orden de su hermanastra. Tampoco le quedaba otra opción; quería, a toda costa, seguir en aquel grupo de amigos. Los primeros amigos que había tenido en su vida. Y es que su vida, a raíz de la enfermedad de su madre, había sido un auténtico caos, un deambular por distintas ciudades del país, según el destino al que enviaban a su padre, un militar con muy malas pulgas. Apenas se adaptaba a una nueva ciudad, y comenzaba a conocer a sus compañeros de clase, cuando tenían que hacer de nuevo las maletas. También reconocía que su nueva forma de ser, la que se había ido consolidando debido a demasiados factores (la muerte de su madre, la convivencia con un padre estricto y frío, el desapego a ningún lugar ni persona...) no la ayudaba en absoluto a consolidar sus relaciones sociales. Antes, cuando su madre vivía, ella era diferente. Pero reconocía que se había acomodado a que su padre la colmara a regalos y caprichos, pues era la única forma de suplir la carencia

de afecto y mantener a su hija contenta; cualquier cosa con tal de evitar una discusión al llegar a casa, después de demasiadas horas de trabajo. El trabajo era la única forma de desconectar de su realidad, de olvidar que su mujer había fallecido, dejándole solo con una hija a la que criar. Fue hacia ya dos años, cuando en su último traslado, esta vez a Las Palmas, había conocido a alguien en una situación muy similar a la suya. Al principio, se habían usado de apoyo, el uno en el otro. Era muy reconfortante encontrar a alguien que comprendiera tu situación. Además, a él le venía bien la compañía de una mujer. Era muy agradable llegar a casa y que le recibiera el agradable olor de un plato succulento.

A la madre de Elsa le había sucedido algo parecido. Aunque su hija nunca llegase a entenderla, ella era de otra época, una en la que las mujeres se quedaban en casa cuidando de su familia, encargándose de que a ninguno de los miembros le faltara ropa limpia, ni un plato de comida caliente. Y su hija jamás entendería que ese papel, ese cargo de responsabilidad, a ella le hacía feliz. Y que justo cuando su marido había perdido la vida, estaban planteándose ir a por el segundo hijo, un hermanito para Elsa. Así que encontrar a un hombre del que cuidar, con una niña que podría ser una perfecta hermana para su hija, la había obnubilado.

Ni veía el trato de cenicienta que aquel nuevo hombre daba a su hija, ni creía que ella y Yaiza en el fondo se llevaran tan mal. Estaba convencida de que solo era cuestión de tiempo que su nueva familia aprendiera a quererse.

No pensó lo mismo su hija aquella noche. Apenas había puesto un pie en el salón, aquel hombre que era un extraño para ella, le había pedido, sin un por favor que mediase, que le trajera una cerveza de la cocina. Un hecho tan anecdótico en otras circunstancias quizás no habría tenido importancia. Pero teniendo en cuenta los precedentes, había sido la gota que colmaba el vaso. Elsa había sentido como el enojo ascendía por sus entrañas, hasta teñirle el rostro de escarlata.

—No —respondió, plantándose delante de él—. Si quieres una cerveza, tendrás que levantar el culo del sofá e ir tú mismo a por ella.

Él tardó en reaccionar. Cuando se dio cuenta de lo que acababa de pasar se levantó, poniéndose a la altura de la joven.

—¿Esos son los modales que te ha enseñado tu madre?

—No metas a mi madre en esto.

—Ve a buscarme una cerveza. Ahora mismo.

—No.

Elsa se percató de cómo aquel hombre alzaba su mano derecha, abierta, en dirección a su rostro.

—Yo te la traigo —interrumpió Yaiza, provocando que su padre detuviera la mano a medio camino.

Yaiza acudió presta a la cocina, mientras su padre bajaba la mano, conteniendo su ira dentro de su puño cerrado.

—Si fueras mi hija te ibas a enterar —susurró, con el rostro aún mudado en enojo.

—Afortunadamente no lo soy. Ni lo seré nunca.

Elsa mantuvo su talante, el tiempo justo de subir las escaleras hasta su habitación y cerrar la puerta tras de sí. Entonces las lágrimas afloraron sin piedad. Cogió una pequeña mochila, donde comenzó a meter varias prendas de ropa. Al día siguiente, se largaría rumbo a la isla.

—¿Has encontrado algo? —le preguntó, alzando la voz para que pudiera oírle. Él estaba tan absorto que, en un primer momento no le contestó—. ¿Airam?

—No. Nada. —Airam abrió los ojos y le mostró un gesto de decepción—. Creo que deberíamos descansar un poco. Podríamos tomar algo y...

—No. No voy a descansar hasta que no lo encuentre —respondió ella, mientras volvía a tomar otro sueño entre sus manos.

—Está bien. Ahora vengo —asintió resignado, encaminándose a la casa.

Sofía siguió buscando, incansable, y Airam no tardó en volver con mantas y chocolate caliente. El sol caía con el atardecer y comenzaba a hacer frío, aunque Sofía no se hubiera percatado de ello, enfrascada en su búsqueda. Sin pedir permiso, Airam echó sobre sus hombros una manta y le ofreció la taza humeante. Logró que ella volviera al presente, con el calor del chocolate entre sus manos.

—Gracias.

—De nada. Deberías descansar... —volvió a repetirle.

Ella asintió, y se dejó caer en la arena, agotada. Solo unos minutos, se dijo a sí misma.

Tomó un sorbo de la bebida caliente y sintió que realmente le aliviaba.

—¿De dónde...? —comenzó a preguntar, mirando extrañada la taza que

sostenía entre las manos.

Él alzó los hombros.

—Quédate unos días y te mostraré todos los secretos que guarda este lugar —le pidió con los ojos oscuros brillantes de ilusión.

Ella sonrió.

—Me encantaría. Pero tengo que volver —respondió en un susurro. Sintió que los párpados se le cerraban. Estaba agotada. Se dejó caer en la arena, acurrucada en la manta. Descansaría, solo unos instantes, suficientes para recuperar fuerzas y seguir buscando.

Airam decidió que había llegado el momento de despedirse. Se agachó frente a Sofía, tomó su rostro con ambas manos y le dio un suave beso en la frente.

—Sé feliz —murmuró, antes de alejarse sin esperar respuesta. Para cuando ella se percató de lo sucedido, él ya se había marchado, engullido por la negrura de la noche. Ella trató de avistarle, buscando su silueta en la oscuridad. Atinó a ver una figura, moviéndose ágil y veloz. Extrañada, entrecerró los ojos, haciendo un esfuerzo por divisar qué era aquello, convencida de que no se trataba de Airam. Un tenue rayo de luna le permitió ver un atisbo de aquella silueta que se alejaba de la playa; era un hermoso unicornio blanco. Lo vio perderse entre los árboles, antes de que sus ojos se cerraran.

—¡Sofía! ¡Sofía! —Oyó que alguien la llamaba por su nombre. Era una voz que le sonaba familiar, pero estaba demasiado aturdida para saber de quién se trataba. Lentamente, logró abrir los ojos, que le pesaban una tonelada.

—¡Papá!

Sofía se irguió despacio, mirando a su padre con extrañeza. ¿Dónde estaba?

Tardó unos instantes en recordar lo sucedido. Mientras, su padre la abrazaba, sin cesar de repetir «estás bien, estás bien».

—Lo siento papá... Nuestro barco... hubo una gran tormenta, caí al mar y perdí la conciencia... si no llega a ser por las... por las...

Recordó en un momento todo lo sucedido; la conversación con Airam; las sirenas, que la habían salvado; la búsqueda del sueño de Cristian...

Miró a su padre. Y de repente, todo lo sucedido le pareció tan lejano, como un sueño...

—Papá —dijo, pero él seguía sin reaccionar, abrazado a ella, sin poder

creer que la tuviera al fin entre sus brazos. Ella aprovechó para mirar a su alrededor. La manta con la que se había resguardado hacía un rato había desaparecido. También la taza de leche caliente. No estaban. Solo ella, con la ropa y el cabello aún empapados.

—Tranquila —susurró para calmarla—. Mira hacia allí. Él señaló hacia la orilla, donde había dejado la lancha motora varada. Una gruesa cuerda la unía a otra embarcación.

—¡Lo encontraste! ¡No puedo creerlo! —exclamó ella al reconocer aquel velero de líneas delicadas que tanto había adorado.

—Sí. Va a necesitar unos arreglos, pero se recuperará.

Esta vez fue ella quien volvió a abrazarle.

—Papá. ¿Qué lugar es este? —preguntó, separándose ligeramente de su padre en espera de que le respondiera.

Él la observó en silencio, tratando, posiblemente, de hallar la respuesta adecuada.

—Un lugar maldito, cariño. Eso es este lugar.

—Pero tu historia, papá, he llegado hasta aquí con la esperanza de que...

Él negó con la cabeza. Ella sintió que la pena la ahogaba.

—El sueño de Cristian, papá, vine en su busca y estuve buscándolo durante horas, pero no lo encontré. O eso creo, ahora no sé si lo soñé o fue real. Estaba Airam aquí, habló conmigo, era muy real. —Las lágrimas rodaban ahora por sus mejillas, al percatarse de que tal vez lo hubiera imaginado todo. Pero sentía tan real lo que había vivido...

Sin esperar la respuesta de su padre, se agachó y recogió una piedrecita dorada del suelo. La tomó entre sus dedos, y trató de visualizar un sueño, como le había enseñado Airam. Pero esta vez, no vio nada. Solo la oscuridad que sintió que la ahogaba al cerrar los ojos. Tomó otra. Y otra. No fue hasta la cuarta piedra, y mientras las lágrimas la desbordaban, cuando su padre trató de detenerla, tomándola suavemente por las muñecas. Pero ella trató de resistirse, de desasirse de sus manos y de seguir buscando. Finalmente, él tuvo que rodearla con sus brazos y tirar de su cuerpo hacia sí, para contenerla en un abrazo. Ella no podía parar de llorar, en un llanto desesperado.

—El sueño de Cristian, papá. Tengo que encontrarlo para él. Él no se merece lo que le sucedió.

—Lo sé cariño, lo sé. Pero la vida no siempre es justa —confesó en voz alta. Su tono bajó, y una sonrisa ligera apareció en sus labios, antes de decir la

siguiente frase—. Escucha. Tal vez no estás buscando el sueño adecuado, cielo. Tal vez él ha abandonado ese sueño ya.

—¿Y entonces? ¿Entonces tendría que buscarlo en el Cementerio de los sueños perdidos? —insistió, a pesar de que, repentinamente, se había dado cuenta de la triste realidad; la isla, tal como ella la imaginaba, no existía. Y sin embargo, necesitaba sentirse pequeña otra vez, y que su padre aliviara sus heridas de la vida real con finales felices y cuentos de hadas.

—No cariño. Si el sueño ha llegado hasta allí, la magia ya no puede hacer nada por él.

—¿Y entonces?

—Entonces, tendrás que ayudarlo a que vuelva a desearlo. Con todas sus fuerzas, con todas sus ganas. Solo así se cumplen realmente los sueños. Este sitio no fue más que... un trozo de paraíso en la tierra, una forma de hacer que volviéramos a creer, a ilusionarnos. Cuando nuestras vidas estaban perdidas, este sitio fue una pequeña luz en la oscuridad para mostrarnos el camino. Pero el camino tenéis que andarlos vosotros. Ninguna magia hará que Cristian vuelva a caminar, si él no lo desea con todas sus fuerzas.

—¿Entonces? ¿Se supone que tengo que rendirme? —sollozaba—. Eso es lo que me pides, que me rinda. Como tú te rendiste con mamá.

Se le escapó y al instante se arrepintió de decirlo. O no. En parte, era algo que llevaba mucho tiempo deseando decir.

—No. No me has entendido. Te estoy pidiendo que luches por él, con él. Que no seas tan cobarde como lo fui yo con tu madre. Que dejes este lugar y te enfrentes al mundo real.

La arena se escapó de entre los dedos de ella. Él tenía razón. Había buscado el sueño de Cristian en el lugar equivocado.

—Papá. ¿por qué te fuiste?

Soltó la pregunta que llevaba guardando lo que para ella era toda una eternidad en su interior. Él se sentó en la arena, como si no fuera capaz de dar aquella respuesta sosteniendo el peso de su cuerpo.

—Por no tener los pies en la tierra. Me olvidé de las cosas importantes, cielo. Me olvidé de llegar a tiempo a la cama antes de que tu madre se durmiera aburrida de esperarme, mientras yo me centraba en mis historias. Me olvidé de darle un beso por las mañanas. Me olvidé de cuánto nos gustaba ver una película juntos, y comentarla después. Me olvidé de fechas importantes. Olvidé que el mundo real es más importante que la vida ficticia que ronda

continuamente mi cabeza.

Ahora era él quien hablaba sin poder contener las lágrimas.

—Por eso te pido ahora que vuelvas conmigo al mundo real. Incluso a ti te he metido en esto, con mis historias y mis fantasías. Déjame intentar recuperar el tiempo perdido. Prometo esforzarme.

—Papá. Tu mundo irreal a mí siempre me hizo feliz. Adoraba tus historias y los momentos que compartías conmigo, creando mundos invisibles. No fue eso lo que a mí me hizo daño. Lo hizo que te alejaras de mí.

Se sentó junto a él en la arena, y ambos buscaron inmediatamente el abrazo del otro. Permanecieron así durante un largo rato, buscando el alivio que ambos necesitaban en brazos del otro. Y fue entonces, mientras el sol caía en el valle a sus espaldas, reflejando su luz en aquella arena plagada de guijarros dorados, cuando Sofía tuvo la certeza de que aquel lugar estaba lleno de magia.

—Vamos, te mostraré algo —susurró su padre cuando ambos se hubieron calmado. Se levantó y ofreció su mano a su hija para que le siguiera. Ambos avanzaron en silencio, con la luz del atardecer guiándoles hacia el extremo de la playa en la que antes Sofía había visto lo que le había parecido una torre muy alta. Se asombró ahora al darse cuenta de lo que realmente era aquella torre.

Un faro.

Avanzaron hacia él en silencio. Cuando llegaron a la puerta, su padre retiró con suavidad la cadena que rodeaba la cerradura de metal oxidado. Al abrir la puerta, una sala circular se mostró frente a ellos. No había ventanas en aquella estancia, sin embargo, los últimos rayos de sol del día se colaban desde el techo, varios metros más arriba. Sofía alzó la cabeza, desde el comienzo de una escalera de caracol en un lado de la estancia, y siguió su recorrido hasta las alturas, donde una amplia cristalera circular cerraba aquella enorme estructura. La escalera de caracol se detenía en dos descansillos, que daban lugar a pasillos circulares que envolvían el interior del faro, y en los que aparecían varias puertas. Mientras ella estudiaba aquel lugar, su padre parecía buscar algo en los cajones de una gran mesa de escritorio, sobre la que descansaban mapas y maquetas. Maquetas y más maquetas, de algo que Sofía no llegaba a comprender. Otra mesa cercana estaba desbordada de herramientas, de piezas sueltas de metal y de pequeñas maquinarias similares a las de los relojes. Más allá, una estantería, con cajitas

de metal. Se acercó, llevada por un impulso, hasta esa estantería. Observó las cajas, todas similares, labradas por fuera, del color de la plata. Buscó el cierre, y abrió la que estaba más cercana a ella. Al hacerlo, una luz tenue salió despedida de su interior, iluminando la habitación ya casi en completa penumbra. Se quedó mirando la luz, absorta. Y entonces algo cambió en aquella luz. Una figura, que fue tomando forma, hasta que Sofia pudo observar perfectamente a una pequeña hada, que volaba a un lado y otro de aquella luz, como en una de esas películas antiguas que se proyectaban en la pared. Siguió observando aquella imagen fascinada, sin ser capaz de pronunciar palabra.

—Pura magia, ¿no crees? —Oyó murmurar a su padre, que parecía haber detenido su búsqueda, y se había colocado tras ella. Ella asintió en silencio.

—Tomás... el Edward de mi historia... estaba completamente enganchado a la creación de esas imágenes.

—Como la de vuestros collares, los collares con los nombres en los que aparecía San Borondón.

—Exactamente. Nos hizo uno a cada uno.

—Nosotros encontramos el de Carmen, la madre de Cristian. Gara en tu historia, ¿no?

—Sí.

—¿Y el tuyo papá?

—Lo tiré al mar. No quería tener ningún recuerdo de este lugar. Antes de que tú nacieras y encontraras la historia que yo había creado, una historia que creé para olvidar, para asumir una realidad distinta. Y te empeñaste en que te la leyera. Y cada noche, no querías que te leyera otra historia. Y yo traté de asumir que aquella historia mágica, de sirenas y unicornios, podía hacerme olvidar la historia real. La verdad de San Borondón. Pero no fue así. Nunca he podido olvidarla.

—¿Y cuál fue esa historia real?

En ese momento, como para detener que la realidad saliera a relucir, el faro se encendió. Su luz llenó la estancia, y comenzó a girar en silencio.

—Es automático, desde 1998. Desde que Tomás, el farero, falleció.

Tomás. El Edward de la novela. No había sido el guardián de San Borondón. No había sido sino un simple farero, obsesionado por las luces y su capacidad de proyección. O sí, quizás, de alguna manera, sí había sido el guardián de aquel lugar que tantos secretos escondía.

—Vamos. Hagamos una visita primero —indicó su padre, que al fin había

encontrado lo que buscaba. Unas cerillas, con las que había encendido un candil de aceite. Comenzó a subir por las escaleras de caracol, y ella le siguió de cerca. Se detuvo en el primer descansillo, y avanzó por el estrecho pasillo circular hasta llegar a la primera puerta. Al abrirla, e iluminarla con la luz del candil, Sofía no pudo más que taparse la mano con la boca, asombrada al ver, frente a ella, la habitación que tantas veces había imaginado. La habitación en la que habían convivido, durante su estancia en la isla, Dani y Marina en la historia de su padre. La cama con dosel, los muebles oscuros y antiguos, las vistas al mar desde la ventana. Miró a su padre, perpleja, y una sonrisa apareció en el rostro de ambos.

Siguieron avanzando, mientras Andrés abría puertas que mostraban a Sofía las estancias de aquel viejo faro, que, mientras que para cualquier persona no hubieran sido sino viejas estancias, para ella, constituían el escenario de su historia favorita. Llegaron al nivel superior, justo bajo el lugar donde en aquel momento brillaba el foco luminoso del faro. Un pequeño descansillo circular, desde el que bien podía alcanzarse el acceso a la linterna de luz por unas breves escaleras de madera o acceder al balcón exterior por medio de una puerta de metal. Sofía no pudo contenerse y subió la ligera escalerilla. Quería ver aquella luz de cerca. Se quedó en el penúltimo escalón y tuvo que ponerse una mano en el rostro, pues justo en ese instante, la luz lo inundó todo, dándole de lleno en la cara. Durante los segundos que tardó en volver, mientras hacía su recorrido circular y perpetuo, ella se percató de que había algo en el suelo, a solo un metro de ella. Volvió a taparse el rostro cuando pasó de nuevo la luz frente a ella. Y volvió a mirar rápidamente, antes de que volviera. Se trataba de unos cuantos guijarros dorados de la playa, junto a un bote de cristal, repleto de más guijarros, volcado en el suelo. Como si unos niños hubieran estado allí jugando, y hubieran tenido que salir corriendo, dejando el juego sin acabar. Sofía no tardó en hacer la comparación y visualizar aquel lugar como la torre sobre el árbol de la historia de su padre, donde llevaban los sueños, les cedían un poco de su magia, y los volcaban en aquella máquina que los expulsaba al cielo, para que aquellos sueños se cumplieran.

Y mientras el faro seguía girando, silencioso, ella estaba segura de que un poco de magia se perdía en el cielo entremezclada con la luz dorada que el faro despedía al infinito.

Bajó las escaleras, y no pudo evitar que la melancolía la inundase.

Mientras ella subía su padre había abierto la puerta que daba al balcón exterior. Salió, y le encontró apoyado sobre la barandilla de metal, con la mirada perdida en el horizonte, donde el sol terminaba ya de perderse entre las olas del mar. Ella observó aquel lugar: un auténtico paraíso en la tierra, un lugar remoto, alejado de la humanidad, un lugar donde empezar, olvidar y soñar...

—Quizás no debería contarte por qué nos marchamos de aquí. Por qué abandonamos este lugar. No es una historia bonita. Es una auténtica tragedia —comentó su padre cuando volvió a su lado.

Ella tragó saliva. Y Sin embargo, algo en su interior se temió que ella ya sabía la razón. La sabía desde el mismo instante en que había visto a Airam. En la isla, o en sus sueños, qué mas daba ya.

Ella iba a decirle que se lo contara, que necesitaba saber la verdad, pero algo la despistó. Algo que pendía oscilante de un lado de la barandilla, colgado de una pequeña argolla. Se acercó más y vio que era un colgante; un colgante en forma de corazón, que oscilaba en una cadenita de plata. Lo soltó de la argolla y lo tomó entre sus dedos. Escrutó el corazón de metal y deslizó sus dedos por las letras grabadas en él, que componían un nombre conocido para ella.

Miró a su padre, sin entender.

—Este sitio guarda demasiados secretos, cariño. Y toda esta historia tiene un principio. Creo que deberíamos volver a casa, y comenzar desde el inicio. Solo así podrás entenderlo todo. Y quizás ella —indicó con la cabeza, al nombre que aparecía en el colgante—, también quiera contarte el preámbulo de todo esto. Te lo contaré todo, pero en casa, con una taza de chocolate caliente, y un lugar real a nuestro alrededor. ¿Vamos?

Le ofreció su mano y ella la tomó sin rechistar. Estaba demasiado aturdida como para detenerle. Ella también necesitaba poner los pies sobre la tierra en aquel instante.

Ya casi habían llegado a la lancha motora, cuando Sofia se percató de que llevaba algo en el bolsillo. Metió la mano y sacó lo que tenía en su interior; una piedra dorada, de las que abundaban en aquella playa. Una sonrisa se escapó de sus labios. Estaba segura de que no había llegado allí por casualidad. La estudió en silencio, brillante en la oscuridad que ya les

rodeaba. Y casi sin percatarse, se vio sorprendida por imágenes que se agolpaban a gran velocidad en su cabeza. Imágenes de sí misma, cada instante desde que había conocido a Cristian, vista desde la perspectiva de él. Ella entrando en el jardín por primera vez, con el rostro lleno de enojo ante las palabras desagradables de él. Y sin embargo, apenas se reconoció cuando se vio de espaldas cuando ya se iba del jardín aquel primer día. Juraría que un halo de luz la rodeaba, y una brisa salida de la nada jugueteaba con su melena, haciéndola danzar. Siguió viendo pasar cada uno de los días que había pasado en el jardín. Su rostro cada vez más amable, su mirada había pasado de reflejar enojo a mostrar un descarado brillo cada vez que miraba a su interlocutor. Y siempre, cuando se marchaba, aquel aura que la rodeaba y la llenaba de luz, que casi la hacía parecer un ángel, o un hada. Ella, vista desde los ojos de Cristian.

El último instante que vio del presente era del día anterior a la salida del teatro; su propio discurso haciéndole ver cuan equivocado estaba. Después, aparecieron ante sí momentos que aún no habían sucedido. Ellos juntos, en la playa, en el cine, en el velero del que ella tanto le había hablado a él. Y él, en su silla de ruedas. Se había rendido. Si alguna vez había soñado con levantarse, ahora ese sueño debía estar en el cementerio de sueños perdidos. Había renunciado a él, para centrarse en las nuevas ganas de soñar que la relación de ambos le otorgaba.

—Tenías razón, papá —comentó cuando las imágenes dejaron de sucederse, y se dio cuenta de que su padre la observaba expectante. Guardó la piedra de nuevo en su bolsillo, sin poder ocultar la amplia sonrisa que ahora iluminaba su rostro—. Buscaba el sueño equivocado. Cristian ha perdido la ilusión por volver a caminar.

Subieron a la lancha motora, y su padre arrancó el motor a la primera. Mientras alejaba la barca de aquel lugar, le respondió, alzando la voz para hacerse escuchar por encima del sonido del motor.

—Conociendo su historia, me temo que no perdió las ganas. Creo que ni siquiera las tuvo nunca. Estoy convencido de que no ha encontrado aún las armas y la fuerza para luchar por su recuperación. Cuando pierdes todo lo que él perdió en un instante, no es fácil encontrar la motivación para seguir adelante, hija.

Comenzaron a alejarse de la isla y Sofía echó un último vistazo a aquel lugar, que, sin duda, era el escenario más lleno de magia que visitaría jamás.

O tal vez no. Tal vez la magia del jardín de Teresa fuera más real, pero no por ello menos mágica.

—A veces necesitamos un empujoncito. Alguien o algo que nos motive, que nos dé el bastón en el que apoyarnos, que nos estabilice y nos haga ser capaces de mirar hacia delante con ímpetu, de volver a soñar despiertos. Y creo que Cristian sí cuenta ahora con ese bastón, ¿no?

Sofía sonrió, y asintió en silencio.

—Pues enséñale el camino.

Andrés aceleró, dirigiendo la barca de vuelta a casa. Sofía dirigió una última mirada hacia la isla, que aparecía ahora oscura y silenciosa, iluminada tan solo por la luz del faro, que trabajaba constante. Le pareció ver una figura blanca, iluminada por la luz de la luna. Un caballo, que cabalgaba libre y salvaje. Un unicornio, tal vez.

15

Horas después, Sofía descansaba plácidamente en su cama. Se había llevado un pequeño sermón por parte de su madre, pequeño porque el miedo a lo que hubiera podido sucederle a su hija había atenuado el enfado por la locura que había cometido. Ya verían, cuando los ánimos estuvieran más calmados, de qué manera podía contribuir Sofía para arreglar el asunto del velero. Su padre se había despedido de ella, antes de que se fuera a dormir. Le había prometido que, esta vez, tardaría mucho en volver a coger las maletas. Se quedaría en su coqueto piso en el barrio de Vegueta y no se marcharía hasta que no le tocara hacer una gira para las firmas de libros. Aquella era una gran noticia. Y tras la conversación con él, aquella tarde, ella se sentía más unida a él. Había vuelto a crecer en ella la esperanza de que su relación podría recuperarse. Y aún más esperanzador había sido el abrazo que se habían dado sus padres. Sabía que había sido algo instintivo, llevados por la emoción de ver a su hija con vida, y sin embargo, ella no podía evitar que un pequeño halo de esperanza se instalase en su corazón.

Abrió los ojos en mitad de la noche; supuso que todo lo sucedido aquel día la había desvelado. Tardó unos instantes en recordar la isla, y lo vivido allí. En aquel momento, en la penumbra, pensó que todo no había sido más que un sueño. Y entonces se percató de su mano cerrada, reteniendo algún objeto, áspero al tacto. Abrió la mano y se encontró con una pequeña piedrecita. No había sido un sueño.

Se levantó y se aproximó a la ventana, buscando la luz de la luna. Volvió a mirar la piedra, que irradió destellos dorados con la luz de la luna llena. Recordó la historia de Edward, cuando había traído a tierra un hada, que no había sobrevivido en el mundo real. En un acto reflejo, llevó la piedrecita a sus labios y deseó que los sueños de Cristian se cumplieran. Y se convenció a sí misma de que nadie ni nada, más que ellos mismos, podría destruirlos.

El sol apenas había comenzado a asomar tímidamente en el cielo cuando Sofía abrió la verja de la casa de Teresa y se coló en su jardín. Llevaba consigo la caja de Carmen, para devolvérsela a Cristian. Supuso que, siendo tan pronto, él estaría aún durmiendo. Se acercó a la ventana sigilosamente, y

se subió al banco en el que tantas tardes había leído la historia sobre aquella isla mágica con él. Desde allí llegaba perfectamente a la ventana de la habitación del chico. La arrastró despacio, hasta abrirla por completo. Cris había tomado la costumbre de no dejar la ventana totalmente encajada, de manera que Sofía pudiera abrirla y llamarle cuando llegaba. Pero esta vez no le llamó directamente. Se asomó al interior y vio al chico tumbado en su cama, durmiendo plácidamente. Permaneció un instante allí, observándole mientras dormía. La cama quedaba justo en la pared opuesta a la ventana, y él estaba echado de costado, de manera que desde donde estaba ella veía perfectamente su rostro completamente en calma, su pecho desnudo ascendiendo y descendiendo con suavidad, el resto de su cuerpo oculto bajo una liviana sábana. Era perfecto.

De puntillas sobre el banco, coló primero la caja dentro y la posó sobre el escritorio. Luego se aferró al vano de la ventana y alzó el tronco hasta quedar sentada sobre el estrecho muro. Procurando no hacer ruido, se deslizó de este hasta poner los pies en el suelo de la habitación de Cristian. Era la primera vez que se colaba sin avisar. Sabía que Teresa no estaba en casa, y esa certeza era la que le había animado a colarse en su cuarto. A esa hora tan temprana, en sábado, no fallaba a su cita para encontrarse con sus amigas; un largo paseo por la playa de Las Canteras, y luego un desayuno generoso en el paseo. Tardaría cerca de un par de horas en estar de vuelta. Sofía se había colado en la habitación de Cris, y, sin embargo, no tenía pretensiones de que sucediera lo que sucedió aquella mañana.

Sofía se quitó los zapatos antes de colarse en la cama de Cristian. Sin poder evitar una sonrisa, al imaginar la cara que él pondría cuando abriera los ojos, se aferró al cuerpo de él y comenzó a darle besos suaves en el hombro y el cuello descubiertos. Él no tardó en abrir los ojos, soñoliento. La miró, con los ojos entreabiertos, y una suave sonrisa iluminó su rostro.

—¿Estoy soñando? Tú, en mi cama. Demasiado perfecto para ser real —murmuró mientras pasaba su brazo por la cintura de ella y la estrechaba contra sí.

—Shhh... sigue soñando... Yo estaré ahí, contigo... —susurró ella, al tiempo que le silenciaba uniendo los labios a los de él. Se besaron, sin separar un ápice sus cuerpos unidos. No se habían sentido tan cerca, en un contacto tan

directo de sus cuerpos hasta ese momento. Cristian agarró la sábana que le tapaba y la elevó para que Sofía pudiera colarse bajo ella. Él apenas llevaba un pantalón corto de algodón y el contacto de su cálido cuerpo le pareció a Sofía el tacto más agradable que había sentido jamás. Fue en aquel instante, bajo la sábana que cubría sus cuerpos fundidos en uno, cuando Sofía se sorprendió al darse cuenta de lo que su cuerpo y su mente estaban de acuerdo en que deseaban que sucediera en aquel lugar, en aquel instante, por primera vez. Y él pareció entender de inmediato las señales que emitía Sofía, la intensidad de sus besos, el anhelo de sus caricias. Y fue por ello, que la detuvo.

—Sofía. Creo que... yo no sé si... —No sabía de qué manera explicárselo. Cómo decirle que tenía miedo, pues a pesar de que no había nada que deseara más en el mundo, tenía miedo a que su sensibilidad en aquella zona de su cuerpo no se portara como era debido.

—Cristian, no tengas miedo. Esto es totalmente nuevo para los dos. Solo hay un problema...

—¿Un problema?

—Uno grande. No tenemos...

Él sonrió, entendiendo a qué se refería, a pesar de que ella no se atreviera a terminar la frase.

—Sí tenemos. Desde que le hablé de ti a mi fisioterapeuta, se encargó de meterme unos cuantos en el bolsillo del pantalón. Quería darme a entender que... a pesar de todo, no tendría problema en...

—Cris.

—¿Qué?

—¿Dónde están?

—Sí, claro. En el segundo cajón del escritorio, dentro de un estuche azul.

Sofía no tardó en volver junto a él. Se dejaron llevar por la vorágine de sentimientos que sentían el uno por el otro, y aquella tarde de mayo, no fueron más que dos adolescentes haciendo el amor por primera vez. Y como suele pasar, la magia se creó gracias a las miradas, las caricias, las palabras de cariño que ambos se dedicaban. El resto sería un par de cuerpos confusos, torpes, buscando la mejor manera de encontrarse, de confundirse en uno solo. Sin embargo, con el pasar de los años, Sofía solo recordaría una cosa de aquella mañana; los labios de él, susurrándole al oído cuánto la quería, mientras su cuerpo trataba de expresarlo de la mejor manera posible. Y

Cristian se llevaría para sí el brillo de felicidad en los ojos de ella, sus manos inquietas poniéndole la piel de gallina con su dulce contacto.

—Tengo algo que te pertenece —susurró ella, al tiempo que se inclinaba a recoger su vestido, que había tirado al suelo minutos antes. Buscó en el pequeño bolsillo lateral, hasta dar con lo que estaba buscando. Tomó la mano de él y depositó en su palma el objeto. Él lo escudriñó, y la miró a ella, sin comprender.

—¿Una piedra?

—No es una piedra cualquiera. Fíjate en el color que tiene.

Él seguía mirándola, tratando de entender. Hasta que los tonos destellantes de un intenso dorado procedentes de aquel guijarro le llevaron de vuelta a la isla del libro que tantas tardes había leído junto a Sofía.

—¿De dónde la has sacado?

—De la isla —respondió, con total naturalidad.

—¿Cómo que de la isla?

—Fui en busca de la isla. Y la encontré.

—¿Estás hablando en serio? —Él no salía de su asombro, mientras daba vueltas y más vueltas a la piedra dorada.

—Y tan en serio.

—Pero... ¿cuándo? ¿cómo? ¿y por qué narices no me dijiste nada?

—No te dije nada porque sabía que me dirías que me había vuelto loca.

—Obviamente.

—Pues eso. —Se encogió de hombros.

—Sigue.

—Fui ayer, en el velero de mi padre, siguiendo las coordenadas del mapa que encontraste en el jardín.

—¿Y fuiste sola? —Él no sabía por dónde empezar, de tantas preguntas como quería hacerle.

—Sí.

—Estás loca. Podía haberte pasado algo.

—La verdad es que estuve a punto de palmarla.

Él se tapó el rostro con las manos.

—Pero bueno, mereció la pena. Sobreviví, y estoy aquí para contarlo. Aunque el velero casi no lo cuenta, y yo voy a tener que echar horas extra para pagar el arreglo.

—Genial. —Negó él con el rostro.

—¿No me vas a preguntar si encontré seres mágicos en la isla?

—Sí, claro. En cuanto sea capaz de salir del shock de pensar que podrías haber muerto buscando una quimera.

—Vaya, no lo había visto así. Hubiera sido una forma interesante de morir.

—Muy graciosa. Venga, dime, qué encontraste.

—Bueno, de alguna manera, te aseguro que la isla está cargada de magia. Pero no de la magia de la que habla mi padre en su libro. No había unicornios, ni hadas. O eso creo. Aunque hubiera asegurado que fueron unas sirenas quienes me salvaron.

Él sonrió, y ella siguió contándole.

—Sí, encontré una isla impresionante, con su playa de arena dorada y su bosque. Y un faro. Un faro abandonado, lleno de pequeñas máquinas de proyección similares al collar de tu madre. Y habitaciones, idénticas a las descritas en el libro de mi padre.

—¿Cómo?

—¿Empiezo desde el principio?

—Sí, por favor. Me va a dar un ataque de ansiedad. Pero primero debemos vestirnos, mi abuela llegará en breve, y no creo que sea cómodo para ella encontrar a Adán y Eva en el cuarto de su nieto.

Se vistieron y permanecieron sentados en la cama, uno junto al otro, sus manos entrelazadas.

Y mientras Sofía le narraba la historia que sus padres le habían contado el día anterior, no podía evitar recordar aquella historia en su cabeza, tal y como su padre se la había contado.

—Verás... Nosotros... Solíamos jugar en el jardín de la casa donde vivía Carmen, la madre de Cristian. Era un jardín realmente mágico — comenzó su padre. Ella escuchaba atenta, ya recostada en el sofá, con el pijama puesto y arropada por su manta favorita.

—Sé de qué hablas. Allí es donde suelo pasar las tardes con Cristian.

—Pues entonces entenderás lo fácil que era, en aquel lugar, olvidarse de las miserias del mundo real. Todos nosotros teníamos secretos, problemas... un lado oscuro de nuestras vidas que, mientras caía el sol en aquel jardín, parecía disolverse entre los rayos que se colaban entre las

hojas del gran laurel. Elsa, Julián, Carmen y yo. Los Marina, Airam, Gara y Dani que ya conoces de mi historia. Los cuatro mosqueteros. Pasábamos las tardes entre libros, historias que nos hacían evadirnos, vivir otras vidas. Otras veces interpretábamos aquellas mismas historias; y jugábamos a ser los Niños Perdidos de Nunca Jamás, o imitábamos la escena de Cantando Bajo la Lluvia cuando caía una ligera tormenta de verano... —Aquel recuerdo pareció devolverle a un pasado mejor, y su mirada se perdió en el café que sostenía entre las manos mientras una amplia sonrisa cruzaba su rostro. Su madre sonreía también. Sofía, al conocer el contexto del que le hablaba, no tardó en imaginar a los cuatro jóvenes, entre risas, bailando y cantando mientras la suave lluvia empapaba sus rostros. Ni verles a los cuatro, acomodados bajo el gran laurel, escuchando a su padre (era él en su imaginación quien narraba la historia) contándoles las hazañas de Huckleberry Finn.

—Una tarde de julio, Carmen nos reveló un secreto; el mapa de una isla perdida en el Atlántico —prosiguió esta vez Elsa, al ver que su exmarido se había quedado anclado en los recuerdos—. Aquello nos atrajo infinitamente a los cinco. Cinco, porque por aquel entonces mi hermanastra Yaiza, ya formaba parte de mi vida.

—Y Yaiza es Olivia, ¿no papá?

—Exactamente. Tenía un carácter algo difícil.

—Muy difícil —murmuró Elsa—. Tu padre ya navegaba en aquella época, así que planeamos una escapada. Nos marcharíamos a esa isla, sin decir nada a nadie. Tardamos unos días en planearlo. Preparamos provisiones de agua y comida, una pequeña mochila con algo de ropa y zarpamos rumbo a aquel lugar misterioso del que nos había hablado Carmen.

—Espera. —La detuvo Cristian, mientras Sofía le contaba la misma historia que sus padres le habían contado a ella la noche pasada— ¿Me estás diciendo que se fugaron de casa?

—Sí.

—¿Por eso ocultaron esta historia? ¿Por qué les avergonzaba lo que habían hecho?

—En parte sí, por eso.

—Vayas macarras que teníamos por padres.

Ella rió.

—¿Y entonces? ¿Llegaron a la isla?

Ella asintió.

—¿Y?

El desarrollo de aquella historia narrada por su padre la noche anterior, volvió a guiarla para contársela a Cristian.

—Una tarde, tras demasiadas horas de navegación, y convencidos ya de que falleceríamos en medio de aquel mar eterno, al fin atracamos en una playa de arena dorada. En nuestro delirio de falta de sueño y agotamiento, habíamos estado convencidos de que aquel lugar que buscábamos era San Borondón, la isla que aparece y desaparece, tal y como indicaba el mapa de Carmen. Y cuando al fin pusimos los pies sobre la cálida arena y perdimos la vista en aquel horizonte de tonalidades imposibles, nos convencimos de ello. Aquel lugar debía ser una especie de limbo, un lugar entre el cielo y la tierra, que ni siquiera aparecía en los mapas de la época. Conocimos a Tomás, el farero ermitaño que vivía desde hacía años completamente solo, dedicando la mayor parte de las horas del día a sus máquinas de proyecciones mágicas. Tomás, el personaje que me inspiró para crear al Edward de El Guardián de los Sueños Perdidos, ese personaje extraño que se encargaba de la isla.

—Y no había unicornios, ni sirenas.

—No. Mi padre solo les dio en la historia la libertad que cada uno necesitaba en la vida real. Ninguno de ellos tenía una vida fácil, por eso se escaparon de casa. Y por eso mi padre creó un personaje mágico para cada uno de ellos. Solo quería ayudarles a soñar despiertos .

—¿Y los sueños?

—Era un juego, Cris. Jugaban en el balcón que rodeaba la parte alta del faro; escribían sus sueños en un papel, envolvían en él una piedrecita dorada de la playa, y justo cuando la luz del faro les envolvía, lo tiraban por el acantilado, confiando en que así sus sueños se cumplirían.

—Que juego tan extraño.

—El de unos niños con mucha imaginación y deseosos de que sucediera

un milagro que cambiase sus vidas.

—Pero no entiendo... que yo sepa mi madre no tenía ningún problema en casa, ni nada por lo que huir.

—Cris, tu madre...

Él permaneció en silencio, con la mirada perdida, pensando.

—Ella me confesó una vez que no conocía a su padre biológico, que mi abuelo Antonio no era su verdadero padre, aunque siempre la había criado como tal —recordó él—. Pero me lo contó como algo anecdótico, sin importancia. Ella adoraba a mi abuelo.

Sofía respiró tranquila. Se alegraba de no haber tenido que ser ella quien le confesara algo tan grande.

—Supongo que con el tiempo y los años lo entendió y lo aceptó, pero tal vez hubo un tiempo en que esa verdad no le fue tan fácil de digerir.

En ese momento oyeron la puerta de entrada a la casa cerrarse.

—Ya llegó mi abuela.

Sofía asintió, tragando saliva. Metió la mano en su bolsillo y agarró con fuerza el otro objeto que había traído ese día. Había llegado la hora.

—Vamos. Traje algo más de la isla. Algo que pertenece a tu abuela.

Él la miró, sin comprender. Pero ella prefirió no desvelar nada más.

Cuando llegaron al salón, Teresa estaba colocando su bolso en el perchero de la entrada. Les dedicó una sonrisa al verles llegar.

—Buenos días chicos. ¿Ya habéis desayunado? Os haré unas tostadas y un Cola Cao en un santiamén.

Sofía sintió que se ruborizaba al percatarse de lo que acababa de ocurrir hacía solo un rato en la habitación de Cristian, y que ahora estuviera allí su abuela, ofreciéndoles un Cola Cao.

—Abuela, creo que Sofía quiere hablar contigo. Y a mí me intriga tanto lo que tiene que mostrarte, que dudo que pueda ser capaz de ingerir nada hasta ver de qué se trata.

La anciana asintió, sin comprender.

—Está bien. ¿Nos sentamos aquí entonces? —preguntó indicando el sofá próximo a ellos.

—Preferiría que saliéramos al aire libre... —susurró Sofía. Estaba convencida de que Teresa se lo agradecería en cuanto le mostrara lo que había

traído de la isla.

—Vaya... ojo, que a mi edad ya no son buenas tantas intrigas —comentó la anciana, bromeando, mientras salía al exterior tras los jóvenes. Sofia se preocupó al oír aquel comentario. ¿Y si aquello la dejaba tan alterada que realmente le afectaba de alguna manera? Por un momento se arrepintió de lo que se disponía a hacer.

Cruzaron la fachada y llegaron al jardín. Teresa permaneció de pie junto al banco de madera, expectante.

—Siéntese Teresa, por favor —rogó Sofia en un hilillo de voz, al tiempo que ella misma se sentaba también. No quiso esperar más. Supo que si demoraba aquel momento, buscaría una excusa y no se lo mostraría. Pero se moría por conocer aquella historia, la que Teresa tenía que contar. Así que sin pensarlo más, sacó el colgante que llevaba en su bolsillo y lo depositó en las manos de Teresa.

Ella estudió con detenimiento aquel objeto. Y no tardó en reconocerlo. Luchó contra las lágrimas, pero no pudo evitar que descendieran silenciosas por sus mejillas, arrastradas una vez más por todo lo que había quedado atrás en su vida.

—Sofía, pero dónde... esto... —murmuró Teresa, mientras sus dedos acariciaban la superficie del colgante de plata en el que estaba su nombre tallado con hermosas letras.

—Estaba en la isla, Teresa. En San Borondón.

—Oh, dios mío. San Borondón... —repitió, perpleja. Perdió la vista entre las ramas del laurel, mientras su mente parecía estar muy lejos de allí.

—Es una historia muy larga Teresa. Pero gustosa se la contaremos desde el principio, Cristian y yo.

Sofía dirigió su mirada a Cristian, que permanecía atónito observando aquel colgante que, a pesar de tener una forma distinta al que él había encontrado con el nombre de su madre (el de Teresa tenía forma de corazón, y el de Carmen era una estrella), había identificado como iguales, en tamaño, color y tipografía de las letras talladas en él.

Sofía decidió ir en busca de una bandeja con algo para refrescar aquellas gargantas que sin duda habían quedado secas tras el descubrimiento: un té para Teresa; Cola Dao para ellos. Iba a ser una mañana larga. Tenían mucho de qué hablar. Y las historias del pasado volvieron a hacerse presentes en aquel jardín que se había convertido ya en un escenario detenido en el tiempo, y con

un sinfín de secretos arremolinados en la suave brisa de las tardes de verano. Ellos hablaron primero. Pusieron al día a Teresa sobre la historia que habían estado leyendo, la que les había unido. Luego le confesaron cómo después Cristian había descubierto aquel tesoro en el jardín. Llegados a este punto, Teresa, que les había escuchado sin apenas tomar aire, les detuvo.

—¿Puedes traer esa caja, cielo? —preguntó Teresa a Sofía. Ella no tardó en volver con la caja que escondía aquellos tesoros. La anciana escudriñó en silencio el contenido. La foto, en la que reconoció a su hija y a sus amigos de la infancia; la libreta, cuyo contenido no alcanzó a comprender, pero en la que sí apreció la indudable letra de su hija Carmen; y el mapa. Aquel mapa. El mismo que, prácticamente ya en otra vida, le había pertenecido a ella, y le había indicado un camino que nunca retomó. Le dio la vuelta y buscó la nota que años atrás había escrito en él. Apenas quedaban ya restos de tinta; el mapa en sí estaba muy desgastado, apenas sí se sostenían sus dobleces y aquel mensaje se había borrado casi por completo, como si sobre él se hubiera derramado agua.

—Es increíble. Lo di por perdido, creí que tu madre lo habría tirado. ¿y decís que estuvo todo este tiempo aquí, en el jardín?

Ambos asintieron en silencio. Teresa trató de ponerlo en su posición inicial con esmero. Quería conservarlo, ahora que sabía que seguía existiendo.

—Abuela. Ya te hemos contado todo. Te toca explicarnos algo, por favor. No soportamos más tanto misterio.

Ella sonrió a su nieto con cariño, y volvió al presente.

—Cristian cariño, tú sabes que tu abuelo Antonio hizo sus funciones de padre y de abuelo maravillosamente bien. A pesar de que sabía que tu madre, Carmen, no era su hija biológica, jamás demostró que eso pudiera reducir ni un ápice el amor que sentía por ella. Estaba muy enamorado de mí, y quiso a tu madre como si fuera su hija carnal.

—Lo sé abuela. Era el mejor abuelo del mundo —declaró él en un murmullo.

—Sin embargo, cuando tu madre se enteró de que él no era su verdadero padre, en un principio no se lo tomó muy bien.

Teresa se fue de nuevo al pasado. Y volvió a recordar aquel día, cuando su hija se había enterado de su gran secreto, como si lo estuviera viviendo en aquel mismo instante.

Carmen siempre había intuido que le ocultaba algo. Tal vez mi mirada se perdía con demasiada frecuencia. Alguna vez me había sorprendido con lágrimas silenciosas en los ojos. Estaba convencida de que había algo que yo no le había contado.

No tardó en encontrar el mapa. Un día, mientras buscaba papel de regalo en el armario del sótano, dio de pronto con una cajita de madera alargada. La curiosidad le llevó a abrirla, y su interior reveló una puerta de su vida que sabía que siempre había estado allí, esperando que la abriera.

—Es de mi padre, ¿verdad? —vociferó mientras sostenía el mapa frente a mí.

Dejé de inmediato lo que estaba haciendo. Y me quedé paralizada.

—Vamos, mamá. ¿Es de mi padre?

Nunca nadie le había dicho que Antonio, el hombre que la había criado, no fuera su padre biológico. Y sin embargo, siempre había sentido que faltaba algo en aquella relación, a pesar de todo el afecto. Al ver aquel mapa, con aquel mensaje escrito a mano en el reverso, era como si la verdad se hubiera revelado sola.

—Sí, es de tu padre —confesé, con voz agotada, como si no pudiera contener ni un instante más aquel secreto.

Carmen se sentó al oír aquellas palabras. Las esperaba, pero ahora que sus dudas se veían confirmadas, no parecía tan fácil de asumir la verdad.

—Siento que te hayas enterado así. Pretendía que...

—Pretendías que nunca me enterase.

—Sí.

—Tenía derecho a saberlo.

—Solo te haría daño. Antonio es tu único padre. Él se ha hecho cargo de ti, y te quiere como a su única hija.

—No puedo creer que me hayáis hecho esto.

—Solo queríamos protegerte...

—¿Protegerme de saber la verdad sobre mí misma? Os odio.

Carmen tardaría algunos días en aceptar aquella historia, y en tomar la decisión de seguir las indicaciones de aquel mapa para conocer a su padre. Mientras tanto yo trataría por todos los medios de hacerla entrar en razón, sin resultado alguno.

—Abuela, sigo sin comprender qué tiene que ver ese mapa de la isla, con que Sofía encontrara en ese lugar un colgante con tu nombre inscrito como el de mi madre. Ni con la historia del padre biológico de mi madre... —Apenas había terminado de hablar, cuando las piezas de aquel rompecabezas empezaron a encajar para él. Cada una se fue colocando en su sitio.

—El farero... Tomás... —murmuró en voz alta Sofía, para quien aquella historia también empezaba ya a cobrar sentido.

—Esperad. —Les detuvo Teresa—. Dejadme que os lo cuente.

Y Teresa comenzó a contarles su historia, reviviéndola como si el tiempo no hubiera pasado.

Me enamoré de él, como en las grandes historias, desde el primer momento en que le vi. Por aquel entonces yo era la hija del dueño de una buena porción de tierras del norte de esta isla, y él un trabajador de las mismas. Estaba loca por él, y él por mí, pero ambos éramos conscientes de que en el mundo en el que vivíamos no había lugar para un amor entre dos personas de clases sociales tan distintas.

Así que planeamos fugarnos juntos. Aquella tarde salí de casa con solo una pequeña maleta conmigo, con varias mudas de ropa y algunos libros que consideraba imprescindibles. Allí adonde íbamos el tiempo se detenía, y podría leer todo lo que quisiera. Cuando llegué al puerto, él me esperaba ya. Me sonrió, con una sonrisa llena de optimismo y expectación. Aquel día, nuestras vidas se transformarían para siempre.

Él me había prometido un lugar en el que podríamos querernos sin limitaciones, sin que nadie opinara sobre lo nuestro.

Y efectivamente, así fue.

Navegamos durante un par de días en un pequeño barco desprovisto de motor, por lo que el viaje se veía limitado a que el tiempo estuviera dispuesto a hacer avanzar la nave. Y llegamos a la isla, un paraíso en medio del Atlántico. Estábamos convencidos de que aquel lugar debía ser San Borondón, la isla de los soñadores. No había un lugar en el mundo con unos atardeceres más bellos que desde aquella playa de arena dorada. Él había abandonado su antiguo trabajo en las tierras de mi padre; había encontrado el oficio ideal para poder vivir libremente nuestro amor. Le habían encargado el funcionamiento y mantenimiento del faro de la isla, un antiguo

faro que servía para avisar a los barcos de la existencia de aquel lugar, para que no encallaran en él. Y durante un tiempo, allí vivimos libres, felices. Él se encargaba de tener el faro apunto, de que todo funcionara correctamente, y yo disfrutaba de largos paseos por la playa y de lecturas al atardecer.

El tiempo pasaba despacio, con tan poco que hacer. Un día, meses después de nuestra llegada a la isla, me di cuenta de que tenía una falta. Y entonces, todas las náuseas matutinas y los vómitos de las dos últimas semanas cobraron sentido. Estaba embarazada.

Él no solo estaba enamorado de mí. También lo estaba de aquel lugar. Perdidamente enamorado. Y no podía marcharse, tenía trabajo que hacer. Así que aquel día me llevó de vuelta a tierra firme, e inmediatamente regresó él solo a la isla. Le aseguré que volvería. Que encontraría a algún trabajador de mi padre que me llevara de vuelta. Solo quería ver a mi familia de nuevo, pues les añoraba. Y tener algo de vida social. Me estaba ahogando en aquella isla. A pesar de quererle tanto, aquel lugar me estaba ahogando. Llevábamos demasiados meses aislados, y, lo que en principio nos pareció un paraíso, a mí en los últimos tiempos se me antojaba ya como un infierno en la tierra. Y no era solo eso. Estaba embarazada. Aunque no me había atrevido a decírselo a él aún, pues esperaba confirmarlo con mi médico primero, antes de darle tan importante noticia. Y este no tardó en confirmar que mis suposiciones eran ciertas. Lo que realmente no me planteé, es que no volvería a la isla. Le amaba tanto que estaba dispuesta a vivir en aquel aislamiento por él.

Antes de dejarme de vuelta en casa, él me entregó una cajita, con un mapa dentro. Un mapa para que, sucediese lo que sucediese, fuese capaz de encontrar el camino de vuelta a la isla. Y un mensaje, escrito a mano en la parte trasera del mapa. Un mensaje que, sin duda, indicaba que él temía que aquello fuera una despedida.

Por si decides volver, te esperaré siempre, amor mío.

No volví a la isla. Los días pasaron, y mi padre se encargó de casarme lo antes posible. El médico de la familia le había revelado mi estado. Para mi padre entonces la prioridad era encontrarme esposo, antes de que la barriga comenzara a ser prominente. Y yo le dejé hacer. Me rendí. Me rendí porque no encontraba lugar en aquella isla perdida del mundo para criar a un hijo. Me rendí porque cuando volví a pisar tierra firme, me di cuenta de

lo poco realista que había sido. Y decidí poner los pies en la tierra, ser sensata, hacer lo que se esperaba de mí. Aunque mi corazón, inevitablemente, se quedó en la isla.

Para cuando Teresa terminó de contar su historia, ya era incapaz de contener un llanto silencioso y pacífico, como un testigo del pasado que había asumido, y que sin embargo volvía a escocer al hacerse de nuevo presente.

—Abuela —susurró Cristian, tomando la mano de su abuela, sin saber muy bien como consolarla. En el último año era ella siempre la que le consolaba a él, y no al revés. En ese momento, mientras su mano joven y llena de vida se posaba sobre la de ella, ya desgastada y llena de arrugas, tantas como momentos vividos a lo largo de su amplia existencia, él se dio cuenta de lo que ella había debido sufrir en el último año. Y solo lo suponía, porque, encapsulado en su propio dolor como había estado, no se había detenido a plantearse lo doloroso que debía ser enterrar a un hijo, cuando el ciclo de la vida comprende que debe ser al revés. Luchó ahora por contener sus propias lágrimas. No quería llorar delante de Sofía.

—Es una historia preciosa Teresa —murmuró Sofía, que no sabía bien qué decir. Se sentía culpable de aquellas lágrimas derramadas.

—Sí, realmente lo fue —respondió la anciana, que había logrado calmarse, y una suave sonrisa cruzaba su rostro ahora.

—Pero no volvió a la isla nunca —afirmó Sofía. Una historia preciosa que terminaba en una triste despedida.

—No. No volví. Me centré en mi embarazo, y traté de mentalizarme de que aquel capricho infantil no tenía ningún sentido. Eran otros tiempos... a las mujeres nos metían en la cabeza, desde muy pequeñas, que debíamos buscar un buen esposo y casarnos. Y Tomás era un soñador, un alma libre que jamás podría atarse a un trabajo corriente por mucho tiempo, y a una vida sosegada y rutinaria. Aquel amor de adolescencia no llegaría a ninguna parte en un mundo como aquel. Así que traté de olvidar aquel amor y aquella isla. Aunque la verdad es que nunca pude olvidarle.

Teresa había hablado con sinceridad, con la vista perdida en el pasado, y solo al terminar recordó lo que aquella confesión podía suponer para su nieto.

—Lo siento cariño, espero que puedas perdonarme. Yo quería muchísimo a tu abuelo, muchísimo. Fue un marido maravilloso, y el mejor padre para mi

hija. Pero...

—Abuela, no hay nada que perdonar. En el corazón no se manda. Te entiendo perfectamente.

Y tanto que la entendía. Desde que Sofia se había colado en su propio corazón, entendía que las emociones y los sentimientos tenían vida propia.

—Y entonces... supongo que él te dejó ese colgante en el faro, por si volvías... —insistió Sofia, que seguía absorta en aquella historia.

—Supongo. Nunca volví a saber de él, hasta que años más tarde a mi hija Carmen se le metió en la cabeza que debía conocerle.

Su mente longeva volvió a perderse, una vez más, en el pasado.

—¡Carmen, hija! —exclamé al verla entrar por la puerta. Por un momento, estuve segura de que aquello había sido una alucinación. Llevaba una semana sin saber nada de mi única hija, una adolescente rebelde de quince años que se había marchado dejando solo una nota: «Me voy a conocer a mi padre. No regresaré hasta que lo encuentre. Estaré bien, no te preocupes».

Había pasado la semana en un sin vivir constante. Temía perderla, temía que me hubieran arrancado a la parte más importante de mi vida. Así que cuando la vi entrar por aquella puerta, sentí que había vuelto a la vida.

—¿Dónde has estado? ¿Estás bien? —Sollocé mientras me perdía entre los cabellos de mi hija, que se dejó abrazar en silencio.

—Lo siento. Lo siento mamá. Pero era muy importante para mí. Nunca me hubieras dejado ir.

—Oh hija, pensé que te perdía. —Las lágrimas apenas me dejaban hablar. La acompañó hasta el sofá, donde nos sentamos.

—Estoy aquí, estoy bien. Le conocí, mamá.

—Pero...

—Sí, mamá. Fuimos a la isla. Y le conocí. No le dije quién era, pero le conocí. Ha perdido la cabeza.

—Pero hija, por dios, no sabes lo que me has hecho vivir.

—Lo siento. Pero tenía que conocerle y sabía que si te lo decía, tratarías de detenerme. Así que guiados por el mapa, llegamos hasta la isla.

Fue entonces cuando me fijé en el colgante que llevaba mi hija al cuello. Y no tardé en reconocer el diseño que solía usar él en sus labores de

fundido. Durante los días en la isla, en todas aquellas horas muertas, él se dedicaba en cuerpo y alma a sus excéntricas aficiones; la creación de una especie de proyector de imágenes en miniatura, que podía llevarse en el cuerpo, en forma de pulseras o colgantes que él mismo creaba. Nunca llegó a entender el sentido de aquello. Casi sin darme cuenta, mi mano se deslizó hacia el collar que pendía del cuello de Carmen. Acaricié las letras, creadas a mano sobre el metal, con el nombre de mi hija.

—Me lo hizo él. Nos hizo uno a cada uno. Para que no nos olvidemos de la isla. Pero yo quiero olvidarla, mamá. No quiero recordar nada de ella. ¿Podemos hacer como si esto nunca hubiera sucedido? Solo quiero olvidar...

—Pero Carmen no consiguió olvidarla la isla, no del todo —murmuró Sofía, ante el silencio de Teresa—. Años después, mi padre le ofreció leer su versión de fantasía sobre la isla. Una historia inconclusa, que él era incapaz de cerrar. Y solo entonces, ella decidió poner un final. Un punto y final, tratando así de cerrar aquel capítulo de su vida. Y lo hizo al estilo de su amigo Andrés; obviando la realidad, creando una fantasía que hiciera más fácil el olvido de lo que supuso en realidad aquel viaje.

Cuando Sofía terminó de hablar, el sol estaba ya muy alto, en un cielo despejado. Costaba asumir que toda aquella historia formara parte de sus vidas, de su realidad.

—Aun nos queda algo más que hacer Cris. Pero no sé si tú... —dudó, insegura. No quería que él sufriera más—. Me gustaría ir contigo, pero si no te ves con fuerzas...

Teresa les había dejado hacía solo unos minutos, disculpándose porque aún tenía que organizar algunas cosas en la cocina. Sofía estaba segura de que aquella historia la había removido por dentro. Había dudado muchísimo en llevarle el colgante. Pero sentía que debía entregárselo. Le pertenecía a ella, no podía ocultar algo así. Pero ya había provocado demasiadas lágrimas, no quería entristecer también a Cristian aquel día.

—Dime qué es. Tranquila —respondió él. Aquella historia también había removido muchas cosas en Cristian. Y sin embargo, se sentía más esperanzado y lleno de vida de lo que recordaba haberse sentido en el último año. Como si aquella historia le hubiera traído un poquito de vuelta a su madre.

—Tenemos que hacer una visita al cementerio.

Él asintió, tratando de mostrar entereza.

—Claro que te acompañaré.

—Pero Cris, yo no sé si debieras, no quiero verte caer otra vez...

—No voy a volver a caer, Sofia. Tranquila. Iremos al cementerio, a mí esta historia también me tiene muy intrigado. Y sobre lo que te preocupa, creo que es el momento adecuado para ir a hacer una visita a mis padres y despedirme de ellos, como aún no he sido capaz de hacerlo. Pero lo haremos en otro momento. Ellos no están enterrados en el cementerio.

—Está bien. —Aceptó ella finalmente. Le tranquilizaba saber que la tumba de sus padres no estaría allí—. Iremos esta tarde.

16

Ella no tardaría en volver aquel día. El tiempo justo de comer algo a toda prisa y detenerse en la floristería. A su vuelta, tocó al timbre y esperó a que Cristian saliera. Él se fijó en la rosa roja que ella llevaba en la mano. Solo una, de enormes pétalos color rubí. Seguía sin saber qué iban a hacer en el cementerio, ni, suponía, a qué tumba pensaba Sofia llevar aquella delicada flor. Y sin embargo, prefirió no preguntar.

Se apearon a solo unos metros del cementerio de Vegueta, un lugar con más de doscientos años de historia, un viejo edificio que permanecía sereno e inmutable, a pesar de la edificación cercana de enormes construcciones vanguardistas. Ninguno de los dos había estado nunca allí. Cristian no pudo evitar detenerse un instante ante el formidable pórtico de acceso y leer la inscripción sobre este;

*Templo de la verdad es el que miras
no desoigas la voz con que te advierte
que todo es ilusión menos la muerte.*

No pudo evitar un escalofrío ante aquella frase apocalíptica y certera. El día se había puesto fresco, y nubes grises, alargadas y deformes, parecían acompañarlos al interior del camposanto cuando al fin comenzaron a adentrarse en este. Una enorme cruz gótica presidía el lugar. A su alrededor comenzaban a extenderse los mausoleos, las tumbas salvaguardadas por estatuas de mármol, que parecían mirar al horizonte infinito, a sabiendas de que permanecerían allí eternamente, a expensas de los cambios climáticos. Sofia sacó de su bolsillo un pequeño papel. Lo estudió un instante, para saber adónde debían dirigirse. Su padre le había hecho un pequeño croquis del lugar para que supiera dónde encontrar el nicho que buscaba. Antes de comenzar a dirigirse hacia el lado derecho del cementerio, escudriñó el gesto de Cris, en busca de una señal. Él, que mantenía la mirada perdida en aquel laberinto inerte, percibió la mirada de ella posada en su rostro y la miró, dedicándole una leve sonrisa con la que pretendía tranquilizarla. Avanzaron entonces, uno junto a otro, guiándose por aquel mapa. Al fin, ella se detuvo junto a una de aquellas terroríficas edificaciones de nichos hacinados. Como si al morir no

mereciéramos ya un mínimo espacio.

—Es aquí —anunció, señalando uno de aquellos nichos. Cristian alzó la vista hasta la lápida que ella le indicaba. De piedra oscura, con un sencillo grabado; solo una mísera cruz formada por dos delgadas líneas perpendiculares y los datos del fallecido.

JULIÁN DÍAZ
1974 - 1990
A los 16 años
D.E.P.

—¿Es Airam, verdad? —preguntó, a pesar de que estaba convencido de la respuesta.

—Sí, el Airam de la historia, el chico rebelde que vivía en un centro de menores y al llegar a la isla tenía la posibilidad de transformarse en un unicornio.

—Vaya. Y murió...

—Murió en la isla. Por eso mi padre creó una historia tan llena de fantasía, que les hiciera olvidar la realidad. Y por ello no fue capaz de terminarla. Por eso tu madre creó un final feliz para él. Ella se encargó de que tus abuelos pagaran esta tumba para él. Julián, nuestro Airam, no era tan distinto de cómo mi padre lo había descrito. Realmente procedía de un centro de menores. Hijo de madre alcohólica, ni siquiera conocía a su padre. Todas las tardes acudía a su cita en el jardín de las sonrisas eternas. Sus cuidadores le dejaban salir, ya tenía dieciséis y a pesar de su situación, era un chico responsable.

Ambos guardaron silencio, con las miradas posadas en aquellas escuetas palabras escritas sobre la lápida con las que se concluía aquella vida tan breve.

—Cuando llegué a la isla, antes de recobrar la conciencia, tuve un sueño muy vívido sobre él —murmuró Sofía—. Me pareció que, a pesar de todo, sus últimos días en la isla fueron los más felices de su vida. Tu madre tenía razón, realmente había encontrado un hogar.

Tragó saliva, al recordar la historia de Airam. Durante la extensa conversación que había mantenido con sus padres la noche anterior, le habían narrado también cómo había fallecido el chico.

—Fue un accidente. —Sintió que la voz se le ahogaba, pero respiró hondo, tratando de calmarse. Cris tenía derecho a conocer la historia.

Se habían prometido volver a casa al día siguiente. Llevaban una semana en la isla, y sabían que sus familias estarían buscándoles como locos. A Julián (nuestro Airam) nadie le esperaba a su regreso. Así que quiso pedir un último deseo al viento. Uno importante. Esperó a que todos se acostaran, pues necesitaba estar solo para poder concentrarse y desear con todas sus fuerzas que aquel sueño se cumpliera.

Aquella noche una gran tormenta estallaba en el exterior. Dentro podían oír llover a cántaros, y la luz de los relámpagos encendía las estancias. Pero estaban protegidos por aquellos muros de piedra. Sin embargo, fuera, la tormenta había enfurecido al mar, que hacía estallar sus olas impetuosas contra el lateral de la edificación.

Julián ascendió sigiloso las escaleras de caracol y llegó a lo alto del faro. Salió al balcón, y la magnitud de la tormenta debió sorprenderle. No tuvo tiempo siquiera de echar su sueño al mar; este se lo tragó primero.

Al día siguiente lo encontraron, entre las rocas cercanas al faro. Aún tenía su impermeable azul puesto. Parecía descansar su rostro en un gesto de paz y sosiego. En el bolsillo de su impermeable aun conservaba su sueño escrito en un papel, cerniendo una piedrecita dorada. Tomás, el farero, había escuchado pasos arriba aquella noche. Pero cuando se aproximó a las escaleras, ya no había nadie. El mar ya se había tragado a Julián.

—¿Cuál fue el deseo que le costó la vida, Sofía? —le interrumpió Cristian, que había escuchado la historia en completo silencio, sin mover ni un músculo.

Solo entonces, cuando Sofía fue capaz de volver al momento real, dejando atrás la isla, y escuchó la pregunta de Cris, se dio cuenta de que no debía haberle dejado que la acompañara. Que no debía haberle contado tampoco aquella historia tan trágica. Pero se había dejado llevar por las emociones que todos los descubrimientos sobre la isla le habían hecho sentir. Deslumbrada, no había sido capaz de ver la conexión entre la historia de Julián y la del mismo Cristian.

—Dímelo... Me temo que puedo suponer cuál era el sueño que más

anhelaba.

Pero Sofía ya no podía detener su llanto descontrolado. Lloraba por ese chico rebelde que no había encontrado su lugar en este mundo, lloraba por Cristian, lloraba por sí misma. Se dejó caer al suelo, junto a la silla de Cristian. Él aproximó su mano al rostro de ella, y trató de calmarla, acariciando sus cabellos lentamente.

—Sofía, tranquila... Vamos, todo va a ir bien—susurró a su oído.

—Ven.

Tiró de ella hacia arriba, obligándola a levantarse, y la sentó sobre sus piernas. Besó sus ojos, llevándose con él los restos de sus lágrimas saladas. Ella trató de recomponerse.

—Perdona, lo siento, siento haberte traído a este maldito lugar. Necesitaba despedirme de él, necesitaba cerrar esta historia y... no... no pensé en las consecuencias para ti. —Volvió a llorar descontrolada.

—Sofía. Estoy bien. Tranquilízate. ¿Vas a decirme ya cuál era ese dichoso sueño? ¿Tenía que ver con la familia, verdad?

Ella alzó la cabeza y le miró perpleja. Una vez más, se había adelantado a la historia. Ella recordó las palabras de su padre la noche anterior.

¿Sabes cuál era el sueño que le había costado la vida? Pidió tener una familia. Algo tan esencial, tan básico. Solo soñaba con que, al volver a casa, alguien le recibiera con los brazos abiertos.

—Sí —admitió ella finalmente—. Soñaba con tener una familia.

Él asintió en silencio, comprendiendo el repentino ataque de llorera que le había dado a ella.

—Vaya. Que trágico final el de nuestro querido Airam —murmuró, realmente apesadumbrado. Él también se había sentido parte de aquella historia desde el principio. Se había enamorado de la isla, de sus personajes, y de Sofía mientras le narraba las hazañas de aquellos chicos. Era cierto que, a pesar de tanta magia como inspiraba El Guardián de los Sueños Perdidos, algo en sus líneas destilaba melancolía y tristeza. Lo que jamás pudo imaginarse Cristian es que tras aquellas páginas se escondiera una historia real. Y mucho menos que su propia familia fuera el núcleo principal de aquella realidad oculta. En un solo día, había tenido que asumir que Sofía le había revelado que la San Borondón del libro que habían leído era real, que su madre se había fugado de casa en plena adolescencia para conocer a su padre biológico, que su abuela había estado completamente enamorada del que era

su abuelo biológico, un farero solitario que había perdido la cordura cuando su único amor le abandonó; y ahora, que Airam, el chico rebelde y de aire sombrío con el que tanto se había identificado estaba basado en alguien real, que había fallecido en el vano intento de pedir un último deseo al viento. Y sin embargo, a pesar de tanta realidad por asumir...

—Si algo he aprendido contigo, y con esta historia que nos ha acompañado, es que siempre hay algo por lo que luchar. A pesar de que todo parezca derrumbarse a nuestro alrededor, a pesar de que creamos que la vida ya no merece la pena ser vivida... siempre aparece un tenue ápice de luz, un ligero sueño por el que merece la pena seguir adelante.

Ella suspiró profundamente, y volvió a limpiarse el rostro de lágrimas.

—Y con esto que te estoy diciendo no quiero que te sientas comprometida a estar conmigo. Quiero que sepas que si un día decides marcharte, podrás hacerlo tranquila, en paz, sin remordimientos. He sido tan feliz a tu lado, me has hecho salir del Lago de la Tristeza en que estaba sumergido. Te debo mucho. Pero ahora sé que seguiré adelante. Que ojalá ese camino que me queda por andar sea a tu lado, nada me haría más feliz. Pero que si decides marcharte, no volveré a caerme. Quiero que sepas todo esto, para que elijas estar conmigo libremente. Sin sentirte jamás, en la obligación de estar aquí.

—Cristian, yo no voy a dejarte, yo...

—Sofía, necesito que lo sepas. Tenemos que ser realistas, y quiero que lo sepas. Y dicho esto, deja de llorar. Julián, donde quiera que esté, seguro que está ya con la familia que él deseaba. Y yo algún día también me reuniré con la mía de nuevo, estoy seguro. Pero mientras tanto, mi sueño ahora mismo es mirar hacia delante, aprovechar la oportunidad que me ha dado la vida. Y tú, Sofía... dime cómo estás tú, porque no me cabe duda de que también lloras por ti...

—Yo también estoy bien, Cris. Ahora sí. Creo que necesitaba desahogarme. —Volvió a respirar profundamente. Sin duda, había echado fuera toda la angustia que llevaba sintiendo los últimos meses.

—¿Nos despedimos de Airam entonces?

—Sí.

Sofía se levantó y colocó la rosa que había traído consigo en el pequeño florero vacío que había junto al nicho de aquel chico llamado Julián, aquel nombre que a ellos, en principio, no les decía nada. Buscó algo en su bolsillo. Cuando encontró lo que buscaba, sacó la mano, que sostenía ahora un fino

colgante de plata.

—Es mío, de cuando era pequeña. Lo conservaba en una cajita, porque le tengo muchísimo cariño. Ahora me apetece que sea él quien me lo guarde — comentó mientras se alzaba de puntillas y ponía el colgante alrededor del florero. El abalorio que llevaba el colgante quedó pendiendo en el aire, oscilando de un lado a otro como un péndulo. Cris se fijó en él, tratando de averiguar qué era. Cuando al fin la menuda figura cesó de moverse, acertó a adivinar lo que era. Sonrió, y no pudo evitar que aquel pequeño unicornio plateado le transportase a la isla en la que había pasado tantas tardes. Y volvió a ver a aquel caballo blanco trotando en libertad, mientras la tarde caía en la playa de arena dorada.

—¿Nos vamos? —susurró Sofía.

—Sí, nos vamos.

Comenzaron a alejarse en dirección a la salida. El silencio era abrumador, y el cielo seguía completamente encapotado. Sofía no pudo evitar echar un último vistazo antes de girar la esquina. Gracias, farfulló, en dirección a la tumba de Julián.

Para cuando salieron del cementerio, comenzaba a llover. Una lluvia de verano, fina y delicada, que realmente apenas llegaba a mojar. Así que no se echaron a correr. Después de lo vivido, necesitaban pasear tranquilamente, calmar los ánimos, asimilar tantas cosas...

No necesitaron decir nada. Uno al lado del otro, avanzaron hacia el Paseo Marítimo, bajo la cortina de lluvia. Como si el cielo también necesitara desahogarse por todos los sueños que, sin duda, habían ido a parar al cementerio de los sueños perdidos. Cuando llegaron al paseo, Sofía se detuvo. Se sentó en el muro que separaba el mar del paseo, para estar a la altura de él. Aún tenía algo que decirle, tenía que responderle a lo que él le había confesado en el cementerio.

—Eres una persona increíble, Cris. Quizás yo llegué en el momento adecuado, pero no me cabe duda de que tú hubieras salido solo, antes o después. Personas como tú no pueden hundirse, sería una gran pérdida para el mundo. Y yo también tengo mucho que agradecerte. Yo también me sentía perdida y desesperanzada cuando llegué a tu jardín. Tú hiciste que volviera a creer, que me diera cuenta de que, a pesar de que en ocasiones el amor pueda romperse y acabar, merece la pena que suceda si ello significa que lo has podido sentir primero. Y si no fuera por ti y tu jardín, posiblemente nunca

hubiera vivido la mayor aventura que he vivido jamás. Así que estamos en paz.

Él le respondió con una amplia sonrisa.

—En paz —repitió él, mientras se aproximaba a ella—. Pues ahora que estamos en paz, me ha entrado una repentina necesidad de besarte.

Y se besaron, mientras la fina lluvia acariciaba sus rostros, arrastrando con ella los últimos restos de tristeza y melancolía. Ya solo quedaba una infinita y placentera calma.

Días después...

El velero de Andrés volvía de nuevo a surcar el mar. Lo habían recuperado. Sofía iba a tener que echar horas extras durante el verano próximo, ayudando a su madre en la librería. Y su padre había decidido que a él tampoco le vendría mal una ayudante que le echara una mano con la documentación de su próxima novela. Así podría contribuir a la costosa recuperación del barco.

Salieron del puerto con el atardecer. El barco llevaba ese día a cinco pasajeros a bordo. Cristian y Sofía. Teresa. Andrés y Elsa.

No me detendré en este momento, les dejaremos en la intimidad que supuso para ellos dejar a su paso un hermoso halo de flores de colores, adornando el mar azul. Cristian se despidió de sus padres, tal y como necesitaba hacerlo. Fue una despedida muy emotiva, cargada de inevitable tristeza, pero también de esperanza. Y cada uno de los presentes, mientras observaban en silencio la sutil danza de las flores mecidas por el mar, volvieron a sentirse de nuevo de vuelta en la isla.

Sofía y Cristian volvieron a las tardes en el jardín, donde la isla de El Guardián de los Sueños Perdidos fue para ellos como un salvavidas en medio de la tormenta en la que se hallaban sus vidas.

Teresa volvió a pasear por aquella playa de arena dorada, mientras Tomás, el hombre al que había amado, le susurraba sueños y palabras bonitas al oído.

Y Andrés y Elsa volvieron a aquel mar de aguas cristalinas que bordeaba la isla, el mismo que divisaban cuando se besaron por primera vez, siendo solo unos críos.

Al mismo tiempo, aunque sin saberlo, sus pensamientos les acercaron luego a la máquina de sueños, en lo alto del faro. Y cada uno pidió su deseo. Cada uno de esos deseos, del color dorado del que están hechos los sueños, salió expulsado hacia el cielo disperso en un centenar de minúsculas estrellas brillantes, perdiéndose en aquel atardecer.

Aquel mismo verano.

—Creo que ahora sí. Terminado. —Sofía retiró el sudor de su frente con el dorso de la mano, al tiempo que admiraba la gran obra maestra a la que llevaban entregados los primeros días de las vacaciones de verano. El sol caía ya, y los últimos rayos bañaban de lleno la pared del jardín, que habían convertido en un gran lienzo. Aún no habían permitido que nadie más lo viera. Aquel rincón había estado vetado incluso para Teresa en los últimos días. Querían que lo viesen terminado. Cristian se había encargado de dibujar, y Sofía le había ayudado a pintar posteriormente. Ambos se alejaron del muro, y se aproximaron a la pared que daba a la habitación de Cristian, para contemplarlo mejor desde allí, con una visión completa del jardín. Antes de pintar el muro, habían terminado la tarea de hacer revivir el jardín que había comenzado Cristian meses atrás. Habían retirado malas hierbas, habían plantado nuevas flores y habían barnizado el banco, el columpio y las casas de pájaros. Habían colocado farolillos y unos sofás sobre viejos palés, para pasar las tardes de aquel verano, y de los que vendrían, bajo la sombra del laurel. Además, habían creado una especie de santuario; una pequeña casita de madera colgaba del tronco del árbol. En ella, tras una puertecita de cristal, reposaban ahora los restos de la isla; el mapa, la foto de los chicos en San Borondón, y la historia de El Guardián de los Sueños Perdidos al completo, con el libro de Andrés y el final de Carmen. Aquellos recuerdos no volverían a estar enterrados. Allí, podrían volver a ellos cada vez que les apeteciera. El dibujo había sido la idea final para concluir aquel viaje de los últimos meses. San Borondón plasmado en la pared del jardín, el lugar en el que aquella historia había crecido, el lugar que le había dado vida y en el que debía permanecer siempre. Un hermoso islote de tonalidades verdes y playas doradas, rodeado de un mar azul para el que habían escogido los colores más brillantes que encontraron en la tienda. Y todos estaban allí: Gara, el hada, con un rostro tan similar al de la madre de Cristian; Airam, transformado en unicornio, tan hermoso y tan libre; Olivia y Marina, transformadas en sirenas sobre un mar de intensas tonalidades azules; un chico, en la orilla, su rostro oculto entre páginas de un libro... y al fondo, casi una silueta perdida entre los

tonos del cielo, el guardián de la isla. Realmente podrían sentirse de nuevo en aquel lugar con solo perderse en ese muro que ahora había cobrado vida.

—Falta una cosa —murmuró Cristian. Sin perder de vista el dibujo, cogió un pincel y pintura negra. Se acercó a uno de los extremos del dibujo y comenzó a escribir sobre el límite del mar. Sofía esperó en silencio a que terminara. Con letras delicadas, había escrito:

El jardín de las sonrisas eternas.

Cristian y Sofía

2015

EPÍLOGO

1 año después.

Cristian esperó en el vestíbulo a que las chicas salieran del aula. Desde su posición podía ver el reflejo de Sofía en el enorme espejo que cubría prácticamente toda la estancia. Seguía practicando. Sus compañeras ya comenzaban a abandonar la clase, pero ella seguía allí, repitiendo incesante movimientos en la barra de ballet. No podía dejar de mirarla. Le parecía que estaba preciosa, con el pelo recogido en un moño, y todas las ligeras curvas de su cuerpo estilizadas por las medias y la malla color carne. Siguió contemplándola, hasta que todas las chicas hubieron abandonado la sala. Solo entonces se atrevió a entrar, lentamente, apoyado en el bastón que en los últimos tiempos se había convertido en su fiel compañero, sustituyendo a la silla de ruedas. Llevaba ya un mes sin ella. El mundo era un lugar por descubrir para él, era casi como si hubiera vuelto a nacer. No había sido fácil, y seguía sin serlo. Habían sido muchos meses de lucha intensa, día tras día, de sesiones y sesiones de rehabilitación, y de la ayuda incesante de Sofía que no le había permitido tirar la toalla. También había vuelto a asistir al instituto, a retomar las clases, a reconciliarse con sus amistades y conocer otras nuevas, en definitiva, a volver a vivir. No pasaba un solo día en que no echara de menos a sus padres. Pero ahora entendía que precisamente a ellos les debía retomar las riendas de su vida.

Y allí estaba ahora, avanzando hacia ella, con ayuda de sus piernas, para ver su figura inclinada próxima a la de ella, y percatarse de su altura. Era alto, se había dado cuenta la primera vez que se había mantenido de pie y había podido abrazar a Sofía. Le sacaba una cabeza, y eso que ella no era especialmente baja. Debió haber dado un estirón durante el año que permaneció en la silla de ruedas, y ya tenía la altura de un hombre, no de un niño.

Sofía vio su silueta detrás de ella, en el espejo. Su rostro pasó en un instante de la seriedad de su estado de concentración a irradiar alegría.

—¡Vaya! ¿Y qué haces tú aquí?

—Vengo a buscar ...

De fondo comenzó a sonar una canción que él no tardó en reconocer;

Thinking out loud de Ed Sheeran.

—No sabía que las bailarinas salieran de la monotonía de Tchaikovsky.

—Pues claro que sí. Nos adaptamos a los tiempos.

Él sonrió, y retiró con delicadeza un pequeño mechón que le caía en el rostro.

—¿Me concedes este baile? —preguntó solemnemente.

Le ofreció su mano, y ella le miró a los ojos, que le devolvieron una mirada llena de seguridad y satisfacción. Aquellas pequeñas señales eran las que llenaban a Sofía de felicidad. Al fin, Cristian comenzaba a sentirse seguro de sí mismo. Los miedos estaban quedando atrás.

Ella cogió su bastón y lo dejó a un lado, en el suelo. Luego tomó la mano que él le ofrecía y se dejó guiar por ella para dejarse caer sobre su pecho. Él rodeó su cintura, y allí, una vez más, volvieron a detener el tiempo, solo para ellos, solo para aquel instante de magia, mientras bailaban muy lentamente, uno en brazos del otro. Fuera, las gotas de lluvia se deslizaban silenciosas por el cristal, como inspiradas por aquella escena.

AGRADECIMIENTOS

Por dónde empezar, y cómo hacer para no dejar a nadie atrás. Un libro se escribe en absoluta soledad, y sin embargo, son muchas las personas que aportan su granito de arena en el camino.

Gracias a mi familia, a todos ellos, que creyeron en mí incluso antes de haber leído nada mío. Gracias, mamá y papá, por sentirnos tan orgullosos de mí.

A Inés y Abián, ellos son la luz que ilumina cada uno de mis días.

A mis alumnos, sobre todo a ellas, fieles entusiastas, cuyos interrogatorios sobre mis libros no tiene fin.

A M^aJosé, la profesora que me alentó cuando solo tenía siete años a que siguiera escribiendo. Ojalá algún día estas líneas caigan en sus manos y me recuerde con el cariño con el que yo la recuerdo a ella.

A Bea, que me lee y me relee y me obliga a terminar novelas a tiempo como regalo de cumpleaños. A Cris, Didi, Raquel y Edu, siempre impacientes por leer lo último que escribo.

A mis amigos: los de Sevilla, los de la isla, los que tengo muy cerca y los que no tanto, sois muchos para nombraros a todos, pero sabéis quiénes sois los que, en uno u otro momento de mi vida habéis estado ahí, aportando instantes de esos que no se olvidan. Os quiero.

A todos los que apoyan a los escritores desde el otro lado de la red. Por sus reseñas, sus comentarios, sus mensajes de madrugada desde el otro lado del charco para confesarte el amor que sienten por alguno de tus personajes.

Debo una gratitud absoluta a Teresa, mi editora, por darle una oportunidad a mi historia. Gracias por hacer realidad mi sueño de formar parte de la familia Kiwi.

A ti, que has llegado con mis personajes hasta aquí. Sin ti nada de esto tendría sentido. Gracias infinitas.